

Cartas espirituales entre un laico y una religiosa



Carlos González González

Prefacio.

En este libro se transcriben unos mensajes intercambiados entre un laico y una religiosa.

Él es reflexivo, crítico, con gran atracción hacia lo profundo y el sentimiento religioso.

Ella es decidida y compasiva, dedicada también a la misión transformadora de mejora de la vida espiritual de los creyentes a través de la fe.

Él y ella han participado en sesiones de Adoración al Altísimo, que han sido momentos de paz, de conexión, de alta espiritualidad-

De una forma o de otra, ella y él se adscriben al Sagrado Corazón de Jesús, el cual nos hermana a todos con su profundo amor misericordioso.

En la primera parte de esta obra, él le trasmite a ella las impresiones que le han producido la lectura de los evangelios a lo largo de un año. Ella contesta con honda reflexión y conocimiento de los misterios religiosos

En la segunda parte, él le envía comentarios que le sugiere la lectura del libro de Ratzinger “Jesús de Nazareth”. Ella, igualmente admiradora de este gran teólogo que llegó a ser Papa, le contesta matizando detalles importantes que surgen de su estudio personal y de su experiencia religiosa.

En la tercera parte, siguiendo al papa Francisco, se indica que el amor cristiano tiene su origen en el amor de Cristo, un amor del que nada puede separarnos y que revela la cercanía, la compasión y la ternura de Dios. El corazón simboliza el centro más profundo de la persona, donde nace la relación con Dios y con los demás. El Corazón de Cristo es el fundamento de la fe y la fuente de la vida espiritual.

En la cuarta parte él le envía su comentario sobre lo que es en su opinión la esencia del cristianismo y ella le responde dando una visión todavía más profunda y vital, corrigiéndole algunos aspectos según la doctrina de la iglesia.

En la quinta parte, Miscelánea se reúnen una serie de poemas y obras de arte de inspiración cristiana centrados en la unión del alma con Dios. A través de textos de Santa Teresa de Jesús, un poema anónimo atribuido a San Juan de la Cruz, Santa Teresita de Lisieux, Miguel de Unamuno y la escultura *El éxtasis de Santa Teresa* de Bernini, se destacan temas como el amor desinteresado a Dios, el deseo de la unión definitiva con Cristo, el sentido redentor de la cruz y la esperanza en la vida eterna.

Índice

1. Lectura de los evangelios a lo largo de un año.
2. Reflexiones sobre el libro *Jesús de Nazaret*, de Joseph Ratzinger.
3. El amor cristiano o agapé.
4. La esencia del cristianismo.
5. Miscelánea.

1. Lectura de los evangelios a lo largo de un año.

1.1. *Primer correo.*

1.1.1.

Hola.

¡Qué gran alegría haber recibido tu correo!

¡Y qué grande y hermosa es tu misión!

Como ya habíamos comentado, cuando te encuentres allí, es muy importante sobre todo estar y escuchar mucho.

Es conveniente también seguir muy de cerca las indicaciones del obispo y de la parroquia, así como cuidar la vida fraterna con las hermanas.

Pero, con todo, lo más importante, en mi opinión, es afrontar la oración personal y la oración comunitaria. Y debes dejarte guiar por lo que Dios quiere hacer a través de ti, fortaleciendo tu fe.

Te había sugerido la posibilidad de llevar un diario misionero, para anotar experiencias, palabras, mensajes. Esto te puede servir para ver mejor la luz, para tomar decisiones y compartir las experiencias.

Si me contestas, si te parece bien, me gustaría igualmente retomar los comentarios sobre las lecturas dominicales. En principio, de la misma forma, es decir, yo te envío mi aportación y tú me señalas los aspectos más importantes, corrigiéndome llegado el caso.

Y te bendigo. Deseo que el sol de los Andes y la brisa de la selva te hagan encontrar a Dios y transmitir tu fe y alegría a las personas que allí encuentres, que serán afortunadas con tu presencia.

El Señor caminará delante de ti para guiarte, detrás de ti para protegerte y dentro de ti para sostenerte.

Y recuerda que no vas sola. Las oraciones de los que estamos próximos a ti te acompañarán.

Y sí, como dice Francisco, los misioneros son testigos de la alegría del evangelio. Que sea así tu caso.

Saludos.

1.1.2.

Hola.

Te agradezco mucho tus palabras pues ellas tienen un gran contenido práctico y están llenas de sentido espiritual.

Siento el apoyo y la cercanía que me brindas desde tu corazón.

Soy feliz por compartir mi fe y mi testimonio con quienes más lo necesitan.

La misión no es fácil pero la fuerza de Dios me acompañará en cada caso. Además, la luz divina iluminará mi camino y la paz será mi constante compañera.

Y cada encuentro y cada momento en Perú deben ser una oportunidad para crecer en la fe y para vivir la misión con generosidad y esperanza.

Y sí, puedes enviarme tus comentarios semanales sobre el Evangelio. Intentaré contestarte.

Un saludo.

1.2. *En casa de Marta y María.*

1.2.1.

Hola.

Jesús fue atendido y servido en la casa de Marta mientras su hermana, María, escuchaba arrobada la Palabra de Dios, descuidando las tareas de asistencia.

Marta representa la actividad, el servicio, así como la preocupación por las cosas concretas y necesarias de la vida.

María, por otro lado, representa a su vez la escucha, la contemplación, la actitud de quien se detiene a escuchar la Palabra del Señor sin distracciones.

En ese momento ella se da cuenta que lo importante es estar con Él y dejarse transformar por su palabra.

Y como siempre, nuestros corazones, al igual que el de María están unidos en el Sagrado Corazón de Jesús.

Saludos.

PS. No sé si estás recibiendo mis correos, pues no recibo a tiempo tu respuesta.

1.2.2.

Gracias por esta reflexión que me parece clara y profunda.

La Palabra de este evangelio me recuerda que no basta hacer cosas para Jesús. Él quiere primero que estemos con Él, que escuchemos su voz y que le abramos nuestro corazón.

El servicio debe brotar del amor y ese amor se cultiva en la oración.

PS.-

Ya estoy en Perú y a veces no tengo tiempo ni de mirar el correo. Pensaba que en verano descansábamos como el año pasado. Cuando pueda te contesto. Un saludo

1.3. *Jesús está orando.*

1.3.1.

Hola.

Me alegro mucho de que me hayas escrito algo. Y sí, el año pasado, por estas fechas, descansábamos de nuestras conversaciones teológicas, pero este año la cosa ha cambiado, Por un lado, el formato es distinto. Al escribir disponemos de más tiempo para la reflexión y el análisis. Creo recordar que tú dedicabas gran parte de la tarde del domingo para esto mismo. No lo sé. Por otro lado, tu misión es esencial y el proyecto debe ser apoyado por los que estamos tan lejos y sin embargo queremos estar ahí, contigo. Y no olvides que el intercambio de pareceres acrecienta también mi fe. Estás realizando una gran labor evangelizadora conmigo también.

Volvamos a las lecturas.

Jesús está orando y los discípulos no le piden otra cosa que no sea precisamente la de que el Maestro les enseñe a orar.

Y poco a poco Jesús desgrana la oración más importante del cristianismo.

Y esta oración habla de Dios que es *Padre*, es decir, que ama a sus criaturas.

Decimos que *Él está en los cielos*. Con ello queremos significar que está en un mundo exclusivamente espiritual, poderoso.

Y su nombre debe ser santificado, o sea, el mundo debe alinearse con Él y alabarlo en toda su omnipotencia.

Rogamos que *venga a nosotros tu reino*. Con ello queremos sumergirnos en su estado espiritual, lleno de energía, de paz y de amor.

Y le pedimos que nos dé pan, que es un pan material, pero que es también un pan eucarístico.

Además, le solicitamos que *Dios nos perdone*. Y nosotros debemos igualmente *perdonar a los que nos ofenden*.

Y finalmente tenemos que *hacer frente a la tentación* y también *librarnos del mal*, con la ayuda divina.

Y Dios nos escucha y nos da el Espíritu Santo.

Finalmente, hermana, nosotros, tú y yo, estaremos siempre unidos en el Sagrado Corazón de Jesús.

Un abrazo.

1.3.2.

En la vida consagrada he rezado muchas veces esta oración y rezar no es sólo repetir fórmulas sino estar en presencia del Amor.

Muchas veces con decir *Padre* ya me basta y pido cosas a Dios porque en esa búsqueda Él nos forma y me forma el corazón.

Y es verdad, Jesús promete que el Padre nos dará el Espíritu Santo.

¡Dios sea alabado!

1.4. *La verdadera riqueza.*

1.4.1.

Nuestra mirada debe estar centrada en lo alto, en el Cristo glorioso, no en las cosas pasajeras de este mundo.

San Pablo nos recuerda que la verdadera riqueza, la auténtica plenitud, se encuentra no en lo material sino en la vida plena del Espíritu.

Debemos, pues, buscar sobre todo los bienes de arriba: el amor a Dios, la humildad, la verdad.

Y san Pablo insiste en que tenemos que revestirnos del *hombre nuevo*, con Cristo, dejando atrás el *hombre viejo*.

Y además Jesús nos previene contra la codicia.

El hombre de la parábola vivía solo para sí mismo y lamentablemente no supo vivir para Dios ni para los demás.

Un abrazo.

1.4.2.

Gracias por esta reflexión tuya.

Lo esencial siempre es preparar nuestro corazón para el encuentro con Cristo.

Debemos vivir cada día con la mirada puesta en Dios. Ser rico en valores espirituales, no ante los hombres sino ante ÉL, es realmente lo único que importa.

Un abrazo en el Espíritu Santo.

1.5. *La fe de Abrahán.*

1.5.1.

La fe es un gran fundamento de lo que se espera y Abrahán confía totalmente en Dios y por ello sale de su pueblo y sigue su llamada.

Sin embargo, el sacrificio de su hijo Isaac debería haberse evitado antes de la prueba divina.

Entiendo que Abrahán tendría que haberle pedido al Señor otro sacrificio diferente, incluido, llegado el caso, el suyo propio en lugar del de su hijo.

Este último fue salvado in extremis por la voluntad divina.

Jesús insiste en asegurarnos un tesoro en cielo, no aquí, y estar siempre preparados, pues la llamada final nos puede llegar en cualquier momento.

PS.

Me emociona la cita de Einstein de que el hombre encuentra a Dios, cada vez que la ciencia abre una puerta.

En sentido contrario, en el camino de vuelta, nosotros también vamos hacia Él y cuando la ciencia descubre algo, vemos la presencia de Dios, omnipresente, omnisciente y omnipotente.

1.5.2.

La fe para mí no es un concepto abstracto sino una experiencia viva que nos invita a desprendernos de las seguridades terrenales y a vivir con la esperanza de una gloria celestial.

En la vida religiosa debemos prestar atención continua a la vida de oración, a la observancia de los votos y a la preparación constante para el encuentro con el Señor.

La vida consagrada nos hace mirar hacia lo eterno y nos hace vivir con alegría la esperanza de la gloria futura.

1.6. *Un mensaje desconcertante.*

1.6.1.

Jesús dijo que había venido a prender fuego a la tierra. Además con un bautismo había de ser bautizado. Y por si fuera poco Él no ha venido a traer paz sino división.

Este mensaje del evangelio de Lucas resulta muy desconcertante pues esperábamos que su mensaje fuera un mensaje de paz y de armonía.

Quizás este mensaje desde luego un significado mucho más profundo.

Quizás Él haya venido a encender el fuego del amor y de la verdad del evangelio. Es decir, que su misión está en marcha.

Quizás el bautismo que menos de recibir no es otro que el de la paz del Espíritu.

Quizás la decisión de seguir a Jesús suponga la división incluso dentro de nuestra propia familia.

O dicho de otro modo, ser discípulo de Jesús, ser cristiano en definitiva, no es nada fácil pero vale la pena.

1.6.2.

Este mensaje siempre me ha impresionado.

Jesús habla no de una violencia física sino de un conflicto interior y también exterior, conflicto que se produce cuando se toma el evangelio en serio.

El fuego es el Espíritu que nos purifica, nos consume y nos transforma.

En la vida consagrada ese fuego es la llamada constante a la conversión, a vivir con coherencia y ese fuego quema pero también da la luz.

Jesús no vino a darnos una paz superficial sino paz que pasa por la cruz.

Y eso, aunque duela, es una buena noticia.

1.7. *La puerta estrecha.*

1.7.1.

La puerta estrecha es un enigma. Es como si Jesús hiciera énfasis en la necesidad de esforzarnos para entrar en el Reino de Dios.

Todo ello implica vivir de acuerdo con los principios del Evangelio, en cuanto a los valores de humildad, sacrificio y fe.

La puerta estrecha, pues, simboliza el camino de la verdadera conversión, que exige renunciar a principios egoístas.

O dicho de otro modo, debemos acudir a la oración y a pensar en los bienes celestes, más que en los terrestres, como diría san Pablo.

Y no baste tener una relación superficial con Jesús. No hay seguro de salvación si no seguimos el ejemplo de Jesús cada día.

Y el Reino de Dios no se basa en méritos humanos sino en la gracia divina abriendo nuestro corazón al amor de Dios.

La salvación, además, se ofrece a todos pero exige un esfuerzo continuo, una dedicación. Y debemos ser humildes y estar abierto a la misericordia divina.

PS

Hace tiempo que no recibo mensajes tuyos. En periodismo se suele decir que, si no hay noticias, eso en sí son buenas noticias.

Pero no es tu caso. Tú estás en labores de misión y eso no es fácil, es más incluso puede resultar peligroso.

Y la duda me inquieta. No sé si tu falta de respuesta se debe a algún inconveniente. Por ejemplo que estés enferma o alejada de un núcleo de comunicación, o que simplemente tengas exceso de trabajo como es habitual en ti, y que esa circunstancia te impida atender el correo y ejercer tu labor de apostolado también acá, en esta parte del mundo.

No lo sé. Estoy preocupado.

Que Dios te bendiga

1.7.2.

Es verdad que el Evangelio nos llama a vivir una conversión continuada, a no acomodarnos.

La vida religiosa podría ser vista como un camino seguro a la salvación, pero realmente debemos seguir el ejemplo de Jesús cada día. Y no debemos quedarnos en las comodidades de nuestras costumbres religiosas. También debemos vivir nuestra fe de manera auténtica, no sólo externamente, sino también internamente, con el corazón abierto a la gracia de Dios.

Como monja, no puedo caer en la complacencia de mi vida espiritual. Mi vocación no es una posición de privilegio ante Dios sino una llamada para servir y vivir humildemente.

Y la vida religiosa es finalmente un camino que requiere una fidelidad constante y un compromiso diario.

PS. Disculpa por el retraso en contestarte. Intentaré mejorar y responder antes..

1.8. *Humildad, generosidad y servicio.*

1.8.1.

La cita del Eclesiástico es significativa en el sentido de que debemos actuar con humildad y humillarnos más cuanto más grandes seamos.

La humildad, pues, es clave para alcanzarnos el favor de Dios.

Y debemos servir a los demás sin esperar nada a cambio.

Es importante vivir con sencillez, sin pretensiones, poniendo a los demás y a Dios por encima de uno mismo.

1.8.2.

La gente sencilla, los que no tienen nada, son los más agradecidos.

Y uno, cuanto menos piensa en sí mismo, más libre es para amar.

Y sí, quien se empequeñece por amor, ese es el más grande.

1.9. *Seguir a Jesús.*

1.9.1.

Seguir a Jesús no es fácil ni superficial.

Él debe ser más grande que cualquier otro amor, incluso el familiar.

O sea, Jesús tiene que ser la prioridad máxima en nuestra vida.

Todo esto implica sacrificio, sufrimiento, la cruz que cada uno debe cargar.

Y así como se algo con recursos y se va a un enfrentamiento sólo si hay fuerza suficiente, o posibilidades de vencer, ser discípulo de Jesús requiere una reflexión profunda y estar preparado para lo que implica su seguimiento, que no es un camino fácil.

Por último ser discípulo de Jesús exige desprendernos de lo que nos aleja de Él, incluidos los bienes materiales, las propiedades. La prioridad, por consiguiente, es Dios y ante eso debemos presentar una actitud de desprendimiento.

Resumiendo, la invitación de Jesús es a tomar una decisión firme y consciente sobre el camino a seguir, sin engaños ni confusiones.

1.9.2.

Lo que nos pide Jesús es una entrega total, sin reservas.

Como religiosa he renunciado a lo que el mundo me ofrece para seguir más de cerca a Cristo.

Mi vida consagrada está precisamente basada en el desapego de los bienes materiales, de los lazos familiares, incluso de mi propio ego, con el fin de vivir en unidad con Él.

Seguir a Cristo requiere un compromiso sincero y valiente, que exige sacrificios.

Y la cruz me lleva a ser más humilde, más generosa, más cercana a los demás.

1.10. *Tanto amó Dios al mundo...!*

1.10.1

Jesús ha venido del cielo y está en comunicación continua con el Padre.

Y Él es un profeta, pero es más que un profeta, es el Hijo Eterno de Dios, es Dios mismo. Y Él se ha hecho hombre para darnos a conocer al Padre y abrirnos el camino de regreso hacia el cielo.

Jesús le recuerda al profeta Nicodemo el episodio en el que Moisés, por orden divina, levanta una serpiente de bronce para salvar a los que la miran.

¿Es esta serpiente de bronce una figura profética de la cruz de Cristo?

Muy posiblemente sí, si sabemos mirar con fe, pues Jesús cargó con el pecado del mundo.

El origen de todo es el amor de Dios, que tanto amó al mundo. Y éste es un amor universal, gratuito y total.

Dios nos entregó a su Hijo para nuestra salvación.

Resumiendo:

-Jesús es el Hijo Eterno que baja del cielo para revelarnos al Padre y salvarnos.

-Su crucifixión es el acto supremo del amor divino, ya anticipado en la figura de la serpiente de bronce.

-La fe en Él nos conduce a la vida eterna.

-Dios busca salvarnos y ésta es la buena noticia.

1.10.2.

Gracias por compartir conmigo esta reflexión tan clara y llena de sentido espiritual.

Dios nos ama sin medida.

Me llena profundamente cuando Jesús dice que Él está en el cielo aunque también está aquí. Es una manera hermosa de recordarnos que su unión con el Padre es constante y que al unirnos a Él también nosotros somos llevados hacia lo alto.

El relato de la serpiente de bronce es realmente un misterio , pero es en la cruz donde Dios nos invita a mirar con fe y ver que Él transforma la muerte en vida.

En resumen, Dios nos ama, nos consuela y nos salva.

1.11. *Hacerse bueno.*

1.11.1.

Esta parábola del administrador corrupto y astuto es muy desconcertante. Pero sí es cierto que tiene una enseñanza muy profunda.

Y Jesús evidentemente no elogia su fraude sino su habilidad para prever el futuro y hacerse querer.

Es posible que los “hijos de este mundo” se muevan con astucia para prever el futuro y hacerse querer.

Y es igualmente probable que “los hijos de la luz”, los seguidores de Dios, tengan menos astucia que los hijos de este mundo.

A veces, pues, los recursos materiales pueden generar inesperadamente frutos espirituales.

Por lo visto es también inviable servir a dos señores. No, habrá siempre una preferencia por uno de ellos.

1.11.2.

Jesús nos invita a ser sabios y astutos en nuestras acciones y a vivir con honestidad y transparencia.

Debemos ser prudentes y tener en cuenta que todo lo que poseemos es un don de Dios.

Como monja, siento la invitación de Jesús a vivir de una manera sencilla y con el corazón abierto.

También debemos ser fieles en lo pequeño.

Como religiosa, veo que la vida se compone de pequeños detalles y que todo lo que hago tiene valor ante Dios.

Si soy fiel en lo pequeño, seré digna de recibir mayores responsabilidades de servir a Dios.

1.12. *Hombre rico, hombre pobre.*

1.12.1.

Jesús nos presenta a dos personajes muy distintos: uno rico y opulento, el otro pobre y mísero.

Pero los dos mueren y recorren un destino muy diferente y además inverso.

EL pobre va hacia arriba y el rico hacia abajo.

Conviene, pues, vivir con humildad pues las riquezas materiales son pasajeras y la verdadera recompensa viene de un corazón lleno de amor, caridad y justicia.

Jesús nos llama a una conversión profunda y a ser testigos de la verdad, viviendo el Evangelio en nuestra vida cotidiana.

1.12.2.

Este pasaje nos invita a vivir en pobreza y con sencillez.

No sólo debemos preocuparnos por los pobres en nuestra oración sino también ser activos en nuestra compasión y servicio hacia ellos.

Como religiosa estoy llamada a vivir el amor a los más necesitados, a ser su voz y a acompañarlos en su sufrimiento.

La verdadera conversión y el auténtico arrepentimiento nacen de una vida sincera de escucha y de oración.

Como monja, debo vivir esa escucha diaria, profundizar en la Palabra y ser testigo de ella.

1.13. *Aumentar la fe.*

1.13.1.

Los apóstoles piensan que su fe es poca y piden que Jesús se la aumente.

Y la respuesta se hace en dos vías, una, la del grano de mostaza, diminuto, que da lugar a un arbusto grande. Y el mensaje es que no se trata de tener mucha fe, sino de vivirla y confiar plenamente en Dios, aunque parezca poca.

La otra vía es la de servicio. De igual forma que el siervo cumple con su deber, la fe verdadera nos lleva al servicio del humilde. No servimos a Dios para que Él nos aplauda o nos dé un premio sino porque es nuestro deber como discípulos.

1.13.2

El Señor nos recuerda que no es cuestión de tener “más” sino de confiar más.

Nosotras, las religiosas, somos simplemente siervas que hacemos lo que tenemos que hacer. Y todo lo que podemos ofrecer es pequeño en comparación con lo que ÉL nos ha dado.

Por último, te diré que la fe, aunque sea pequeña, si se vive con amor, lo cambia todo.

1.14. *El espíritu de gratitud del samaritano.*

1.14.1.

Jesús escucha el grito de sufrimiento de los leprosos y responde con un acto de misericordia.

Y les dice que ellos vayan a los sacerdotes, lo cual implica confianza, pues los enfermos no estaban sanos todavía.

La fe se manifiesta en la obediencia.

Pero, de diez, sólo uno regresa para agradecer la intervención.

No basta en realidad recibir la sanación sino que hay que volver a Dios con gratitud y alabanza.

1.14.2.

Tu comentario me invita a plantearme algunas preguntas, a saber:

-¿Cómo respondemos a las gracias que recibimos cada día?

La respuesta es que debemos seguir la línea trazada por el samaritano agradecido, que vuelve y se reconforta con el Señor, a pesar de ser extranjero.

-¿Qué hicieron los otros nueve que no volvieron?

Resulta lamentable que, una vez conseguida la salvación, aquellos se olviden de todo y se dediquen solamente a su vida inmediata, alejados del benefactor.

-¿Reconocemos a Dios en cada gesto de amor, en cada momento de oración, en cada sacrificio?

Como religiosa, intento siempre reconocer las acciones de Dios y estar siempre inmersa en el Sagrado Corazón de Jesús.

1.15. *Un juez recalcitrante.*

1.15.1.

En esta parábola había una viuda que pedía justicia al juez y éste, nada temeroso ni de Dios ni de nadie, se negaba una y otra vez.

Y sin embargo, finalmente, este juez decide hacerle justicia a la viuda, simplemente para no seguir siendo molestado.

La viuda no tiene recursos, sólo tiene su voz y su perseverancia. Y esta petición continua que hace se parece mucho a la oración.

Y si este juez, impío, accede a su súplica, cuánto más Dios, que es justo y está lleno de amor, no atenderá los ruegos de sus hijos que le veneran.

Y esto nos invita, hermana, a interceder por los demás, a orar constantemente, incluso cuando parece que el mundo se aleja de Dios.

1.15.2.

Este pasaje siempre me ha dado consuelo. Sé que Dios nos escucha, que Dios actúa.

La oración constante purifica la fe. A veces oramos para transformarnos a nosotros mismos y sabemos que Dios siempre es amoroso.

1.16. *El arrogante y el humilde.*

1.16.1.

Existe el peligro de la autosuficiencia espiritual y el de la piedad aparente.

El fariseo no dice nada que no sea bueno: él ayuna, paga el diezmo y cumple con la Ley. Pero todo esto lo hace desde una actitud de superioridad. Y lo que es peor él desprecia al otro, al publicano que también busca a Dios.

El fariseo representa el riesgo de vivir una vida religiosa de forma exterior, cumpliendo con los ritos, pero con el corazón cerrado, sin compasión, sin amor.

El publicano, por el contrario, no se reconoce. Él se presenta ante Dios con humildad y con verdad, pidiendo compasión.

1.16.2.

Lo que agrada a Dios no es lo que aparentamos sino lo que llevamos en el corazón. La humildad es un don que debemos pedir siempre.

La vida religiosa también necesita la disciplina, la humildad y la compasión.

1.17. *La voluntad del Padre.*

17.1

Jesús nos muestra que la fe es fruto de la iniciativa divina. De esta forma todo encuentro auténtico con Cristo se basa en el amor del Padre y Éste atrae los corazones hacia su Hijo.

Y la misericordia de Jesús es absoluta pues nadie que se acerque con fe y sinceridad será rechazado. En el Corazón de Cristo hay sitio para todos.

Jesús nos da el ejemplo perfecto de obediencia y unión con la voluntad divina.

Además, la voluntad de Cristo es la salvación total con el fin de no perder a ninguno.

Finalmente, la fe abre la puerta de la vida eterna, vida eterna que ya comienza en esta vida como comunión con Dios.

1.17.2

Sí, es verdad, la voluntad del Padre es la de que nadie se pierda. Resulta hermoso saber que Jesús nos guarda a todos en su corazón.

Debemos contemplar también la dimensión trinitaria del amor: el Padre da, el Hijo acoge y el Espíritu Santo mantiene esa comunión.

Creer en el Hijo es una participación en la vida de Dios.

Gracias por recordarme que nada se pierde en las manos divinas.

1.18. *Templos de Dios.*

1.18.1.

Somo templos espirituales en los que habita Dios.

Nosotros mismos, nuestra comunidad y la Iglesia son morada del Espíritu Santo.

Y este templo divino implica responsabilidad, y también pureza y caridad.

Debemos cuidar, hermana, nuestra vida interior, de forma que cada gesto de amor, de obediencia, de oración, contribuya a edificar ese templo vivo de Dios.

Jesús se revela como el nuevo templo. Su cuerpo será destruido en la cruz pero al tercer día resucitará.

Hermana, como Jesús purificó el templo también purificará tu corazón para que en él habite el amor, la oración y la paz.

1.18.2.

Sí, es verdad, somos templo de Dios.

El Señor nos llama para dejar que Él lo llene todo.

Debo tener mi alma abierta y vacía, sólo para Él.

Nuestra comunidad de religiosas también es un templo. Si cada una de nosotras se deja edificar sobre Cristo, la comunidad entera se vuelve una casa firme, llena de paz. En la Eucaristía, cuando comulgamos, Él habita en nosotras. Y entonces nuestro cuerpo se vuelve su templo.

1.19. *El auténtico templo.*

1.19.1.

El templo era un orgullo religioso extremadamente importante. Sin embargo, incluso las realidades más veneradas pasan.

Por ello no es conveniente poner toda nuestra seguridad y confianza en las estructuras sino en Dios.

Jesús conoce la fragilidad del mundo, pero el buen discípulo no debe estar dominado por el miedo.

Y éste, el discípulo, nunca estará solo, siempre estará acompañado por el Espíritu Santo.

Finalmente, la perseverancia salvará nuestras almas, es decir, la fidelidad diaria, humilde y constante.

1.19.2.

Sí, mi buen hermano en Cristo, Jesús nos recuerda que nada es permanente en este mundo y Él nunca nos abandona.

Debemos, pues, mantener el corazón en Dios y no en las cosas que pasan.

Igualmente, hay que estar preparados, vigilantes, perseverando en la fe.

1.20. *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

1.20.1.

Dios nos ha hecho capaces de participar de su luz.

La vida consagrada, tu vida consagrada, nace, yo creo, de esta gracia. Dios nos vuelve aptos.

Cristo es imagen del Dios visible. Todo procede de Él y vuelve a Él.

La vida fraterna no es siempre conveniencia, sino participación en el cuerpo cuyo centro es Cristo.

La luz no es derrota sino la fuente de la paz que toda consagrada, como tú, hermana, está llamada a llevar al mundo.

Y la realeza de Cristo adopta su forma más paradójica: Él es un rey que reina desde la cruz.

La lógica del mundo exige poder, pero Dios entrega amor, incluso cuando no lo recibe.

El buen ladrón, también crucificado, descubre lo que muchos no ven: la inocencia de Jesús y su realeza.

Cristo no sólo perdona: Él se entrega en compañía y lo hace hoy, no en un futuro lejano.

Y la vida consagrada por la que has optado anticipa ese “hoy”. Es decir, hay que vivir desde ahora en la compañía íntima de Jesús.

1.20.2.

Gracias, hermano en Cristo, me has ayudado a profundizar en Cristo.

La clave está en la misericordia y entre. En nuestra comunidad lo vivimos cada día. Resulta muy bonito como tú lo has explicado.

Y la realeza de Cristo está, en efecto, en la cruz y me ha gustado cómo has citado al buen ladrón.

Dios te bendiga. Creo que tienes un don especial para explicar la Palabra.

1.21. *Estad en vela.*

1.21.1.

El pasaje, creo, no intenta producir temor especialmente, sino vigilar, estar atento a un desenlace siempre posible, quizás no deseable en principio.

La rutina, en efecto, nos adormece. Seguimos una vida normal pero nos hace falta una apertura espiritual, sin distracciones.

Debemos vivir atentos al paso de Dios, no dejar que la rutina nos adormezca.

Y vigilar no es miedo al castigo sino amor a una Presencia, que puede llegar en cualquier momento.

Dime cómo lo ves tú desde tu formación y desde tu vida religiosa.

1.21.2

Sí, es verdad que la vigilancia no es miedo sino amor. Dios puede visitarnos en cualquier momento.

Al final, Jesús me pide estar despierta y no vivir en automático.

La clave es la disponibilidad interior y la venida de Cristo es una llamada a la fidelidad constante.

Dios te bendiga, buen hermano en Cristo.

1.22. *Convertíos.*

1.22.1.

Llega el precursor, hombre austero, sencillo, que predicaba en el desierto y bautizaba con agua para purificar y salvar a sus fieles.

De momento él anuncia la cercanía de Dios y la conversión que propone es la de abrirse a la presencia divina.

Y él no es la Palabra, sino que anuncia al que la trae.

Su misión, pues, es la de comunicar la llegada inminente del Mesías y será Éste el que bautizará ya con el Espíritu Santo para transformarnos en el amor de Dios, pues este Espíritu purificará, iluminará y nos fortalecerá.

1.22.2.

Tu explicación es hermosa. El Bautista siempre nos recuerda que debemos preparar el corazón para el Señor.

Juan es el prototipo del profeta y del consagrado.

Como religiosa respondo siempre con gratitud y sencillez, Además valoro mucho tus esfuerzos para comprender la Palabra y explicarla bien.

1.23. *El ángel del Señor anunció a María.*

1.23.1.

El ángel le dice a María que se alegra; no le dice “paz”, el saludo habitual, sino que el Señor está con ella.

Es un saludo extraño que desconcierta a María.

Dios entra en su vida no de forma espectacular sino discretamente.

Y es un amor gratuito.

Así pienso que debe ser, tú me dirás, la vocación religiosa, un don previo, algo que se descubre, que no se inventa.

¡Y cómo podrá ocurrir el misterio de la encarnación, si ella es virgen?.

Dios no le da a María un plan detallado, sólo la promesa de que el Espíritu Santo actuará.

Y María escucha, se abandona a un plan que no entiende del todo y se entrega a Dios con libertad y amor.

1.23.2.

Gracias, buen hermano en Cristo, por ayudarme a contemplar de nuevo este misterio.

¡Qué bonito es recordar este pasaje del evangelio!, desde la sencillez y la confianza de María.

Ella hizo lo que hacemos nosotras, es decir, confiar sin entender del todo.

Y sí, es verdad, la iniciativa es siempre de Dios. Él nos aporta un estado de gracia espiritual.

Así lo viví cuando sentí mi vocación. Yo tenía un temor inicial pero también la certeza de que el Espíritu Santo haría el resto.

María, para mí, es un espejo en el que me miro con frecuencia.

1.24. *El profeta Juan.*

1.24.1.

Incluso los más grandes profetas tienen momentos de oscuridad y duda.

Juan, que se encuentra en la cárcel, quiere saber quién es Jesús, concretamente si es Él al que están esperando.

Y la respuesta es clara, no con discursos sino con hechos. El Reino de Dios es una realidad que transforma nuestras vidas.

Este Mesías que ha llegado es humilde, pobre, cercanos a los más necesitados. En otras palabras, es un Dios que desconcierta, que nos ama, que nos asiste.

Juan es un hombre de una austeridad total, que prepara el camino para la llegada del Señor.

Y la vida consagrada que tú has elegido, amiga en Cristo, también es una vida entera al servicio de Cristo y prepara nuestros corazones para recibirlo.

En el Reino, la verdadera grandeza es ser pequeño, ser servidor, dejar que Cristo sea todo.

En resumen, hermana, podemos decir que Juan es grande por su fidelidad, su austeridad y su misión, y no debemos olvidar que en el Reino la verdadera grandeza es la humildad.

1.24.2.

¡Qué hermoso es lo que dices!. Juan también tuvo su noche de duda pero la fe le sostiene y nos sostienen, incluso cuando aparentemente no vemos nada.

Jesús se manifiesta con obras y siempre viene a levantarnos. Él, Dios, es muy bueno y nos ama profundamente.

1.25. *La criatura viene del Espíritu Santo.*

1.25.1.

La situación es complicadísima desde el punto de vista de la ley judía pero José, el esposo que no convivía con ella todavía, decide repudiarla en privado y, más adelante, tras el sueño del ángel, decide acoger a su mujer y respetarla por ser la madre de un hijo que será el Salvador.

Dicho de otro modo, José, movido por su humanidad y por la misericordia, decide ser profundamente compasivo y respetuoso.

Y el niño tiene un origen divino, es enviado para salvar a los hombres y acercarlos al Reino de Dios.

José, su padre putativo, hermana, encarna la obediencia confiada, vivida en el silencio, la renuncia y el servicio.

Y Dios se hace cercano, actúa en lo frágil, en lo vital, en lo espiritual y en lo humano.

1.25.2.

Gracias por tus comentarios.

La encarnación divina es un misterio de fe que se acoge y se vive.

Y verá, Dios sigue naciendo donde uno no lo espera.

Debemos preguntarnos: ¿Qué significa el nacimiento del Cristo Salvador en cada uno de nosotros? ¿qué debemos hacer para entrar en comunión con Él.

Dios te bendiga, hermano en Cristo.

1.26. *Y el Verbo era Dios.*

1.26.1.

El pasaje del Evangelio es maravilloso, aunque no fácil de entender pero sí de captar a través de la intuición.

O sea que el Verbo, la Palabra, estaba junto a Dios y era el mismo Dios, Y fue Creador de todo, y estaba en la vida, y era la luz, es decir, la energía primera.

Y vino alguien, Juan, que dio testimonio de la luz y esa luz alumbra a todos los hombres que vienen al mundo.

Y ese Verbo se hizo carne, y vivió entre nosotros.

Y los que lo recibimos somos hijos de Dios, hemos contemplado su gloria y hemos recogido su plenitud.

1.26.2.

Gracias por tus hermosas palabras.

Pues sí, el Verbo es la Palabra eterna de Dios y existe desde siempre.

Él está junto a Dios (persona distinta) pero es Dios (misma naturaleza).

Dios entró en nuestra historia. Él asume la fragilidad humana y se hace carne. Este es el misterio profundo de la Encarnación.

Nosotros no somos hijos de Dios por sangre ni por méritos, sino por el don que se nos da a través de la gracia, gratuitamente.

Y debemos responder desde la fe, desde el silencio interior, desde la experiencia y desde la coherencia entre nuestra palabra y nuestra vida.

Dios sea contigo, hermano en Cristo.

1.27. *Toma al niño y a su madre y huye a Egipto.*

1.27.1.

Esta huida no es solo una huida sino una revelación progresiva del plan de Dios.

José se nos aparece como un hombre justo y obediente, atento a la voz de Dios, voz que él recibe de los sueños. Él, José, es protector de la vida del Niño y es un hombre que con actúa con obras, sin palabras.

En la comunidad religiosa donde vives, hermana, supongo que estos valores de discernimiento, silencio y obediencia confiada son muy importantes.

Por otro lado, Nazaret no era importante ni una población prestigiosa, pero la escogida porque Dios prefiere lo humilde y que su Hijo crezca en lo cotidiano, escondido.

1.27.2.

Dios nos habla en el silencio y la obediencia nos lleva por caminos vitales que José supo entender.

Para nosotras, la vida religiosa tiene mucho de Nazaret, es decir, la fidelidad diaria, el anonimato y el amor silencioso.

Nazaret, en fin, me habla de encarnarme al lugar donde soy enviada, aunque el sitio no sea muy importante. Allí también Dios cumple sus promesas.

1.28. *María conservaba estas cosas en su corazón.*

1.28.1.

Los pastores son sin duda un símbolo de la humildad y de la disposición para escuchar a Dios. Ellos mostraron de inmediato una fe activa y rápida para ver al Niño.

Y el Salvador nació en la pobreza. Os caminos del Señor son diferentes a lo que podríamos esperar. Este contraste entre la grandeza divina y la humildad humana es capital en el mensaje cristiano.

Y María no solo escuchaba los eventos a sus alrededor sino que los guardaba y los meditaba. De esta forma el misterio de su hijo llegaba al fondo de su alma.

Finalmente, cumplido el plazo de 8 días, el niño es circuncido e incorporado al pueblo elegido. Y se le pone el nombre de Jesús, es decir, Dios salva.

En resumen, la respuesta de los pastores y la contemplación de María nos invitan a vivir nuestra fe con asombro, meditación y alabanza.

1.28.2.

Es hermoso reflexionar sobre este pasaje del Evangelio que me citas.

Los pastores, primeros en recibir la gran noticia, responden a la llamada de Dios con fe y alegría.

Además la figura de María me conmueve. Ella guarda y medita en su corazón todo lo que ocurre a su alrededor con silencio y reflexión. Ella nos enseña que la verdadera fe crece en la interioridad, e el silencio de nuestro corazón.

Por último, con la circuncisión y el nombramiento de Jesús, María y José cumplen con la Ley pero saben que en ese niño no solo hay humanidad sino la salvación espiritual de todos.

Y cada uno de nosotros, como María y los pastores, está llamado a ser como ellos, siempre dispuestos a acoger a Jesús en nuestro corazón y darle gloria.

1.29. *Éste pasó haciendo el bien (...) Dios estaba con él*

1.29.1.

Pedro descubre que Dios no hace acepción de personas.

Y la misión de la Iglesia es ser signo de un Dios que acoge a todos, es decir, su gracia actúa más allá de las fronteras visibles.

Jesús, al bautizarse, se solidariza con la humanidad pecadora. Él baja al Jordán para elevar al hombre.

Este río, pues, es el lugar donde Dios muestra que no se salva desde arriba, sino entrando en nuestra historia. El Hijo amado se hace hermano de todos.

1.29.2.

Jesús no necesitaba el bautismo pero quiso ponerse en la fila de los pecadores. Ahí comienza toda misión: trabajando, no imponiéndose.

En el Jordán, pues, Jesús entra en el silencio del agua. De este silencio nace la voz del Padre.

Dios no hace distinción de personas, pero sí distingue corazones disponibles. Jesús se deja bautizar por que su corazón está totalmente disponible al Padre.

Eso también se nos pide a nosotras, las monjas, o sea, permanecer en el Jordán cada día para ser amadas y para amar a Dios.

1.30. *“El que bautiza con Espíritu Santo”.*

1.30.1.

Juan no explica sino que señala, que da testimonio.

La fe nace de la contemplación y del Espíritu Santo, no del control intelectual.

Y Jesús es el Cordero de Dios, es decir, aquel que no salva entregándose, como la sangre del cordero pascual.

Para nosotros, especialmente para ti, que eres religiosa, esto nos conecta con la Eucaristía, con la vida ofrecida, con la obediencia y el silencio del cordero.

Jesús es el Verbo eterno, anterior a la creación, y es de Dios, es Dios.

Juan el Bautista nos enseña que la vocación no consiste en ser el centro sino en señalar a Cristo.

1.30.2.

En efecto Juan no se pone en el centro, simplemente de testimonio de lo que el Espíritu le permite ver.

Eso mismo se nos pide a nosotros, o sea, dejar que Cristo se manifieste.

El paso del agua al Espíritu es clave. El bautismo cristiano es una vida nueva, marcada por la luz espiritual que nos alumbra e ilumina.

De esta forma estamos preparados para recibir la Palabra en nuestro corazón.

1.31. *Ya está cerca el Reino de Dios.*

1.31.1

Juan el Bautista ha sido arrestado y ahí comienza la misión pública de Jesús y su luz irrumpe en las tinieblas.

Dios sigue llamando y actuando incluso en momentos de oscuridad personal o comunitaria.

Y la conversión es un cambio de mirada, de prioridades, de corazón.

Visto así, tú me dirás, creo que la vida religiosa es también un camino constante de volver a Cristo.

Jesús llama para acompañarle a personas comunes y transforma su misión . Éstas dejan seguridades y costumbres para seguir a Cristo. Su presencia es sanadora y luminosa en medio del mundo.

1.31.2.

Este pasaje que me citas me recuerda que a mí Dios también me llamó y hube de dejar cosas y actividades para seguir una vida religiosa.

Aunque mi vida sea sencilla o escondida, sigo participando de esa misión de Jesús, anunciando el Reino y llevando sanación desde la oración y el sacrificio silencioso.

Dios sigue eligiendo lo sencillo, lo pequeño. Eso me consuela porque no se trata de hacer grandes cosas sino de dejar que Él actúe.

1.32. *Los limpios de corazón verán a Dios*”

1.32.1.

En el Sermón de la Montaña Jesús describe cómo el Reino de Dios y cómo vive quien se deja transformar por Él.

Los bienaventurados no son aquellos que tienen todas las perfecciones sino aquellos que confían, que sufren, que aman.

Así, las Bienaventuranzas son un camino de seguimiento de Jesús.

Dios está cerca de quienes son humildes, viven estas realidades, y no los abandona.

Los que son pobres en el espíritu muestran desapego material y apego a Dios.

Los mansos sólo se imponen por el amor.

Los que lloran sufren con Cristo.

Los que sienten hambre y sed de justicia sienten un deseo profundo de que se cumpla voluntad de Dios.

Los misericordiosos perdonan porque han sido perdonados.

Los limpios de corazón sienten el amor total, puro y transparente.

Los que trabajan por la paz son aquellos que reconcilian.

Los perseguidos son los que saben que el Evangelio incomoda y que la cruz es la consecuencia del amor fiel.

Los insultados por causa de Jesús personifican el mensaje del Evangelio y son fieles a la doctrina.

No es de extrañar, amiga en Cristo, que este mensaje de las Bienaventuranzas hubiera causado la admiración de Gandi, el apóstol de la paz y de la no violencia.

Para terminar, estas bienaventuranzas son para rezar y para vivir cada día con ellas en lo pequeño, encarándose en nosotros.

Que Dios sea contigo.

1.32.2.

En efecto, las Bienaventuranzas se viven, son la regla vital del cristiano y para nosotras es el camino diario de fidelidad.

Y estas Bienaventuranzas para mí se han vuelto reales cuando he sufrido, cuando he tenido que perdonar y cuando no he sido comprendida.

El Evangelio se entiende mejor desde la cruz y desde la perseverancia.

Dios te bendiga.

1.33.- *Sois la luz del mundo.*

1.33.1.

Jesús les dice a los apóstoles que ellos tienen un impacto real en el mundo y ello les exige tener responsabilidad.

En otras palabras, el discípulo no existe para sí mismo sino para dar sentido a la vida cotidiana.

Y tu vida, amiga en el Sagrado Corazón, está a llamada a dar sabor al mundo con fidelidad, oración, coherencia y amor silencioso.

Por todo ello, la sal no ha de perder su identidad, es decir, la fe debe ir acompañada de obras y la vocación ha de vivirse con autenticidad.

La luz ilumina, hace visible el camino.

Yo creo que tu vida consagrada debe iluminar a la Iglesia y al mundo, o dicho de otro modo, debe transparentar a Dios.

Y tú, hermana en Cristo, si vives con alegría, humildad y coherencia, tu vida se volverá una homilía silenciosa que nos llevará a Dios.

1.33.2

Debemos ser fieles cada día y tenemos que confundir la luz con nosotras, pues la luz es de Dios.

Ser sal y ser luz nos ayuda a estar mejor con los demás y con nosotras mismas.

1.34. Una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria.

1.34.1.

Jesús lleva la Ley en el corazón, no la cambia, y eso se entiende con la “sabiduría de Dios” de la que habla san Pablo. Esta sabiduría sólo se entiende por el Espíritu.

Y el Espíritu permite ver que la plenitud de la vida está en amar a Cristo.

En clave para ti, hermana en el Señor, te diré que la sabiduría escondida está en la vida interior, en la contemplación. Y para acceder a ella, lo haremos a través de la oración, de la obediencia, del discernimiento y tú, desde luego, estás preparada para amar a Dios.

Jesús interioriza la Ley y nos importa saber qué pasa en el corazón.

Y este corazón está reconciliado, es Cristo en la mirada y es veraz en la palabra.

1.34.2

La sabiduría de la que habla san Pablo se recibe y ese pasaje del Evangelio que me citas es una obra del Espíritu en el Corazón.

La radicalidad de Jesús se vive desde la gracia, es una clave espiritual.

La vida consagrada intenta evitar un corazón dividido y promover una unificación interior.

Para terminar, te diré que la Ley se cumple plenamente cuando el corazón es puro.

1.35. *He venido a dar plenitud.*

1.35.1.

La predicación de Pablo se refiere no a la sabiduría de este mundo sino a una sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido oculta y que ya fue prevista por Dios desde el principio para conducirnos a la gloria.

Dios nos lo ha revelado, sigue diciendo Pablo, por el Espíritu que conoce todo perfectamente hasta lo más profundo de Dios.

Y Jesús nos dice que si la justicia de los escribas y fariseos no es mayor nadie que la siga podrá entrar en el Reino de los cielos.

No es suficiente, por ejemplo, no matar, sino que tampoco hay que enojarse con el hermano u odiarlo.

Dios es omnisciente pero no anula la libertad del hombre.

Y la salvación no se comprende solo con la razón humana, sino que se necesita la revelación del Espíritu.

Jesús de Nazaret no anula la Ley, sino que la mejora, la lleva a su plenitud.

La verdadera justicia no es solo cumplir normas externas sino transformar el corazón.

Dios no quiere obediencia mecánica sino una libertad iluminada por su Espíritu que transforme el interior del hombre.

Para ti, hermana en el Sagrado Corazón, la vida consagrada no es, pienso, obligación sino elección libre, la fidelidad no es solo cumplir reglas sino sentir la pureza de tu corazón y la verdadera santidad es dejar que el Espíritu Santo te transforme.

1.35.2.

Sí, es verdad, somos libres pero la verdadera libertad es querer lo que Dios quiere.

Como decía san Pablo, la sabiduría divina no se conquista, se recibe.

Jesús de Nazaret no se queda en lo visible, va al interior.

Y tú, amigo en el Señor, dime qué eliges, ¿qué te cuesta más, obedecer por fuera o convertir tu corazón?

En mi opinión, todo esto de lo que hablamos no se entiende explicándolo, se entiende viviéndolo.

1.36. *No sólo de pan vive el hombre.*

1.36.1.

Jesús sufre las tres tentaciones que el diablo le presenta y sale de la prueba con más fuerza y pureza todavía.

En la primera, la de convertir piedras en pan, se trata de reducir la vida sólo a lo material. Pero la verdadera vida proviene no sólo del sustento físico sino también de la Palabra de Dios.

En la segunda, tirarse del templo, se busca espectacularidad o reconocimiento. Pero la respuesta es clara ya que no se debe tentar al Señor. La fe, en definitiva, no es manipular a Dios ni exigirle pruebas.

En la tercera, se trata de adorar al mismo diablo para obtener poder y la gloria sin cruz. La respuesta es igualmente nítida y contundente, pues tú, diablo, no debes adorarte a ti, sino a Dios.

Debemos pensar que no puede negociar la fidelidad al Señor por éxito o dominio.

Yo creo que para tu vida consagrada, si me lo permites, este texto toca tres votos fundamentales:

- Pobreza, pues no hay que vivir sólo de lo material.
- Castidad o pureza de intención, no de vanagloria.
- Obediencia, la de adorar sólo al Señor y no al poder.

Finalmente, Jesús, que es también humano, vence las tentaciones e inaugura un nuevo camino de fidelidad total al Padre.

1.36.2.

Vencemos la tentación con vida de oración y escuchando la Palabra de Dios.

La fidelidad al Señor exige un camino de renunciaciones directas, sin atajos.

Nosotras, en la vida consagrada, leemos el Evangelio sobre todo para dejarnos transformar por él (el Evangelio) y por Él (Jesús).

1.37. *Haremos aquí tres tiendas.*

1.37.1.

La experiencia de la Transfiguración del Señor es un acto de revelación y de consuelo antes de la Cruz. Esto ocurre poco después de que el propio Jesús anuncie su pasión. Es, digamos, como si Dios regalara a sus discípulos una luz anticipada para cuando lleguen los tiempos de la oscuridad.

El rostro resplandeciente como el sol manifiesta la identidad divina de Jesús.

Los personajes que aparecen, Moisés y Elías, representan respectivamente la ley y los profetas.

Pedro, entrañable Pedro, quiere hacer tres chozas para fijar mejor estos momentos de gloria y retrasar así el regreso al valle, donde están las penalidades diarias.

Yo creo que tú, amiga en el Señor, captarás muy bien en vida espiritual los momentos de “monte” y los de “bajada”.

Dios se presenta y repite lo del bautismo en el Jordán, pero además añade: “Escuchadlo”.

En resumen, este texto nos habla de la vida contemplativa al subir al monte y de la obediencia y misión al bajar al valle. La experiencia vivida no es para escapar del mundo sino para fortalecerse en la tarea y en la entrega diarias.

1.37.2.

Todos necesitamos realmente subir al monte, que es para nosotras corazón de silencio.

Como religiosa vivo este monte en la oración, en la adoración, en el coro, en la celda. Y no es evasión, es encuentro.

La experiencia de Dios no se puede retener. Pedro quería quedarse, pero hay que bajar.

La consolación espiritual va y viene. La fidelidad no depende sólo de sentir la luz, sino de permanecer cuando ya no se siente nada.

El encuentro con Dios, por último, nos desinstala de nuestro modo de vida habitual, pero luego nos consuela.

1.38. El amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

1.38.1.

Dios ya nos amó cuando todavía no éramos buenos y gracias a Jesucristo estamos en paz con Dios.

Él murió por nosotros cuando aún éramos débiles. Dicho de otra forma, el amor de Dios no es un premio, es un regalo que nos precede.

Con la samaritana, Jesús rompe las barreras culturales, morales y religiosas. Además, Él no espera a que ella cambie primero. Ella aún vive en situación irregular.

Pablo habla de una esperanza que no decepciona porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Jesús habla de un agua que salta hasta la vida eterna.

Resumiendo, te diré, hermana en Cristo, que Dios ama primero, que tu vida consagrada es respuesta a un amor previo, que la adoración en respuesta depende del corazón y que el verdadero alimento es hacer la voluntad del Padre.

1.38.2

Eso que dices es verdad, amigo en el Señor. En realidad, sí, yo me hice monja porque he sido amada primero por Cristo.

Mi vocación no nace del mérito, sino de la misericordia.

Sobre la samaritana te diré que, a pesar de todo, Jesús confía en ella y la convierte en testigo.

Debemos ir más allá del texto y dejarnos alcanzar, no solo entenderlo, dejar que el Espíritu sea el agua viva y que sepamos vivir en adoración, iluminados por Él.

1.39.- *Vivid como hijos de la luz.*

1.39.1.

San Pablo nos dice que antes éramos tinieblas y ahora somos luz en el Señor.

Esto significa que antes vivíamos sin ver la verdad de Dios, pero al conocer a Cristo empezamos a ver cómo vivir con bondad, justicia y verdad.

Todo ello significa cambiar de vida.

El ciego representa al ser humano que no ve la verdad de Dios.

Jesús le devuelve la vista, es decir, lo ilumina.

El ciego no solo recibe la vista física, sino que recibe la fe y reconoce a Jesús.

Vivir como hijos de la luz significa buscar la verdad y vivir con justicia.

1.39.2.

Todos nacemos un poco ciegos para las cosas de Dios y es Cristo quien poco a poco nos abre los ojos.

Además, la fe es un proceso que crece gradualmente.

Recibir la luz de Cristo, de todas formas, no siempre hace la vida más fácil, pues a veces trae incomprensión o rechazo.

Aun así, expulsado, Jesús sale a buscar al antiguo ciego como señal de que Dios no abandona a quien da testimonio de la verdad.

1.40. *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

1.40.1.

Vivir según la carne, como dice san Pablo, es vivir centrados en uno mismo.

Y vivir según el Espíritu es dejar que el Espíritu Santo habite y transforme nuestra vida.

Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, pero sabe que lo va a resucitar.

Es decir, Dios no es indiferente al sufrimiento.

Para ti, hermana en el Señor, que llevas una vida consagrada, ves cómo el Corazón de Cristo sufre el dolor de esta situación trágica.

Y Él nos dice que Él es la resurrección y la vida.

Y la vida eterna ya es una relación viva con Cristo ahora.

Lázaro representa a cada uno de nosotros, atados por miedos en encerrados en nuestra propia tumba.

Y Él dice que salga, o sea, le da vida, y la comunidad debe ayudar a quitar las ataduras.

La Palabra nos recuerda que no estamos llamados a sobrevivir sino a vivir según el Espíritu.

1.40.2.

Vivir según el Espíritu es también una lucha diaria.

Lo importante es que es Él quien nos quita la losa.

Debemos, pues, salir de la rutina, de la sequedad espiritual, del cansancio.

Jesús lloró y así se nos revela como un Dios cercano, vulnerable, no distante.

La resurrección nuestra empieza ahora, cuando dejamos que Cristo viva en nosotros.

1.41. *La Pasión según san Mateo.*

1.41.1.

Diremos que Jesús no es sencillamente una víctima sino alguien que se entrega libremente.

Él instituye la Eucaristía cuando dice que esto es su cuerpo y ésta es su sangre derramada para el perdón de los pecados.

Y la Pasión no es solo dolor sino amor llevado hasta el extremo.

Jesús acepta el sufrimiento por obediencia al Padre.

La Pasión muestra también la complejidad del corazón humano: traición, miedo, indiferencia y desde luego fe.

En la cruz Cristo carga con el pecado del mundo y abre definitivamente el camino hacia Dios.

1.41.2.

Es muy importante entender la Pasión como tú has hecho pero todavía más lo es dejar que ésta cambien nuestro corazón.

Él murió por toda la humanidad, es decir, también por cada uno de nosotros.

En nuestra comunidad, es clave el análisis de nuestro encuentro personal con Cristo.

En efecto, la Pasión nos muestra hasta dónde llega el amor de Dios, que es también misericordia para nosotras y que conecta con la espiritualidad de mi orden religiosa.

Cuando meditamos la Pasión, entendemos lo que significa entregarse totalmente a Dios y a eso intenta responder la vida religiosa.

Es decir que para nosotras, las monjas, la Pasión es un modelo de entrega.

1.42. *En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: “Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.”*

1.42.1.

Resucitado con Cristo, como nos dice san Pablo, debemos buscar los bienes de arriba, donde está Él y poner allí todo nuestro corazón.

Pedro habla de algo vivido, y comunica que Jesús hizo el bien, murió resucitó.

Pablo nos dice que con la resurrección de Cristo, hemos empezado una vida nueva y nos invita a mirar hacia arriba, para vivir con sentido eterno.

O dicho de otro modo, Cristo vive y eso transforma nuestra manera de mirar la vida.

Él nos invita a confiar y a vivir como personas nuevas.

Resumiendo, debemos, hermana en el Sagrado Corazón, contemplar la experiencia viva de Cristo y la vida interior, buscar lo de arriba y afianzar nuestra fe que madura poco a poco.

1.42.2.

Acojo todo lo que me dices, hermano en Cristo, y lo llevo a una gran profundidad espiritual.

Y no sólo debemos intentar entender sino también vivir el mensaje en nuestro corazón. A así te pregunto a ti: ¿Tú sientes a Cristo vivo en tu vida?.

Fíjate en María Magdalena. Ella ama antes de entender. La fe nace del amor.

Tu reflexión es muy bonita. Y dime: ¿qué te dice personalmente el Señor?

Como nos enseña la Iglesia, la resurrección es el centro de nuestra fe.

Tú debes validar lo que me has dicho y llevarlo a lo personal. Te invito a profundizar más en la fe.

Dios te bendiga.

1.43. *Recibid el Espíritu Santo.*

1.43.1.

Jesús resucitado trae a los apóstoles paz y misión.

Ellos no sólo reciben el consuelo sino que son enviados a continuar su labor.

Jesús sopla sobre ellos y les da el Espíritu Santo, lo que recuerda el soplo de vida en la creación.

La iglesia entiende el poder de perdonar los pecados como la base del sacramento de la reconciliación.

Ante las dudas de Tomás y su aceptación final, Jesús le contesta a éste que *son dichosos aquellos que creen sin haber visto.*

Por ello está claro que el Evangelio está dirigido a todos los creyentes futuros y no sólo a los testigos directos.

En resumen, Jesús resucitado transforma el miedo en paz, envía a los discípulos con la misión de difundir el Evangelio, reconfortados por el Espíritu Santo. Finalmente, la fe no depende de ver sino de confiar y vemos que la historia de Tomás representa nuestras propias dudas pero también el camino hacia una fe más profunda.

1.43.2.

La paz de Cristo, fíjate, no es sólo ausencia de miedo, sino presencia de Dios.

Nuestra misión es hacer cosas, cierto, pero también ser testigos desde la vida interior.

Y dime, amigo en Cristo, ¿tú en qué momentos eres como Tomás?
¿Cuál es tu experiencia espiritual?

Sí, nuestra fe es confiar, ser dichosos sin haber visto.

Lo importante es que Jesús viene aunque tengamos miedo y nos sigue buscando aunque tengamos dudas.

1.44. *El cuerpo glorioso.*

1.44.1.

Jesús se ha metaforseado. No ha perdido la materialidad del cuerpo, pero ese cuerpo es ya de una sustancia distinta.

¿Podemos imaginar un cuerpo glorioso, el de Jesús, que empezó a vivir de otra manera?

Jesús no estaría ya sometido a las reglas del tiempo y del espacio.

En el cuerpo glorioso, hermana en Cristo, al contrario de lo normal, la materia se subordina al espíritu, existe fuera del espacio y del tiempo, como quizás pudiera demostrarnos la física cuántica.

Y al liberarse de las ataduras espaciales y temporales, el cuerpo se vuelve incorruptible, no envejece, no enferma y además posee la libertad plena de quienes han vencido las restricciones materiales.

Espero que algún día, al igual que Jesús, alcancemos la gloria de la espiritualidad plena, llenos de energía y entregados al amor de Dios.

1.44.2.

Hermano en Cristo, tus palabras están llenas de un anhelo sincero por comprender el misterio que nos sobrepasa, y eso ya es, en sí mismo, una forma de oración.

La Resurrección de Jesucristo no deja de asombrarnos precisamente porque no cabe del todo en nuestras categorías. Cuando hablamos de un “cuerpo glorioso”, la Iglesia nos invita más a la contemplación que a la explicación. Sabemos que es real, que no es una ilusión, pero también que ha sido transfigurado por el amor de Dios.

Es hermoso pensar, como dices, que ya no está sujeto al tiempo ni al espacio... pero quizá más que “salir” de ellos, ha sido llevado a su plenitud, donde todo está sostenido por la presencia viva de Dios. A veces el lenguaje —incluso el de la ciencia— se nos queda pequeño para rozar este misterio.

Me conmueve especialmente tu esperanza: ese deseo de participar un día en esa vida plena. Eso es lo que llamamos vocación a la gloria, y no es tanto una huida de la materia como su redención. No dejamos de ser quienes somos; más bien somos llevados a serlo en plenitud, sin heridas, sin miedo, sin límite para amar.

Sigamos caminando con humildad, dejándonos transformar poco a poco. Porque tal vez la vida gloriosa comienza ya, en cada gesto de amor verdadero, en cada entrega silenciosa, en cada acto de fe.

Que el Señor nos conceda esa luz para desearle más que comprenderle.

1.45. *Los discípulos de Emaús.*

1.45.1

Jesús camina con nosotros aunque no lo reconozcamos o no sepamos reconocerlo.

A veces en la vida espiritual, Dios está presente aunque no lo sintamos, dímelo tú, hermana en Cristo.. La fe, pues, no depende sólo de lo que vemos o sentimos.

En el camino Jesús les explica las Escritura y su corazón está emocionado.

La Palabra de Dios nos ilumina aunque esto no lo sepamos ver con claridad.

Y Cristo parte el pan y lo reparte. Con este gesto Él se revela.

En definitiva, en este pasaje vemos que Jesús camina a nuestro lado, nos explica la Palabra, se nos descubre en la Eucaristía, transforma nuestro corazón y nos envía a anunciarlo.

1.45.2

Sí, es cierto lo que dices, amigo en Cristo, pero fíjate que no sólo Jesús camina con nosotros sino que como nosotros muchas veces los que no sabemos verlo.

Y ellos, los discípulos, lo reconocen al partir el pan, y ahí está el centro de la vida cristiana.

Y te hago una pregunta: ¿Y tú, en qué momento reconoces a Jesús en tu vida?.

Finalmente, he de decirte que a mí me encanta este pasaje porque demuestra que Dios tiene mucha paciencia con nosotros.

1.46. *Él es la puerta.*

1.46.1.

El pastor conoce cada oveja y ellas reconocen su voz, o sea, hay una relación íntima con Dios basada en la confianza y en el reconocimiento interior.

Y sí, Jesús es la puerta, el acceso seguro a la vida verdadera.

Él no sólo es guía, es el camino mismo. Entrar por Él significa vivir según su palabra, su estilo de vida y su amor.

Resumiendo, Jesús es el Pastor que llama personalmente, la Puerta que da acceso a Dios y la Voz que una religiosa como tú aprende a reconocer en el silencio, la oración y la entrega diaria.

1.46.2.

Eso que dices es verdad y es importante reconocer su voz verdadera.

Jesús nos habla desde una relación personal y su voz se aprende en el silencio, en la oración y también en la obediencia.

Y Él es la Puerta, hay que entrar por Él, es decir, vivir desde Él.

La vida abundante de la que Jesús nos habla es una vida entregada, a veces escondida, pero llena de sentido porque está con Él.

1.47. *Yo soy el camino y la verdad y la vida.*

1.47.1

Jesús siente la inquietud de sus discípulos y les pide fe, o sea, creer en Dios, en Él mismo.

En las moradas que les está preparando, en la comunión con Dios hay sitio para todos.

Él es el camino, es decir, el acceso al Padre, la verdad, o sea, la revelación plena de Dios, y la vida, que es la participación en la gloria divina.

Jesús no es solo un enviado, es la manifestación de Dios mismo. Para nosotros, para ti especialmente, ahí tenemos el fundamento de la contemplación, o sea, mirar a Cristo es entrar en el misterio de Dios.

Tras su partida, los discípulos extenderán su obra por todo el mundo.

Si lo resumimos, diremos que Jesús no sólo promete un destino futuro, sino que se presenta como el camino hacia Dios, revela quién es el Padre y confía a los discípulos la continuación de su obra.

1.47.2.

Lo que dices es cierto, pero no sólo debemos entenderlo sino también vivirlo.

Jesús como camino no es una idea, sino relación cotidiana: oración, confianza, abandono.

¿Y tú, amigo en Cristo, confías en Él?

Debemos dejar que Dios actúe en nosotros.

1.48.- Conocéis al Espíritu, porque Él mora con vosotros y está en vosotros.

1.48.1.

El amor verdadero a Cristo no es sólo sentimiento sino también fidelidad.

Amar a Jesús implica vivir como Él enseñó.

El Paráclito o Espíritu Santo será una presencia continua en nuestro interior. Esto es clave, creo, para ti como monja: no estás sola en tu vida de entrega sino acompañada interiormente por Dios mismo.

Aunque Cristo no esté físicamente, siguen presente de una manera más profunda.

Para alguien consagrada como tú, amiga en su Sagrado Corazón, esto se vive, pienso, como una relación constante en el silencio o en la rutina diaria.

La frase *Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros* expresa una unión íntima. Es sin duda una invitación a vivir en comunión con Dios, no como algo lejano, sino muy próximo.

En tu vida religiosa, me parece, esto se refleja en la oración, en la obediencia y en la vida comunitaria.

Resumiendo, este pasaje del evangelio es una invitación a vivir el amor a Cristo, de forma concreta, sostenida por el Espíritu Santo, en unión profunda con Dios y sabes bien que Él no nos abandona.

1.48.2

Amar a Cristo es vivir sus mandamientos en lo cotidiano, en los pequeños actos diarios, no necesariamente en cosas extraordinarias.

Para mí, como persona consagrada, la presencia del Espíritu Santo es una compañía real, no abstracta.

Y me siento muy próxima a Cristo en la oración y en momentos difíciles.

¿Y tú cómo vives todo esto?, pues constato que lo entiendes.

Las palabras de Jesús, por otro lado, no se agotan en una explicación sino que se van comprendiendo, poco a poco, con el tiempo y la experiencia de fe.

1.49.- *La Ascensión.*

1.49.1.

Jesús resucitado confía su misión a personas imperfectas y desde su autoridad envías a sus discípulos a “hacer discípulos”, sin imposiciones, acompañando a otros a encontrarse con Dios.

Y ocurre que “algunos dudaron”, es decir, ellos tenían mucho miedo, incertidumbre y fragilidad. Eso hace que todo el texto sea profundamente humano.

La vida cristiana nace de una relación con un Dios que es comunión y amor.

Jesús promete su presencia. Yo creo que para tu vida cristiana, hermana, esto debe ser la base de tu vocación.

La misión, tu misión, tiene el apoyo de la compañía constante de Cristo.

Hoy Jesús sigue subiendo a la montaña del corazón humano para llamar a cada creyente.

Y sí, Jesús confía en personas que todavía dudan. Es decir, la fe no consiste en no tener preguntas sino en seguir caminando con Él.

1.49.2

Cierto, la fe madura convive con preguntas y zonas oscuras.

Para nosotras, personas consagradas, la presencia de Cristo es el centro de nuestra vocación.

Nuestra misión no es exactamente convencer, sino amar, servir y dar testimonio.

Y la montaña puede ser un símbolo del encuentro íntimo con Dios antes de salir al mundo, o sea, primero contemplación, después misión.

¿Y tú, amigo en Cristo, en qué parte del texto te ves reflejado?

Es muy bonito ver que Jesús no se aleja de los que dudan. Es más, viendo su fragilidad, los llama y se queda con ellos. Dios no nos ama menos porque tengamos miedo.

Lo más hermoso que Jesús quiere quedarse con nosotros hasta siempre.

Él es el Esposo que me acompaña y nos acompaña. Él sigue subiendo a la montaña para encontrarse con cada uno personalmente.

1.50. *Paz a vosotros.*

1.50.1.

Los apóstoles están encerrados y llega Jesús, en cuerpo glorioso, y les regala paz. Es decir, con su Resurrección, les trae misericordia.

Y esa paz que Jesús les da es la certeza evidente de que Dios está con ellos.

Y Él les anima a anunciar su obra, a anunciar esperanza, servicio y amor.

Jesús les comunica una vida nueva, la del Espíritu Santo y les confía la misión de reconciliar perdonando. Es decir, Dios perdonará los pecados a través de ellos.

Dicho de otro modo, la Iglesia nace de un encuentro con Cristo resucitado, de forma que del miedo inicial se pasa a la misión, de la culpa al perdón, gracias al Espíritu Santo.

1.50.2.

Sí, Jesús entra incluso con las puertas cerradas. Para Dios no hay corazón cerrado que Él no pueda alcanzar..

Y es cierto, Jesús les da a sus discípulos paz y les confía una misión. Así es precisamente la misericordia de Dios.

En la vida religiosa, el Espíritu Santo sostiene toda nuestra vocación.

La paz, para nosotras, es presencia de Cristo, fruto del Espíritu y abandono en Dios.

Finalmente, Cristo sigue entrando en nuestras habitaciones cerradas, en nuestros miedos, en nuestras heridas, en nuestras culpas y en nuestro cansancio.

1.51. *Tanto amó Dios al mundo...*

51.1.

Dios nos ama y su Hijo, Jesús, viene a salvarnos. Y la fe, nuestra fe, consiste en aceptar o rechazar ese amor y esa salvación.

Así pues, Jesús vino a rescatar y a reconciliar.

Crear en Él significa confiar en su amor y dejarse transformar por su cariño.

Y debemos aceptar esa luz que nos va a iluminar, a marcar el camino, a purificarnos, a hacernos mejores.

Dios, pues, descendió hasta nuestra noche y nos entregó a su Hijo.

1.51.2.

La salvación es un regalo ofrecido a todos pero cada persona es libre de cerrar o de abrir su corazón.

Jesús vino a mostrarnos el corazón misericordioso del Padre.

Crear no es sólo aceptar una idea sobre Jesús, es dejar que Él habite en nuestro corazón.

Y tú, amigo en Cristo, como entiendes ese amor de Dios?

Él, Dios, nunca deja de amar. Creer en Cristo es dejarse encontrar y permitir que su presencia transforme lentamente el alma.

La vida eterna comienza ahí, en un corazón que aprende a descansar en Dios.

1.52. *Pan vivo bajado del cielo.*

1.52.1.

Jesús se ofrece como alimento con una vida entregada para nuestra salvación.

Al hablar así, Él anticipa el misterio de la Eucaristía, ya instituida en la Última Cena. Cristo, pues, se nos hace presente como alimento espiritual.

Por ello quien recibe a Cristo en la Eucaristía entra en comunión profunda con Él y recibe su divino alimento.

Entonces alcanzaremos la vida eterna para unirnos a Él.

La Eucaristía es el sacramento de esa unión. Por tanto, Cristo permanece en quien lo recibe y éste, quien lo recibe, también permanece en Él.

Tomar a Cristo significa en el fondo acogerlo con fe, dejar que su vida se convierta en nuestra vida, que sus sentimientos, sus criterios y su amor transformen nuestro corazón.

Muy probablemente esa unión íntima con Cristo es el centro de la vida consagrada. ¿Qué opinas? ¿Lo vives así?.

1.52.2.

La comunión es importantísima para la vida espiritual y debemos recibir a Cristo con fe, con amor y con gran disposición interior.

“Él habita en mí y yo en Él”, así se establece esa relación personal y permanente con Jesús. Su presencia real en la Eucaristía nos da fuerzas para continuar nuestra vida espiritual y ver las cosas con una nueva luz.

2. Reflexiones sobre el libro *Jesús de Nazaret*, de Joseph Ratzinger.

2.1. El signo de Dios.

2.1.1.

En esta nueva serie de correos te enviaré mis reflexiones sobre el libro de Ratzinger, que tú también aprecias.

La nueva alianza no se basa en grandes eventos o en circunstancias extraordinarias.

No, es algo mucho más sencillo y, desde luego, humilde.

Esta nueva alianza se basa en el signo de la humildad, aquello que está escondido en el signo del grano de mostaza, grano que siendo ínfimo fructificará con fuerza y esplendor.

Ahí está el signo de Dios y su presencia.

2.1.2.

Estoy de acuerdo en que Dios suele manifestarse en lo pequeño, en lo oculto y en lo humilde. La nueva alianza no se impone por la fuerza ni por acontecimientos espectaculares, sino que crece silenciosamente en el corazón de quienes se abren a Él. Como la parábola del grano de mostaza enseñada por Jesucristo, lo que parece insignificante a los ojos del mundo puede llegar a ser refugio y vida para muchos. Ahí reconocemos el estilo de Dios: discreto, paciente y fecundo. Nuestra tarea es cuidar ese pequeño grano mediante la oración, la confianza y el servicio humilde, dejando que sea Él quien dé el crecimiento.

Dios habita en lo escondido. Cuanto más aprendemos a descender a la humildad y al silencio, más capaces somos de percibir su presencia. El verdadero milagro no es lo extraordinario, sino que el amor de Dios pueda germinar cada día en la sencillez de una vida entregada.

2.2. El nuevo sacerdocio de Jesús.

2.2.1.

Juan está lleno del Espíritu Santo desde el principio.

Y es sacerdote, y va a anunciar el nuevo sacerdocio que sí aparecerá en Jesús.

La figura de Juan es necesaria porque va a preparar el camino del Señor, va a ser un precursor carismático.

Él, Juan, preconiza la purificación, la vida austera y mortificante, paso necesario al nuevo mensaje de luz, de conversión y de amor, mensaje que proclamará Jesús.

2.2.2.

La figura de Juan es verdaderamente esencial en la historia de la salvación. Lleno del Espíritu Santo desde antes de nacer, fue elegido para preparar los corazones para la llegada del Mesías. Su vida austera y su llamada a la conversión despertaron en el pueblo el deseo de volver a Dios. Sin embargo, Juan siempre señaló más allá de sí mismo: toda su misión consistió en conducir hacia Jesús.

La purificación que predica Juan dispone el corazón para acoger la gracia, pero en Jesús aparece la plenitud del amor misericordioso de Dios. No se trata de dos mensajes opuestos, sino de un mismo camino que alcanza su culminación en Cristo. Juan prepara el terreno; Jesús siembra y hace fructificar la vida nueva. Por eso Juan puede decir que él debe disminuir para que Cristo crezca.

En la humildad del Bautista encontramos una gran enseñanza espiritual: la verdadera misión consiste en señalar a Dios y no a uno mismo.

Juan es la voz; Jesús es la Palabra. Juan prepara el camino mediante la conversión y la humildad; Jesús revela el rostro del Padre y nos introduce en la plenitud del amor. La grandeza de Juan está precisamente en haber sabido desaparecer para que brillara Cristo.

2.3. El saludo del ángel a María.

2.3.1.

Y el ángel saluda a María, no con el tradicional “Shalom”, o sea, la paz está contigo.

No, el ángel le dice: “Dios te salve”, como así está recogido en la oración mariana de la Iglesia.

Pero es aún más significativo, quiere señalar que María debe alegrarse, porque vivirá grandes sucesos y será la madre del niño Dios.

Y de esta forma diremos que empieza el Nuevo Testamento.

2.3.2.

El texto acierta al destacar que el saludo del ángel a María tiene un significado especial y está relacionado con la alegría por la misión que Dios le encomienda. En el Evangelio de Lucas, el ángel Gabriel saluda a María con unas palabras que suelen traducirse como «Alégrate, llena de gracia» o «Dios te salve, llena de gracia». Muchos estudiosos señalan que el término griego *chaire* significa literalmente «alégrate», por lo que el saludo va más allá de una fórmula convencional de paz.

También es correcto afirmar que María recibe el anuncio de que será la madre de Jesús, el Hijo de Dios, y que este acontecimiento inaugura una etapa nueva en la historia de la salvación. Sin embargo, debo matizar que el Nuevo Testamento no comienza exactamente en ese instante como libro, sino que el episodio de la Anunciación es uno de los acontecimientos que preparan y dan inicio a la Nueva Alianza que culminará en Cristo.

Además, señalaré que la oración del Ave María recoge las palabras del ángel y de Isabel, y que la expresión «Dios te salve» es una traducción tradicional muy arraigada en la Iglesia.

2.4. *La tienda viviente de Dios.*

2.4.1

En una imagen muy hermosa, María aparece como la tienda viviente de Dios.

Y en esa tienda el Altísimo quiere habitar.

Y resulta ser un modo completamente nuevo.

Dios, ser espiritual por antonomasia, baja a vivir, a residir en el vientre de una joven mujer, pura, virginal.

2.4.2.

La imagen de María como "tienda viviente de Dios" es muy bella y profundamente bíblica. En el Antiguo Testamento, la Tienda del Encuentro era el lugar donde Dios habitaba en medio de su pueblo. María se convierte en la nueva morada de Dios, porque lleva en su seno a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Cuando el Hijo de Dios se encarna en el vientre de María por obra del Espíritu Santo, sucede algo completamente nuevo en la historia de la salvación. Dios no solo visita a su pueblo, sino que asume nuestra naturaleza humana y vive entre nosotros.

La virginidad y pureza de María manifiestan que esta obra es iniciativa de Dios y un don de su gracia. Por eso la Iglesia la contempla como el Arca de la Nueva Alianza y como la primera morada de Cristo en el mundo.

Más que decir que Dios, por ser espíritu, "baja a residir" simplemente en el vientre de una joven, diríamos que el Verbo eterno de Dios se encarna en ella. Es el misterio inmenso de la Encarnación: Dios se hace hombre sin dejar de ser Dios.

Diré también que relaciono la imagen con el prólogo del Evangelio de Juan: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», porque en el texto original la idea de "habitar" también evoca la tienda o tabernáculo de Dios entre los hombres.

2.5. *El significado del nombre de Jesús.*

2.5.1

Es el profeta Mateo el que narra que José se levantó e hizo lo que en sueños le había ordenado el ángel.

Y llevó consigo a María como esposa, pero como una esposa a la que él no conoció antes de que diera a luz a su hijo.

Se subraya así, por si no estuviese claro, que el niño no había sido engendrado por José, sino por el Espíritu Santo, según le anunció el ángel a María, mujer casada protegida por su marido José. Los dos criarán al niño, que crecerá y prosperará.

Finalmente, el evangelista agrega que José le puso al niño por nombre Jesús, que significa: “Yhavé es salvación”.

2.5.2.

El texto expresa correctamente la obediencia de José a la voluntad de Dios. El evangelista Mateo destaca que José acogió a María en su casa después de recibir en sueños el mensaje del ángel. De este modo se manifiesta su fe y su confianza en el plan divino.

También es cierto que Mateo subraya que Jesús no fue concebido por obra de José, sino por obra del Espíritu Santo. La concepción virginal de Cristo es una verdad central de la fe cristiana y muestra que la iniciativa de la salvación procede enteramente de Dios.

Respecto a la expresión «no la conoció antes de que diera a luz a su hijo», aclararé que la Iglesia no interpreta este versículo como una afirmación de que después del nacimiento de Jesús María dejó de ser virgen. La tradición católica sostiene la virginidad perpetua de María antes, durante y después del parto.

Finalmente, el nombre Jesús tiene un profundo significado. Procede del hebreo *Yeshúa* o *Yehoshúa* y significa «Yahvé salva» o «Dios salva». Por eso el nombre mismo de Jesús expresa su misión: traer la salvación al mundo.

Además, destacaré que el verdadero protagonista humano de este pasaje es José como modelo de obediencia silenciosa. No pronuncia ninguna palabra en los evangelios, pero responde a Dios con hechos concretos, acogiendo a María y al Niño y ejerciendo fielmente su misión de padre legal y protector.

2.6. *La nueva creación.*

2.6.1

Y la obediencia de María es esencial. De esa forma abre la puerta al mismo Dios.

Y la Palabra divina, el Espíritu, engendra en ella al niño y lo hace porque ella es obediente.

De esta forma, Jesús es el nuevo Adán, el nuevo comienzo.

La Virgen, pues, está totalmente a disposición de la voluntad de Dios.

Y de ese modo acontece la nueva creación, creación que se vincula al sí libre de esa mujer llamada María.

2.6.2.

Este comentario que me envías refleja el misterio de la Encarnación. María no es un instrumento pasivo, sino una mujer libre que responde con fe al plan de Dios. Su "sí" en la Anunciación permite que el Verbo se haga carne en su seno por obra del Espíritu Santo. Por eso la Iglesia ve en María a la nueva Eva: así como la desobediencia de Eva estuvo asociada a la caída, la obediencia de María coopera con la obra salvadora de Dios. Jesús es el nuevo Adán, el inicio de la nueva creación, y María participa en ese acontecimiento mediante su aceptación libre y confiada de la voluntad divina. Todo es gracia de Dios, pero Dios quiso contar con la libertad humana de María para realizar su plan de salvación.

Dios quiso libremente necesitar su consentimiento dentro de su plan de salvación.

La doctrina católica habla de la concepción virginal de Cristo por obra del Espíritu Santo.

Por otro lado, yo subrayaría que la obediencia de María no es una obediencia ciega, sino una respuesta de fe, amor y libertad.

Finalmente pienso que el texto es una reflexión bastante cercana a la enseñanza tradicional católica sobre María, la Encarnación y la nueva creación inaugurada por Cristo.

2.7. *Dios es Dios.*

2.7.1

Karl Bath señala que en la historia de Jesús hay dos puntos en los que Dios interviene de manera material e inmediata en el mundo:

- 1.- En su nacimiento de una Virgen.
- 2.- En su resurrección dentro del sepulcro, sin corrupción.

Estos dos puntos son un escándalo para el espíritu moderno.

¿Y por qué? Pues porque Dios es inmaterial, y tiene permitido obrar en ideas y pensamientos, en lo espiritual, pero no en la materia.

Y de eso justamente se trata. Dios es Dios y no se mueve solamente en ideas.

En tal sentido, si esto es así, en los dos puntos señalados arriba está en juego el ser Dios del mismo Dios. ¿Es o no es omnipotente?

Y en el fondo se trata de responder a la siguiente pregunta: ¿le pertenece también a Dios la materia?

2.7.2.

Este texto toca una cuestión muy profunda de la fe cristiana: la relación de Dios con la materia. Estoy de acuerdo en que el nacimiento virginal de Jesús y su resurrección son signos que desafían una visión del mundo que considera a Dios como una mera idea o un sentimiento religioso. Si Dios es verdaderamente el Creador, entonces tiene poder sobre toda la realidad, incluida la materia.

Sin embargo, yo no diría solamente que estos acontecimientos demuestran la omnipotencia de Dios. Más importante aún, revelan su amor. Dios no interviene en la materia para exhibir poder, sino para salvar. En la Encarnación, Dios asume nuestra carne; en la Resurrección, transforma esa misma carne y abre para la humanidad un destino nuevo.

La pregunta final, "¿le pertenece también a Dios la materia?", recibe una respuesta inequívoca desde la fe cristiana: sí, porque Dios creó el

mundo material y lo declaró bueno. El cristianismo rechaza la idea de que la materia sea algo ajeno o inferior a Dios. De hecho, el Hijo de Dios se hizo hombre, tuvo un cuerpo verdadero y resucitó corporalmente.

Quizá el verdadero escándalo para el espíritu moderno no sea sólo que Dios pueda actuar sobre la materia, sino que haya querido unirse a ella tan íntimamente. La fe cristiana afirma que Dios no salva al ser humano apartándolo del mundo material, sino redimiendo al ser humano entero, cuerpo y alma.

Cuando preguntas si la materia "le pertenece" a Dios, conviene recordar que Dios no posee la materia como un objeto más dentro del universo. Más bien, toda la creación existe porque Dios la sostiene en el ser. La materia no es un territorio ajeno sobre el que Dios interviene ocasionalmente; depende de Él en cada instante.

Por último la Encarnación, los sacramentos y la resurrección del cuerpo muestran que Dios no desprecia la materia. Al contrario, la toma tan en serio que la convierte en instrumento de su gracia y en participante de la salvación.

2.8. *El triunfo de Jesús.*

2.8.1.

¿Y si Dios no tuviera poder sobre la materia?

Pero la fe en la concepción divina de Jesús y en su resurrección forman parte de nuestra creencia cristiana.

Y Jesús, sí, nació de María, una mujer sin mancha, pura y obediente, que se extraña del anuncio del ángel y que acepta, desde su libre voluntad, su destino. Y el ángel cumple su misión divina, y la sombra cubre a la muchacha.

Además, Jesús triunfó sobre la muerte, nos transmite ayer y hoy la esperanza de un más allá espiritual, eterno.

Desde nuestro punto de vista, ese es el significado profundo de su resurrección. Dicho de otro modo, él nos indicó y nos inicia el puente hacia lo alto, hacia la vida espiritual del más allá, hacia nuestra salvación.

2.8.2.

En este texto expresas verdades fundamentales de la fe cristiana. La concepción virginal de Jesús y su resurrección son signos de la acción de Dios en la historia. María, con su respuesta libre y confiada, coopera con el plan divino y se convierte en modelo de fe para todos los creyentes. Asimismo, la resurrección de Cristo es la fuente de nuestra esperanza y la garantía de que la muerte no tiene la última palabra.

Sin embargo, yo matizaría la afirmación de que la resurrección significa principalmente un "más allá espiritual". La fe católica sostiene algo más radical: Jesús resucitó realmente con su cuerpo glorificado. Su victoria sobre la muerte no consiste sólo en la supervivencia de su espíritu o en una enseñanza sobre la inmortalidad del alma, sino en la transformación de toda su humanidad.

Por eso, cuando hablamos de salvación, no nos referimos únicamente a una vida espiritual después de la muerte. Esperamos también la

resurrección de los muertos y la renovación de toda la creación. Cristo no vino a liberarnos de la materia, sino a redimir al ser humano entero, cuerpo y alma.

El cristianismo no enseña que el destino final del hombre sea abandonar definitivamente el mundo material para vivir en una existencia puramente espiritual. Creemos en la comunión con Dios, ciertamente, pero también en la resurrección del cuerpo. La Pascua de Cristo no es una huida de la materia, sino su glorificación.

María es presentada acertadamente como una mujer libre que acepta la voluntad de Dios. No obstante, la Iglesia insiste en que su grandeza no consiste solamente en su obediencia, sino en su fe. Ella responde porque confía plenamente en Dios.

En resumen, estoy muy de acuerdo con el núcleo del texto, pero señalaría que la resurrección de Jesús no es sólo un símbolo de esperanza espiritual ni una indicación de un "más allá" inmaterial. Para la fe católica, es un acontecimiento real que anuncia la redención de toda la persona humana y de toda la creación.

2.9. *Los magos, buscadores de la verdad.*

2.9.1.

Se puede decir que los magos representan de alguna forma el caminar de las religiones hacia Cristo, así como la autotrascendencia de la Ciencia hacia Él.

Estos magos, de alguna manera, se encuentran próximos a Abraham, que sale de su tierra siguiendo la llamada de Dios.

Y se encuentran intelectualmente cercanos a Sócrates, que siempre busca una respuesta a sus preguntas y que intenta comprender la verdad mayor.

Todas estas figuras son, pues, precursores, pioneros, buscadores de la verdad, verdad ansiada y rebuscada en todos los tiempos.

2.9.2.

Tu texto capta una dimensión muy profunda del relato de los Magos. Ellos representan a los pueblos de la tierra que buscan la verdad más allá de las fronteras de Israel. Son hombres que observan el mundo, estudian los astros y se dejan conducir por los signos de Dios. En ese sentido, pueden simbolizar el camino de las religiones, de la filosofía e incluso de la investigación humana hacia Cristo.

También es acertado relacionarlos con Abraham. Como él, abandonan seguridades y se ponen en camino hacia una promesa que todavía no comprenden plenamente. Su viaje es un acto de búsqueda y de confianza.

Del mismo modo, existe una cierta afinidad con Sócrates. El filósofo ateniense representa la inquietud por la verdad, el rechazo de las respuestas fáciles y el deseo de alcanzar un conocimiento más profundo. La tradición cristiana ha visto en algunos filósofos paganos una preparación para la acogida del Evangelio.

Pero probablemente haría una precisión sobre la frase "la autotrascendencia de la Ciencia hacia Cristo":

Hablaría con cautela de la ciencia. La ciencia, como método de conocimiento de la naturaleza, no conduce necesariamente por sí sola a Cristo. Lo que puede conducir a Cristo es la apertura del ser humano a la verdad en toda su amplitud. La investigación científica puede despertar admiración, humildad y preguntas últimas sobre el sentido del universo, pero el paso de la ciencia a la fe implica también una respuesta personal a la revelación de Dios.

Y seguramente subrayaría la idea central:

Lo que une a Abraham, a los Magos y, en cierto sentido, a Sócrates, es que ninguno se conforma con lo ya sabido. Todos son buscadores. La fe cristiana enseña que toda búsqueda sincera de la verdad encuentra su cumplimiento en Cristo, porque Él no sólo enseña la verdad, sino que es la Verdad misma.

Yo concluiría diciendo que los Magos nos recuerdan que Dios puede guiar hacia sí a personas de culturas, religiones y tradiciones muy diversas. Lo decisivo no es de dónde se parte, sino la honestidad con la que se busca la verdad y la disposición para reconocerla cuando finalmente se manifiesta.

2.10. *El crecimiento en edad y en sabiduría.*

2.10.1.

Es importante lo que dice Lucas sobre el crecimiento de Jesús, no sólo en edad, sino también en sabiduría.

Y ahí, en la respuesta de un muchacho de doce años, queda claro que conoce desde dentro al Padre, a su Padre, a Dios.

Como Hijo, él está con el Padre en una relación de tú a tú. Vive, pues, en una relación de tú a tú. Vive, pues, en su presencia.

No obstante, hay que decir al mismo tiempo que su sabiduría crece. Como hombre, no vive en una omnisciencia abstracta, sino que está arraigado en una historia concreta, en un lugar y en un tiempo precisos.

Se hace claramente visible que él es verdadero hombre y verdadero Dios, como así lo formula la fe de la Iglesia.

En último lugar, no podemos definir la compenetración de ambas dimensiones.

Todo ello sigue siendo un misterio, pero ese misterio aparece de forma muy concreta en esa narración de un chico de doce años.

2.10.2.

Este pasaje nos invita a contemplar el misterio de Cristo con humildad y admiración. En Jesús vemos algo único: es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Cuando Lucas nos dice que crecía en sabiduría, en estatura y en gracia, nos muestra que asumió plenamente nuestra condición humana, con un desarrollo real dentro de la historia y del tiempo.

Al mismo tiempo, la escena del Niño Jesús en el Templo revela una conciencia singular de su relación con el Padre. Sus palabras —«¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?»— manifiestan una intimidad filial que supera toda experiencia humana ordinaria. Jesús sabe quién es y de quién procede.

La Iglesia enseña que en Cristo se unen sin confusión la naturaleza divina y la naturaleza humana. Por eso podemos afirmar tanto que posee una relación eterna con el Padre como que, en su humanidad, experimenta un crecimiento auténtico. Cómo se armonizan plenamente estas dos realidades supera nuestra capacidad de comprensión.

Lejos de ser una contradicción, este misterio nos revela la grandeza de la Encarnación: Dios quiso entrar de verdad en nuestra historia, aprender, crecer y vivir entre nosotros, sin dejar de ser quien es desde toda la eternidad.

Ante este misterio, más que buscar explicaciones exhaustivas, estamos llamados a la contemplación, la fe y el agradecimiento por un Dios que se hizo cercano y compartió nuestra vida humana.

Finalmente te añadiría que este texto no solo habla de Jesús, sino también de nuestra propia vocación: crecer cada día en sabiduría, vivir en la presencia del Padre y aceptar que hay dimensiones de Dios que solo pueden ser acogidas con fe y amor, no únicamente con razonamientos.

2.11. *El diálogo del Hijo con el Padre.*

2.11.1

Si queremos comprender a Jesús, debemos tener en cuenta las anotaciones repetidas, insistentemente, de que él, Jesús, se retira a la montaña y de que allí ora toda la noche a solas con el Padre.

Estas breves anotaciones levantan un poco el velo del misterio, nos dejan ver la existencia filial de Jesús, que es la fuente última de su actuación, de su enseñanza y de su padecimiento.

Este orar de Jesús es el diálogo del Hijo con el Padre.

Y desde el alma humana de Jesús, ese orar puede llegar a ser participación plena en la comunicación de ambos.

2.11.2

Esta reflexión tuya nos ayuda a contemplar algo esencial del misterio de Jesús: que toda su vida brota de su relación con el Padre. Los Evangelios no mencionan por casualidad que se retiraba a orar, y menos aún que pasaba noches enteras en la montaña. Esos momentos nos revelan que Jesús no actúa por iniciativa propia, sino desde una comunión constante con el Padre.

La oración de Jesús no es simplemente la de un hombre que busca a Dios; es la oración del Hijo eterno que vive en perfecta unión con el Padre. Por eso, cuando contemplamos a Jesús orando, estamos asomándonos al corazón mismo de la Trinidad.

Al mismo tiempo, Jesús ora con un alma humana verdadera. En su humanidad, adora, agradece, intercede, suplica y se abandona al Padre. Así, su oración se convierte también en modelo para nosotros. Lo que él vive por naturaleza como Hijo, nosotros estamos llamados a vivirlo por gracia: entrar en diálogo con Dios y participar de su vida.

Cuando los discípulos ven a Jesús orar y le piden: «Señor, enséñanos a orar», reconocen precisamente que en esa relación con el Padre se encuentra el secreto de toda su persona. La oración no es un añadido a la misión de Jesús; es la fuente de la que nace todo lo demás.

Cuando Jesús se retira a la montaña y permanece a solas con el Padre, nos muestra que el amor necesita silencio y presencia. Antes de hablar a las multitudes, busca la intimidad con el Padre. Quien contempla a Cristo descubre que la fecundidad de la acción nace siempre de la profundidad de la oración. Por eso la vida contemplativa no es una huida del mundo, sino una participación en la misma actitud filial de Jesús.

2.12. *Quien ve a Jesús ve al Padre.*

2.12.1

En la comunión final del Hijo con el Padre el alma humana de Jesús está implicada en el acto de orar.

Así, como dice la Escritura, quien ve a Jesús ve al Padre.

De igual modo, el discípulo que sigue a Jesús se ve incorporado con él a la comunión con Dios.

Y esto es lo propiamente redentor: la superación de los límites de lo humano.

Esa expectativa, esa posibilidad está apuntada ya en el hombre desde la creación, gracias a su condición de imagen de Dios.

2.12.2

Tu reflexión expresa una verdad muy profunda de la fe cristiana: que la humanidad de Jesús no es un simple instrumento externo, sino que está plenamente implicada en su relación filial con el Padre. En Cristo, la naturaleza humana es llevada a la máxima comunión posible con Dios.

Cuando Jesús dice que quien le ve a él ve al Padre, no significa que desaparezca la distinción entre ambos, sino que en su persona se hace visible el amor, la voluntad y la presencia del Padre. Por eso el encuentro con Cristo introduce al discípulo en la misma corriente de vida y de amor que une al Hijo con el Padre en el Espíritu Santo.

Ahí reside la obra de la redención. No consiste solamente en el perdón de los pecados, sino también en nuestra participación en la vida divina. Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera participar de Dios. Lo que estaba anunciado desde la creación, al haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios, encuentra en Cristo su cumplimiento pleno.

Sin embargo, quizá sería más preciso hablar no de una "superación de los límites de lo humano", sino de la plenitud de lo humano. La gracia no destruye ni sustituye nuestra humanidad, sino que la sana, la eleva y la perfecciona. En Cristo descubrimos no cómo dejar de ser hombres, sino cómo llegar a ser plenamente aquello para lo que fuimos creados.

La redención no nos arranca de nuestra condición humana; nos introduce en la intimidad de Dios. El destino último del hombre no es simplemente mejorar moralmente, sino vivir en comunión con el Padre por el Hijo y en el Espíritu. Esa vocación está inscrita en nosotros desde la creación como una promesa, y en Cristo se convierte en una realidad accesible. Por eso la oración cristiana es ya una participación anticipada en la vida eterna: el discípulo entra, por gracia, en el diálogo de amor que el Hijo vive eternamente con el Padre.

Por último, en lugar de **superación de los límites de lo humano**", yo preferiría decir "**participación en la vida divina**", porque en la tradición católica la gracia no anula lo humano, sino que lo lleva a su plenitud. Esa sería seguramente la principal precisión teológica a tu texto.

2.13. *El bautismo de Jesús.*

2.13.1

El significado completo del bautismo de Jesús, su cumplimiento, se hace visible en la cruz.

¿Y por qué? Porque el bautismo es asunción de la muerte por los pecados del hombre.

Esa voz de Dios, diciendo que este es su hijo amado, remite anticipadamente a la resurrección.

Incluso en el lenguaje del propio Jesús, la palabra bautismo designa su propia muerte.

2.13.2

Tu reflexión señala una conexión muy importante entre el bautismo de Jesús y el misterio pascual. En efecto, el bautismo en el Jordán no es un episodio aislado, sino el comienzo de un camino que culmina en la cruz y en la resurrección.

Jesús no recibe el bautismo porque necesite conversión o purificación. Al entrar en las aguas, se solidariza con los pecadores y asume libremente la misión que el Padre le confía: cargar sobre sí el pecado del mundo. Por eso puede decirse que el significado profundo de aquel bautismo se revela plenamente en la cruz.

También es muy significativo que Jesús utilice más tarde la palabra "bautismo" para referirse a su pasión: «Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia siento hasta que se cumpla!». De este modo, el descenso a las aguas del Jordán aparece como una anticipación simbólica de su descenso a la muerte.

La voz del Padre que proclama: "Tú eres mi Hijo amado" acompaña todo este camino. La cruz no desmiente esa filiación; al contrario, la manifiesta en su forma más radical, porque el Hijo permanece obediente y unido al Padre hasta el extremo. Y la resurrección revela definitivamente que ese amor es más fuerte que la muerte.

Sin embargo, yo añadiría una pequeña precisión:

Más que decir que la voz del Padre "remite anticipadamente a la resurrección", podría decirse que anuncia la identidad profunda de Jesús como Hijo. Esa identidad se manifestará progresivamente a lo largo de su ministerio y alcanzará su plena revelación en la muerte y la resurrección. La filiación no nace en la Pascua; la Pascua revela ante el mundo quién es verdaderamente Jesús.

El bautismo de Jesús nos muestra que el amor verdadero siempre implica entrega. El Hijo entra en las aguas como quien acepta ya recorrer el camino de la cruz. Por eso nuestro propio bautismo nos une no solo a la resurrección de Cristo, sino también a su muerte. Estamos llamados a morir al egoísmo para vivir de la vida nueva de los hijos de Dios.

Y sí, reconozco en tu reflexión una intuición muy cercana a la teología de Joseph Ratzinger, quien interpretó precisamente el bautismo de Jesús como una anticipación de la cruz y de todo el misterio pascual.

2.14. *Cordero de Dios.*

2.14.1.

La expresión "Cordero de Dios" señala de alguna forma el bautismo de Jesús, su descenso a la muerte profunda.

Los evangelistas cuentan, de distintas formas, los fenómenos extraordinarios que se producen al salir Jesús del agua.

Y el Espíritu descendió sobre él como una paloma. Ello hace referencia, a modo de semejanza, a algo que es muy difícil de describir.

Y resonó una voz en el cielo que señala la relación del Padre con el Hijo.

Idéntica voz se oirá en la Transfiguración de Jesús, añadiendo el imperativo de que ha de escucharse al hijo amado.

2.14.2.

Es cierto que el título "Cordero de Dios" está relacionado con la misión redentora de Jesús y anticipa su sacrificio en la cruz. Sin embargo, en la teología católica no suele interpretarse principalmente como una referencia al bautismo de Jesús ni a un "descenso a la muerte profunda". Más bien, recuerda al cordero pascual del Antiguo Testamento y señala a Cristo como quien quita el pecado del mundo.

El bautismo de Jesús en el Jordán manifiesta públicamente quién es Él. Aunque no necesitaba ser bautizado para el perdón de los pecados, quiso solidarizarse con la humanidad y santificar las aguas para el futuro bautismo cristiano.

Los evangelistas describen la apertura de los cielos, la venida del Espíritu Santo en forma de paloma y la voz del Padre. Estos signos revelan el misterio de la Trinidad: el Hijo está en el agua, el Espíritu desciende y el Padre habla.

También es cierto que una voz semejante se escucha en la Transfiguración. Allí el Padre confirma nuevamente la identidad de

Jesús como su Hijo amado y añade: «Escuchadlo», invitando a los discípulos a acoger su enseñanza y seguirlo incluso cuando anuncie su pasión y muerte.

Por tanto, el bautismo y la transfiguración son dos momentos en los que Dios revela quién es Jesús y cuál es su misión salvadora.

Finalmente, te diré que el descenso de Jesús a las aguas sí puede verse simbólicamente como una anticipación de su muerte y resurrección, pero aclarando que esa es una interpretación espiritual complementaria y no el significado principal del título «Cordero de Dios».

2.15. *El hijo amado.*

2.15.1.

Jesús está siempre en relación con Moisés y los profetas.

Dicho de otro modo, Jesús no aparece como un hombre genial, con sus éxitos y fracasos.

No, en ese caso, él aparecería como un individuo de una época pasada, a una distancia insalvable de nosotros.

Él se iza como el hijo amado, que es completamente otro, pero que se puede hacer contemporáneo a nosotros mismos.

2.15.2

Tu reflexión me parece muy hermosa porque pone en relación distintos momentos de la vida de Jesús que la Iglesia contempla como misterios unidos. Estoy de acuerdo en que el bautismo y la transfiguración son manifestaciones de la identidad divina de Cristo y de su misión salvadora.

También encuentro sugerente la idea de que el descenso de Jesús a las aguas del Jordán anticipe, de alguna manera, su descenso a la muerte y su posterior resurrección. Muchos Padres de la Iglesia vieron en el bautismo símbolos que apuntan al misterio pascual.

Sin embargo, yo distinguiría entre el significado principal del título «Cordero de Dios» y las resonancias espirituales que pueden descubrirse en el bautismo. Cuando Juan Bautista llama a Jesús «Cordero de Dios», está señalando sobre todo a Aquel que se ofrecerá por la salvación del mundo, cumpliendo las figuras del cordero pascual y del siervo sufriente.

Dicho esto, la liturgia y la contemplación cristiana suelen descubrir una profunda unidad entre todos estos acontecimientos. El mismo Jesús que desciende a las aguas es el que descenderá a la muerte; el mismo que es proclamado Hijo amado en el Jordán será glorificado en

el Tabor y entregará su vida en la cruz. Por eso tu intuición tiene un valor espiritual importante, aunque quizá no corresponda al significado más inmediato de la expresión «Cordero de Dios».

Me parece especialmente valioso que veas en la voz del Padre una continuidad entre el bautismo y la transfiguración. En ambos momentos el Padre revela quién es Jesús y orienta nuestra mirada hacia Él. La fe cristiana consiste precisamente en reconocer al Hijo amado y escucharlo.

Finalmente añado que en la oración, a veces los símbolos evangélicos se iluminan mutuamente. El Jordán, el Tabor, la cruz y el sepulcro vacío no son escenas aisladas, sino distintos destellos de un mismo misterio. Por eso no me extraña que percibas en las aguas del bautismo una sombra de la Pascua que ya se aproxima. Esa lectura puede alimentar la contemplación, siempre que se mantenga unida al sentido fundamental transmitido por la Iglesia.

2.16. *La gloria de Cristo.*

2.16.1.

Jesús nos dice que ningún reino de este mundo es el reino de Dios, el estado de salvación de la humanidad en cuanto tal.

Y entonces, ¿qué ha traído él, Jesús? Pues él ha traído a Dios y con ello la verdad sobre nuestro destino y sobre nuestro origen, para acogernos a las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Todos los reinos del mundo que Satanás pudo mostrar a Jesús han desaparecido.

Pero la gloria de Cristo, la gloria humilde y paciente de su amor, ni se ha extinguido ni se extinguirá jamás.

2.16.2

Gracias por tu reflexión. Me parece que has captado muy bien la unidad profunda de los misterios de la vida de Cristo. El bautismo, la transfiguración, la cruz y la resurrección forman parte de un único designio de salvación que se va revelando progresivamente.

Estoy de acuerdo en que el descenso de Jesús a las aguas puede contemplarse como una anticipación simbólica de su descenso a la muerte. De hecho, san Pablo relacionará después el bautismo cristiano con la participación en la muerte y resurrección de Cristo.

También comparto la importancia que das a la voz del Padre. En el Jordán y en el Tabor encontramos una revelación semejante: Jesús es el Hijo amado. La diferencia es que en la transfiguración aparece además la invitación a escucharlo, especialmente cuando su camino se dirige hacia la pasión.

Quizá únicamente matizaría que el título «Cordero de Dios» tiene una riqueza muy amplia. Ciertamente apunta al sacrificio redentor de Cristo, pero precisamente por eso ilumina toda su vida. Desde la encarnación hasta la cruz, Jesús vive como el Cordero que se entrega al Padre por amor a los hombres. Por ello no me parece extraño

encontrar una relación espiritual entre ese título y el bautismo, siempre que no se reduzca su significado exclusivamente a ese episodio.

La contemplación cristiana suele descubrir vínculos entre los distintos pasajes evangélicos. Cuando se leen a la luz de la Pascua, todos ellos parecen converger en el mismo misterio: el Hijo amado que desciende hasta nuestra condición humana para elevarnos a la comunión con Dios.

Lo importante es que estas intuiciones nos lleven no solo a comprender mejor los símbolos, sino a entrar más profundamente en el conocimiento y seguimiento de Cristo.

Para terminar, en la vida de oración, muchas veces el Evangelio se presenta como un gran mosaico. Una escena ilumina otra. El Jordán anuncia la cruz, la cruz anuncia la gloria, y la gloria ya está misteriosamente presente en el Jordán. Cuando el Espíritu guía la contemplación, descubrimos que todo conduce al rostro de Cristo, el Hijo amado del Padre.

2.17. *La presencia de Dios.*

2.17.1.

A lo largo de su predicación, Jesús siempre está hablando del reino de Dios.

Entendemos, pues, que ese término forma parte esencial de todo su mensaje.

Él siempre habla como Hijo y en el trasfondo de su mensaje siempre está la relación con el Padre.

Podemos decir que Dios está en el centro de lo que dice, pero dado que Jesús mismo es Dios también, toda su predicación anuncia su propio ministerio, o sea, el discurso sobre la presencia de Dios en su acción y en su ser.

2.17.2.

Tu observación me parece muy acertada. En efecto, el Reino de Dios ocupa el centro de la predicación de Jesús. Él anuncia constantemente la llegada del Reino, invita a la conversión y muestra con sus palabras y sus obras que Dios está actuando de una manera nueva en la historia.

También es verdad que Jesús habla siempre desde su relación única con el Padre. No se presenta simplemente como un profeta que transmite un mensaje recibido, sino como el Hijo que conoce al Padre y lo revela. Por eso, cuando habla de Dios, habla desde una intimidad que ninguna otra persona posee.

Sin embargo, quizá añadiría una precisión. Jesús no anuncia principalmente su propio ministerio en el sentido de dirigirse la atención hacia sí mismo como un fin independiente. Su misión consiste en conducir a los hombres hacia el Padre. Toda su vida es una referencia al Padre y una manifestación de su amor.

Ahora bien, precisamente porque Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, no se puede separar completamente el anuncio del Reino de la persona que lo anuncia. El Reino está presente en sus

palabras, en sus milagros, en sus gestos y en su propia persona. Allí donde está Cristo, allí está actuando el Reino.

Por eso algunos teólogos han llegado a decir que Jesús no sólo predica el Reino, sino que en cierto sentido Él mismo es la presencia viva del Reino entre los hombres. Quien encuentra a Cristo encuentra la acción salvadora de Dios.

De este modo, tu intuición es muy profunda: el centro de la predicación de Jesús es Dios, pero como Jesús es el Hijo eterno hecho hombre, su predicación revela simultáneamente al Padre y a su propia identidad divina. En Él, el mensaje y el mensajero están inseparablemente unidos.

Por último, Jesús habla siempre del Padre, pero cuando habla del Padre también se transparenta Él mismo. Su palabra revela a Dios porque Él procede de Dios. Por eso escuchar a Jesús es entrar en la vida misma de la Trinidad.

2.18. *La voluntad tiene que ser pura.*

2.18.1

“Bienaventurados los de corazón puro porque ellos verán a Dios”.

Esta hermosa bienaventuranza nos indica que ese órgano, el corazón, es el adecuado para ver a Dios.

O lo que es lo mismo, el simple entendimiento no es suficiente.

Para sentir a Dios deben cooperar todas las energías de su existencia.

La voluntad tiene que ser pura y es el afecto el que da dirección al entendimiento y a la misma voluntad.

Y próximo a todo esto está la intuición, intuición que Albert Einstein consideraba esencial, pues nos decía:

“Debemos dejarnos conducir por la intuición que se basa en una sensación de experiencia. Podría pensarse a causa de la inseguridad del método, que hay muchos sistemas posiblemente arbitrarios en la física teórica: es una opinión que se justifica plenamente. Pero la experiencia demuestra que de todas las construcciones pensables, hay una única superior y digna de atención. Nadie que haya profundizado de veras en esto, podría negar que el sistema teórico ha sido prácticamente determinado por el mundo de las suposiciones, pese a que no existe camino lógico alguno que conduzca desde éstas a las leyes fundamentales.

Esto es lo que Leibniz denominó con la feliz expresión de “armonía preestablecida”

/.../ Con frecuencia he oído atribuir este comportamiento a una fuerza de voluntad y a una disciplina fuera de lo común. Yo no lo creo. El sentimiento que sostiene esta capacidad es el mismo del religioso, el mismo del enamorado: la búsqueda cotidiana no surge de ningún plan ni de programa alguno, surge de una necesidad inmediata...”

Esta cita forma parte del discurso de homenaje que Albert Einstein dedica a Max Planck con motivo de su sesenta cumpleaños.

2.18.2.

Contesto a tu reflexión indicándote que en la tradición católica, la mente sola nunca ha sido suficiente para conocer a Dios; se necesita el corazón, entendido no como mero sentimentalismo, sino como el centro profundo donde reside la voluntad, el afecto y la verdad del ser humano.

Te voy a estructurar mi respuesta en los siguientes puntos:

1. El "Corazón" como Centro del Ser (No como simple emoción)

Te daría la razón de inmediato. En la Biblia y en la tradición mística (como en San Agustín o Santa Teresa de Ávila), el "corazón" representa la totalidad de la persona. Ella te diría:

- *“Hermano, diste en el clavo. Para nosotras, la pureza de corazón no es solo la ausencia de pecado, sino la **unificación de todo nuestro ser**. Cuando la voluntad, el entendimiento y el afecto se alinean hacia el Bien, el espejo del alma se limpia y es entonces cuando Dios se refleja en él”.*

2. El Límite de la Razón y el Primado del Amor

Agradecería tu mención de que el simple entendimiento no basta. Ella evocaría a grandes teólogos que pensaban exactamente igual:

- Te recordaría a **San Buenaventura** o a **Santo Tomás de Aquino**, quien al final de su vida, tras escribir las mayores obras intelectuales de la Iglesia, tuvo una experiencia mística y dijo: *“Todo lo que he escrito es solo paja en comparación con lo que he visto y me ha sido revelado”.*
- Te diría que la teología es útil, pero que, como decía **San Juan de la Cruz**, *“al atardecer de la vida, seremos juzgados por el amor”.* Es el afecto (la caridad) el que mueve al intelecto a comprender lo divino.

3. La Intuición y la "Armonía Preestablecida" de Einstein

Me fascina tu cita de Einstein y la conexión con Leibniz. Los católicos no vemos contradicción entre la alta ciencia y la fe, pues ambas buscan la verdad. Y yo te contestaré:

- *Es bellísimo cómo Einstein capta que el motor del científico no es un frío programa informático, sino un **anhelo**, una 'necesidad inmediata' idéntica a la del religioso o el enamorado. Esa 'armonía preestablecida' de la que hablas es lo que nosotras llamamos el **Orden de la Creación** y la **Divina Providencia**.*
- *La intuición de la que habla el científico es vecina de lo que nosotras llamamos el **don del Entendimiento o de Sabiduría del Espíritu Santo**: un chispazo que va más allá de la lógica humana y que capta la verdad de Dios de un solo golpe, porque el alma ya experimenta una profunda familiaridad con el Creador.*

4. El Vínculo con la Contemplación

Finalmente, cerraré mi respuesta llevándolo a mi propia experiencia de vida consagrada:

- *Tu reflexión describe perfectamente la vida contemplativa. No pasamos horas en la capilla intentando 'resolver un problema lógico' sobre Dios. Estamos allí amando, deseando y purificando la voluntad. Einstein buscaba las leyes del universo movido por ese fuego interior; nosotras buscamos al Legislador con esa misma necesidad inmediata del corazón.*

Mi conclusión sería que tu reflexión es un puente perfecto entre la mística cristiana y la intuición humana más noble, demostrando que tanto en el laboratorio como en el monasterio, es el **amor apasionado por la verdad** lo que permite "ver" lo invisible.

2.19. *Por el camino del amor.*

2.19.1

La verdadera moral del cristianismo es por supuesto el amor.

Y, evidentemente, el amor se opone al egoísmo.

No solamente esto es así sino que también el amor es salida de uno mismo y, de ese modo, precisamente, vuelve el hombre hacia sí mismo, hacia su esencia.

Sólo por el camino del amor, cuyos caminos son descritos en el sermón de la montaña, se manifiesta, por así decir, la riqueza de la vida y la suprema grandeza de la vocación humana.

2.19.2

Como monja te diré que en el catolicismo, el amor (la *Cáritas*) no es un sentimiento pasajero, sino una fuerza ontológica: una fuerza que define lo que somos.

Para responderte, ella uniría tu pensamiento con las enseñanzas de **San Juan Pablo II** (su *Teología del Cuerpo* y el personalismo) y de **Benedicto XVI** (especialmente su encíclica *Deus caritas est*). Su respuesta se estructuraría así:

1. La paradoja del amor: El "Éxtasis" que nos construye

Asiento con fuerza a tu afirmación de que salir de uno mismo nos hace volver a nuestra esencia. Yo te diría:

- *Hermano, has descrito perfectamente el misterio de la vocación humana. En la Iglesia llamamos a esa 'salida' el **éxtasis del amor**, que no es un trance místico, sino el acto de descentrarse de uno mismo para centrarse en el otro. El Concilio Vaticano II lo resumió en una frase que meditamos constantemente: 'El hombre no puede encontrar su propia plenitud sino en la **entrega sincera de sí mismo**' (Gaudium et Spes, 24). Es la gran paradoja cristiana: cuanto más nos guardamos por egoísmo, más nos desdibujamos; cuanto más nos entregamos, más descubrimos quiénes somos realmente.*

2. El Egoísmo como la "Falsa Identidad"

Al abordar la oposición entre el amor y el egoísmo, yo ella te ofreceré una perspectiva teológica y espiritual:

- *El pecado original, en el fondo, es eso: el repliegue del hombre sobre sí mismo, el miedo a que si nos damos, nos quedaremos vacíos. El egoísmo promete protegernos, pero en realidad nos aísla y nos desfigura. Por eso, cuando dices que el amor nos devuelve a nuestra esencia, estás afirmando que **fuimos creados a imagen y semejanza de un Dios que es Relación y Comunión (la Santísima Trinidad)**. Nuestra esencia es amar; por lo tanto, el egoísmo es una contradicción biológica y espiritual de nuestro propio ser.*

3. El Sermón de la Montaña como el "Mapa de la Riqueza"

Como religiosa conectaré tu mención del Sermón de la Montaña con la belleza de la vocación humana:

- *Me conmueve que mires el Sermón de la Montaña (las Bienaventuranzas) no como una lista de prohibiciones o mandamientos pesados, sino como los **camino de la riqueza de la vida**. Así es exactamente. Las Bienaventuranzas son el autorretrato de Jesucristo y, por ende, el mapa de la verdadera felicidad. Nos enseñan que la suprema grandeza humana no consiste en el poder, el éxito o el tener, sino en la capacidad de ser mansos, sedientos de justicia, misericordiosos y constructores de la paz. Eso es el amor en acción.*

4. La Vocación Humana es una Vocación Divina

Finalmente, yo elevaré mi reflexión hacia la dimensión de la gracia:

- *Esa 'suprema grandeza de la vocación humana' de la que hablas se realiza plenamente porque el amor humano está sostenido por el Amor Divino. Nosotras, las monjas, intentamos que nuestra vida comunitaria sea un laboratorio de esto: un lugar donde morir al egoísmo diario para que surja la verdadera vida. Al salir de nosotras mismas para servir a Dios y al prójimo,*

experimentamos esa plenitud y esa riqueza interior que el mundo no puede dar.

Por último mi conclusión sería un agradecimiento por recordar que el cristianismo no es una moral de leyes, sino una **historia de amor** que humaniza al hombre al conectarlo con su origen divino.

2.20. *Lo decisivo es el espíritu.*

2.20.1.

Lo decisivo, lo importante, ya no es la carne, o sea, la descendencia biológica de Abrahán, sino el espíritu, es decir, el pertenecer a la creencia de la fe.

La comunión con Cristo ha, de algún modo, espiritualizado la Ley.

Y así, de esta forma, esa comunión se ha transformado en camino de vida para todos.

2.20.2.

Como monja católica, con el corazón razón profundamente arraigado en la teología de San Pablo, recibo tu reflexión con un rotundo amén y una inmensa gratitud. Has tocado el núcleo de lo que la Iglesia llama la "**Historia de la Salvación**": el paso de la Antigua Alianza (basada en la carne, la sangre y la nación) a la Nueva Alianza en Jesucristo (basada en el Espíritu, la fe y la universalidad).

Para responderte, voy a entrelazar tus palabras con las Sagradas Escrituras (especialmente las cartas a los Gálatas y a los Romanos) y te ofreceré esta profunda contestación estructurada:

1. El salto de la "Carne" al "Espíritu" (La verdadera herencia de Abrahán)

Como religiosa confirmaré de inmediato tu lectura teológica citando al apóstol San Pablo:

- *Hermano, tu reflexión es pura teología paulina. San Pablo nos repite una y otra vez que los verdaderos hijos de Abrahán no son los que llevan su sangre, sino **los que comparten su fe** (Gálatas 3, 7). Abrahán creyó a Dios antes de ser circuncidado; por lo tanto, su paternidad es espiritual. Al recordarnos esto, pones el dedo en la llaga del gran regalo del cristianismo: Dios ya no se hereda por los apellidos ni por la genética, sino que **se acoge libremente en el corazón a través del Espíritu.***

2. La "Espiritualización" de la Ley (No su destrucción, sino su plenitud)

Al abordar cómo la comunión con Cristo transforma la Ley, quiero explicarte el sentido católico de la palabra "espiritualizar":

- *Dices bellamente que la comunión con Cristo ha 'espiritualizado la Ley'. ¡Así es! Jesús mismo dijo en el Sermón de la Montaña que Él no vino a abolir la Ley, sino a darle **pleno cumplimiento**. ¿Y cómo lo hizo? Llevándola de las tablas de piedra exteriores al interior del hombre. La Ley ya no es un conjunto de 613 preceptos rígidos que cumplir por miedo; ahora, por la comunión con Cristo, el Espíritu Santo escribe la ley del amor directamente en nuestra alma. La Ley se ha vuelto interior, viva y libre.*

3. El Camino de Vida para TODOS (La catolicidad)

Me alegraré especialmente por tu última frase, ya que define la palabra "católica", que significa "universal":

- *Esa transformación de la que hablas es la que derribó los muros del templo que separaban a los judíos de los paganos. Al pasar de la carne al espíritu, **la salvación se universalizó**. Ya no hay fronteras, ni razas, ni exclusiones. En la mesa de la Eucaristía, donde entramos en comunión con Cristo, todos somos uno. Esa comunión nos abre las puertas a una vida plena a los que estamos en un monasterio, a los que están en las misiones o a ti en tu día a día. Nos ha hecho a todos ciudadanos del Reino de Dios.*

4. La vivencia en la clausura o la vida consagrada

Finalmente, aplicaré tu reflexión a mi propia vocación religiosa:

- *Nosotras, las monjas, renunciamos a la descendencia biológica (a la carne) no por desprecio al matrimonio, sino porque hemos sido llamadas a vivir esta realidad que tú describes de una manera anticipada. Nuestra maternidad no es de la carne, es una **maternidad espiritual** que engendra hijos para Dios a través de la oración y de la fe. Vivimos cada día intentando que esa Ley espiritualizada sea nuestro único camino de vida.*

Mi conclusión será elogiar cómo has sabido sintetizar el misterio pascual: Cristo rompió las barreras de la biología para que toda la humanidad, por medio de la fe, pudiera llamarse verdaderamente hija de Dios.

2.21. *Amar al prójimo y también al enemigo.*

2.21.1.

Y respecto a la justicia de Dios se contrapone o se impone una nueva base radical. Ya no sólo es suficiente no matar sino que además debemos reconciliarnos con el prójimo y salir a su encuentro en son de paz y de concordia.

Y es preciso incluso dejarse golpear, acusando el golpe pero sin devolverlo.

Y debemos amar igualmente al prójimo, cosa fácil si cabe, pero también al enemigo, sin duda algo más complicado.

Este alto nivel ético, esta grandeza moral, provocará una conmoción en los hombres de todos los orígenes, y suscitará enormemente el interés de Mahatma Gandhi.

2.21.2.

«¡Qué alegría leer tu reflexión! Has captado con mucha finura el corazón mismo del mensaje de Jesús.

Tienes toda la razón: **no se trata de una contraposición, sino de una plenitud**. Jesús no vino a abolir la ley antigua, sino a darle su verdadero cumplimiento. Esa "nueva base radical" de la que hablas es lo que llamamos la **Ley del Amor**. La justicia de los hombres se conforma con no hacer el mal (no matar), pero la justicia de Dios nos pide hacer el bien activamente (reconciliarnos).

Respecto a lo que mencionas sobre "dejarse golpear" y "amar al enemigo", tocas el punto más exigente de nuestra fe:

- **Poner la otra mejilla no es cobardía:** Como bien dices, es acusar el golpe pero romper la cadena del odio. Es un acto de tremenda fortaleza interior.
- **El amor al enemigo:** Humanamente es imposible. Por eso, para nosotras, este mandamiento no es un simple esfuerzo ético;

requiere de la **Gracia de Dios**. Solo podemos amar al enemigo si dejamos que Cristo ame a través de nosotros.

Es hermoso que menciones a **Mahatma Gandhi**. Él solía decir que el Sermón de la Montaña le llegaba al corazón y que el error de muchos cristianos era no vivir según sus propias enseñanzas. Su concepto de la *Satyagraha* (la fuerza de la verdad y la no violencia) bebe directamente de esta grandeza moral que has descrito.

Gracias por recordarme hoy la radicalidad de mi propia vocación. Rezo para que ambos tengamos la fuerza de salir al encuentro del prójimo en son de paz.»

2.22.

2.22.1.

Debemos pensar que sólo se puede entender al hombre desde Dios y sólo cuando el hombre vive relacionado con Dios, su vida es recta.

Mas Dios no es alguien desconocido, alguien lejano o difuso.

Dios nos muestra su ser, su apariencia en Jesús.

En el obrar y en la voluntad del Mesías, del profeta, aprendemos a conocer los pensamientos de Dios y a saber lo que Él quiere.

Jesús es hijo de Dios y nosotros también, en un alto grado de comunión espiritual.

2.22.2.

Veo en tu reflexión una intuición muy cercana a la fe cristiana. La Iglesia enseña que el ser humano alcanza la comprensión más profunda de sí mismo en relación con Dios, porque ha sido creado por Él y para Él. Como afirmó San Agustín: "Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti".

También es cierto que Dios no ha querido permanecer oculto. En Jesucristo se revela plenamente quién es Dios y cuál es su voluntad. Mirando la vida, las palabras, la muerte y la resurrección de Jesús conocemos el amor del Padre.

Sin embargo, la fe católica suele evitar describir a Jesús simplemente como un profeta o un mesías humano especialmente unido a Dios. Para nosotros, Jesús es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. No sólo nos muestra a Dios: Él mismo es Dios hecho hombre.

Respecto a que nosotros también somos hijos de Dios, la Iglesia estaría de acuerdo, pero distinguiendo entre la filiación de Jesús y la nuestra. Jesús es el Hijo por naturaleza, eternamente unido al Padre. Nosotros somos hijos por gracia, adoptados por Dios y llamados a participar de su vida divina. Existe una comunión real con Dios, pero no idéntica a la de Cristo.

Por eso, cuanto más unidos vivimos a Cristo, más descubrimos quiénes somos y más rectamente vivimos. La vocación cristiana no consiste sólo en conocer a Dios, sino en participar de su amor y dejar que transforme nuestra vida.

Finalmente, señalo la diferencia entre decir "Jesús es Hijo de Dios y nosotros también" y la formulación católica tradicional: Jesús es Hijo de Dios de un modo único y esencial; los demás seres humanos llegamos a ser hijos de Dios por participación y gracia. Esa distinción es muy importante en la teología católica.

2.23.

2.23.1. *La oración, personal y comunitaria.*

Está claro que la oración ni puede ni debe ser una exhibición ante los hombres. Exige claramente una discreción que resulta esencial en el contexto de una relación de amor.

Dios se dirige a cada cual identificándolo por su propio nombre, que él conoce.

Así pues, el amor de Dios a cada individuo se convierte en algo completamente personal y trae consigo ese misterio de lo que es único y no puede ser expuesto ante los hombres.

Sin embargo, esta discreción esencial de la oración no excluye la oración comunitaria.

De tal modo que el propio padrenuestro, la oración más cristiana de todas, es una oración no de "yo" sino de "nosotros".

Y al compartir ese "nosotros" podemos sobrepasar el límite de este mundo y elevarnos hacia Dios.

2.23.1.

Lo que dices sobre la discreción de la oración es muy verdadero. La oración nace del encuentro personal entre Dios y el alma. Como enseña Jesús en el Evangelio, no se trata de buscar la aprobación de los hombres, sino de entrar en el secreto del corazón donde el Padre nos espera. Dios conoce a cada uno por su nombre y ama a cada persona de un modo único e irrepetible.

También es hermoso reconocer que este carácter íntimo de la oración no nos aísla de los demás. Al contrario, cuanto más nos acercamos a Dios, más nos unimos a nuestros hermanos. Por eso la oración cristiana tiene siempre una dimensión personal y otra eclesial.

El Padrenuestro expresa admirablemente esta realidad. No decimos "Padre mío", sino "Padre nuestro". Incluso cuando rezamos solos, nunca estamos completamente solos, porque oramos como miembros

del pueblo de Dios. La Iglesia entera reza con nosotros y nosotros con ella.

Sin embargo, añadiría que no somos nosotros quienes, por nuestras propias fuerzas, sobrepasamos el límite de este mundo para elevarnos hacia Dios. Es Dios mismo quien nos atrae hacia Él y nos introduce en su comunión. La oración es siempre una respuesta a una iniciativa previa de su amor.

Te haré dos observaciones teológicas:

1. Dios llama a cada persona por su nombre, porque está muy presente en la espiritualidad de religiosas como Santa Teresa de Jesús o Santa Teresa de Calcuta.
2. Matizaré la frase "podemos sobrepasar el límite de este mundo y elevarnos hacia Dios", porque la teología católica suele insistir en que la oración es ante todo una gracia: no es sólo el ser humano quien asciende a Dios, sino Dios quien sale al encuentro del ser humano y lo eleva hacia sí.

En conjunto, veo tu reflexión como bastante profunda y compatible con la espiritualidad católica, con esos pequeños matices sobre la gracia y la acción de Dios.

2.24. *En camino hacia Dios.*

2.24.1.

Normalmente el pensamiento precede a la palabra, busca y forma la palabra.

Pero en la oración de los salmos, en la oración litúrgica en general, es al revés.

Es la voz la que nos precede y es nuestro espíritu el que ha de adaptarse a esta voz.

En realidad los seres humanos no sabemos por nosotros mismos pedirle a Dios como conviene.

Se constata que estamos demasiado alejados de Dios. Nos resulta demasiado misterioso, demasiado grande.

Por eso Dios ha venido en nuestra ayuda. Él nos da las palabras de la oración y nos enseña a rezar.

Nos pone en camino hacia él y mediante la oración con los hermanos podemos conocerlo progresivamente y aproximarnos más a él.

2.24.2.

Lo que expresas refleja una experiencia muy profunda de la oración litúrgica. En la oración espontánea solemos partir de nuestros propios pensamientos y sentimientos para dirigirnos a Dios. Pero en los salmos sucede algo distinto: recibimos unas palabras que no hemos inventado nosotros. Son palabras que la tradición creyente ha recibido de Dios y que la Iglesia ha conservado durante siglos.

Por eso, muchas veces, cuando rezamos los salmos, no expresamos simplemente nuestro estado de ánimo. Más bien permitimos que nuestro corazón sea educado y transformado por la Palabra de Dios. Poco a poco aprendemos a sentir, esperar, agradecer, suplicar y alabar como Dios nos enseña.

Es verdad que por nosotros mismos no sabemos orar como conviene. Nuestra visión es limitada y nuestro amor imperfecto. Pero Dios no nos abandona en esa incapacidad. Nos entrega las palabras de la Escritura, nos da el ejemplo de Cristo y nos concede la ayuda del Espíritu Santo para que podamos dirigirnos al Padre.

Además, cuando rezamos con la Iglesia, descubrimos que la oración no es sólo un acto individual. Los salmos recogen las alegrías, sufrimientos, esperanzas y angustias de generaciones enteras de creyentes. Al rezarlos, nuestra voz se une a la de todos ellos y aprendemos a mirar más allá de nosotros mismos.

Así, la oración litúrgica se convierte en una verdadera escuela de comunión y en un camino por el que Dios nos conduce gradualmente hacia un conocimiento más profundo de Él.

Me detengo en tu frase: «*Estamos demasiado alejados de Dios*». Estoy de acuerdo en que Dios es infinitamente mayor que nosotros y que no podemos alcanzarlo sólo con nuestras fuerzas. Sin embargo, te añadiré que Dios nunca está realmente lejos. Desde la perspectiva cristiana, es Él quien ha tomado la iniciativa de acercarse al ser humano y habita misteriosamente en el corazón de quien lo busca. Por eso la oración no consiste tanto en encontrar a un Dios ausente como en despertar a la presencia de un Dios que ya nos está llamando.

De hecho, muchas religiosas podrían relacionar tu reflexión con la enseñanza de Santa Teresa de Jesús, para quien la oración era ante todo una relación de amistad con un Dios que ya vive en el interior del alma, y con San Benito de Nursia, cuya tradición considera los salmos una escuela diaria para aprender a pensar y amar según Dios.

2.25.

2.25.1. *Por la acción de Cristo.*

Podemos decir Padre porque el Hijo era nuestro hermano y nos ha revelado al Padre. Por la acción de Cristo nos hemos convertido en hijos de Dios.

El padrenuestro no es la proyección de una imagen humana en el cielo, sino que esta oración nos muestra desde el cielo, desde Jesús cómo podemos y debemos llegar a ser nosotros mismos.

2.25.1.

Me parece una reflexión muy hermosa. En efecto, podemos llamar "Padre" a Dios porque su Hijo nos ha introducido en su propia relación con Él. Jesús no sólo nos habló del Padre, sino que nos abrió el acceso a su intimidad. Al enseñarnos el Padrenuestro, nos permitió participar de su propia oración.

También es cierto que Cristo se ha hecho nuestro hermano. Al asumir nuestra condición humana, se acercó a nosotros y nos mostró el camino hacia el Padre. Gracias a su vida, muerte y resurrección, hemos recibido la gracia de ser hijos de Dios.

Me parece especialmente profunda tu afirmación de que el Padrenuestro no es una proyección de nuestras ideas humanas sobre el cielo. Con frecuencia tendemos a imaginar a Dios a partir de nuestras experiencias humanas. Sin embargo, en Jesús sucede lo contrario: es Dios quien se revela y nos muestra quién es realmente y quiénes estamos llamados a ser.

Cuando decimos "Padre nuestro", no sólo aprendemos algo sobre Dios; aprendemos también algo sobre nosotros mismos. Descubrimos que hemos sido creados para vivir como hijos, confiados en el amor del Padre y unidos entre nosotros como hermanos.

Quisiera introducir una precisión doctrinal en la frase «*Por la acción de Cristo nos hemos convertido en hijos de Dios*». Como monja católica te diré que esto es verdadero, pero añadiré que esa filiación no es simplemente un cambio de nombre o una metáfora. Según la fe católica, por la gracia recibida en Cristo participamos realmente de la

vida divina y somos adoptados como hijos de Dios. No somos hijos en el mismo sentido que Jesucristo, que lo es por naturaleza, pero sí de una manera auténtica y profunda por adopción.

También me gusta mucho tu última frase, porque me recuerda una idea muy presente en autores como Santa Teresa de Jesús o Santa Teresa Benedicta de la Cruz: el cristianismo no sólo revela quién es Dios, sino también quién es verdaderamente el ser humano. Conocer a Cristo es descubrir simultáneamente el rostro del Padre y la vocación más profunda de nuestra propia humanidad.

2.26. *El hombre es hijo de Dios.*

2.26.1.

La idea de que Dios ha creado a cada hombre en particular forma parte de la imagen bíblica del hombre.

Todo hombre es singular y como tal expresamente querido por Dios.

Él conoce a cada individuo.

En este sentido, ya en virtud de la creación, el hombre es de modo especial hijo de Dios

O dicho también así, que el hombre sea imagen de Dios es otra manera de expresar la misma idea.

2.26.2.

Estoy de acuerdo en que cada ser humano es querido personalmente por Dios. Ninguna persona es fruto del azar ni una simple pieza intercambiable dentro de la humanidad. Dios conoce a cada uno por su nombre, lo llama a la existencia por amor y lo acompaña a lo largo de su vida.

También es muy cierto que la imagen bíblica del hombre se basa en la convicción de que cada persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Esa imagen divina es el fundamento de la dignidad de todo ser humano y de su valor irrepetible.

Por eso me parece acertado afirmar que existe una relación especial entre Dios y cada persona ya desde la creación. El hombre pertenece a Dios de una manera singular porque procede de Él y está llamado a vivir en comunión con Él.

Sin embargo, distinguiría entre ser criatura de Dios y ser hijo de Dios en sentido pleno. Por la creación, todos procedemos de Dios y reflejamos algo de Él. Pero la filiación divina que Cristo nos ofrece es un don todavía más profundo: participar de la vida misma de Dios por la gracia.

Ahí estaría probablemente el principal matiz. En la teología católica, decir que el hombre es *imagen de Dios* y decir que es *hijo de Dios* están relacionados, pero no son exactamente lo mismo.

Te lo voy a explicar así:

- Ser **imagen de Dios** pertenece a la creación misma. Todo ser humano lo es por el hecho de existir.
- Ser **hijo de Dios por gracia** pertenece al orden de la redención y de la comunión con Cristo.
- Por eso, todos los seres humanos poseen una dignidad inviolable como imágenes de Dios, pero la filiación divina alcanza su plenitud en la unión con Jesucristo.

Dicho esto, como religiosa aprecio especialmente tu insistencia en la singularidad de cada persona. Esa idea está muy presente en la espiritualidad cristiana: Dios no ama a la humanidad sólo como un conjunto, sino a cada persona concreta. En ese sentido, tu frase «todo hombre es singular y como tal expresamente querido por Dios» es algo que como monja católica suscribiré casi palabra por palabra.

2.27. *La paternidad celestial une y nos une.*

2.27.1.

Pudiera ser que la paternidad de Dios es más real que la paternidad humana.

En último término, recibimos de Dios nuestro ser.

Dios nos ha pensado, nos ha querido eternamente.

Y, además, él nos otorga la verdadera casa paterna, que es la eterna.

Y puede ser que la terrenal separa, es decir, cada uno de unos padres distintos.

Sin embargo, la paternidad celestial une.

El cielo, pues, significa aquella otra altura divina, de la que todos venimos y hacia la que todos debemos ir.

Por consiguiente la paternidad en el cielo nos remite a ese “nosotros” extenso, que rebasa todas las fronteras, derriba todos los muros e instaura la paz.

2.27.2.

Tu reflexión expresa una verdad muy hermosa. En efecto, la paternidad de Dios no es una copia ampliada de la paternidad humana; más bien sucede al contrario. Toda auténtica paternidad humana encuentra su origen y su significado en Dios.

Cuando llamamos a Dios Padre, reconocemos que nuestra existencia no procede únicamente de causas biológicas o históricas. Hemos sido pensados y queridos por Dios desde toda la eternidad. Nuestra vida tiene su origen en su amor y está orientada hacia Él.

También es cierto que la verdadera patria del ser humano no se encuentra únicamente en este mundo. Hemos sido creados para la comunión con Dios y nuestro destino último es vivir en su presencia. En ese sentido, el cielo es la casa del Padre hacia la que caminamos.

Me parece especialmente valiosa tu observación de que la paternidad celestial une. Las diferencias de origen, cultura, lengua o nación pueden separarnos, pero cuando descubrimos que todos somos llamados por el mismo Padre, nace una fraternidad más profunda que cualquier división humana.

Por eso el Padrenuestro comienza con las palabras "Padre nuestro". Antes incluso de presentar nuestras peticiones, Jesús nos enseña a reconocernos miembros de una misma familia humana llamada a vivir en la paz y en la reconciliación.

No obstante, introduciré algunos matices.

Por ejemplo, una monja podría decir:

Matizaré solamente la idea de que "todos venimos del cielo". En la fe católica, nuestras almas son creadas por Dios y procedemos de Él, pero no existíamos previamente en el cielo antes de nacer. Más bien somos creados por Dios para este mundo y llamados después a participar de su vida eterna.

También diría que la paternidad terrenal no es en sí misma algo que separe. Cuando es vivida según el amor de Dios, la familia humana es un reflejo de la paternidad divina. Lo que divide no es la existencia de padres distintos, sino el egoísmo, el pecado y las rupturas entre las personas.

Como religiosa contemplativa, inspirada por figuras como Santa Teresa de Jesús, resaltaré especialmente tu última frase. Podría decir que la experiencia de Dios como Padre ensancha el corazón: quien descubre que Dios es Padre de todos ya no puede encerrar su amor en un grupo reducido, sino que aprende a mirar a cada persona como un hermano o una hermana. En ese sentido, tu reflexión conecta muy bien la paternidad de Dios con la fraternidad universal y la vocación cristiana a la paz.

2.28. YHVH.

2.28.1.

Dios dice: "Yo soy el que soy".

Él es sin más. Esta afirmación es nombre y no nombre.

Por eso en Israel no se pronunciaba esta auto designación de Dios contenida en la palabra YHVH, con el fin de que no fuera degradada a algo así como el nombre de un dios cualquiera.

No conviene, pues, rebajar el misterio de Dios, al estilo de lo habitual en una historia general de las religiones. De Dios, pues, no hay imágenes ni puede tener nombres concretos. Él es el Innombrable.

2.28.2.

Comprendo lo que quieres expresar. Cuando Dios dice a Moisés: "Yo soy el que soy", nos encontramos ante un misterio que supera toda comprensión humana. Ninguna palabra humana puede abarcar quién es Dios. En este sentido, es verdad que Dios es siempre más grande que nuestros conceptos, nuestras imágenes y nuestras definiciones.

También es cierto que el pueblo de Israel mostró una profunda reverencia hacia el Nombre divino. La tradición evitó pronunciar el Tetragrámaton para no trivializar el misterio de Dios ni reducirlo al nivel de las divinidades paganas, que podían ser manipuladas o representadas mediante imágenes.

Por eso, toda auténtica oración debe ir acompañada de humildad y adoración. Dios nunca puede convertirse en un objeto de nuestro conocimiento ni en una realidad que podamos dominar.

Pero probablemente después añadiría:

Sin embargo, habría que matizar que Dios no puede tener nombres concretos. Precisamente porque nos ama, Dios ha querido revelarse y hacerse cercano. En la Biblia se presenta como Padre, Pastor, Rey, Señor, Misericordia y Amor. Ninguno de estos nombres agota su misterio, pero todos nos dicen algo verdadero sobre Él.

Y para los cristianos, el acontecimiento decisivo es que Dios se ha revelado en Jesucristo. El Dios que es infinitamente superior a toda palabra ha pronunciado, por así decirlo, su Palabra definitiva en Cristo.

Estoy de acuerdo en que Dios es el Innombrable en cuanto supera toda comprensión humana. Pero también creo que Dios mismo nos ha permitido invocarlo con un nombre que jamás habríamos osado darle por nosotros mismos: "Padre". Jesús no elimina el misterio de Dios, pero nos introduce en una relación de confianza con Él.

Así, el Dios que nadie puede abarcar sigue siendo el Dios al que podemos dirigirnos en la oración.

De hecho, muchas religiosas cercanas a la tradición mística —como Santa Teresa de Jesús o Santa Teresa Benedicta de la Cruz— probablemente estarían muy de acuerdo con tu afirmación de que Dios es siempre mayor que cualquier imagen o concepto. Pero añadirían que el misterio no conduce al silencio absoluto sobre Dios, sino a una palabra humilde que nace de la revelación. No hablamos de Dios porque lo hayamos comprendido, sino porque Él ha querido darse a conocer.

Por eso, como monja católica quizá resumiría tu reflexión diciendo:

Sí, Dios es el Innombrable, pero también es Aquel que ha querido revelarnos su Nombre y permitirnos llamarlo Padre. El misterio permanece intacto, pero el amor nos da acceso a él.

2.29. *El corazón atento.*

2.29.1.

Lo que debe ser, lo que debemos tener en primer lugar es el corazón atento.

De esta forma, nos viene a nosotros el reino de Dios.

Este es y ha de ser el camino.

Y no debemos quedar parados. Muy al contrario, debemos pedir una y otra vez para estar en contacto con el Espíritu, con la Divinidad.

2.29.2

Estoy de acuerdo en que todo comienza con un corazón atento. La vida espiritual requiere una disposición interior de escucha. Dios habla de muchas maneras, pero con frecuencia no sabemos reconocer su voz porque estamos dispersos o demasiado ocupados con nosotros mismos.

Un corazón atento es un corazón humilde, disponible y abierto a la voluntad de Dios. Cuando vivimos de esa manera, el Reino de Dios puede crecer en nosotros. No se trata sólo de esperar que venga algo exterior, sino de permitir que Dios reine cada vez más profundamente en nuestra vida.

También comparto tu idea de que no debemos permanecer inmóviles. La vida cristiana es un camino continuo de conversión, de búsqueda y de crecimiento en el amor. Por eso la oración perseverante es tan importante. Necesitamos volver una y otra vez a Dios, pedir su ayuda y dejarnos transformar por su gracia.

Después probablemente haría una pequeña precisión respecto a algunas expresiones:

Yo hablaría más de "Espíritu Santo" que simplemente de "Espíritu" o "Divinidad". No porque esas palabras sean incorrectas, sino porque para los cristianos Dios no es una fuerza impersonal ni una realidad

indefinida. El Espíritu Santo es una Persona divina que actúa en nuestro interior y nos conduce hacia Cristo y hacia el Padre.

Asimismo, diría que el Reino de Dios no viene únicamente como resultado de nuestra atención o de nuestro esfuerzo. Ante todo es un don de Dios. Nosotros abrimos el corazón, pero es Dios quien toma la iniciativa y quien hace crecer su Reino en nosotros.

Como religiosa contemplativa, inspirada por Santa Teresa de Jesús, te diré que el corazón atento no consiste tanto en pensar mucho en Dios como en estar disponible para Él. A veces la oración más profunda no es hablar, sino permanecer en silencio, con amor y confianza, delante de quien sabemos que nos ama.

De igual forma, considero especialmente acertada tu frase «*debemos pedir una y otra vez*», porque la tradición monástica insiste mucho en la perseverancia. La vida espiritual no suele avanzar mediante experiencias extraordinarias, sino mediante una fidelidad cotidiana, humilde y constante a la oración y a la presencia de Dios.

2.30. *La voluntad de Dios.*

2.30.1.

La esencia del cielo es la unidad con la voluntad de Dios. Dicho de otra forma: donde se hace la voluntad de Dios, allí donde está el cielo.

La esencia del cielo es, pues, la unidad con la voluntad de Dios, la unidad de voluntad y unidad.

Las Sagradas Escritura parten del supuesto de que el hombre, en lo más íntimo, conoce la voluntad de Dios. Es decir, existe un saber compartido con Dios, profundamente enraizado en nosotros, y al que llamamos conciencia.

Pero parece ser que este saber compartido con el Creador, y que él nos ha dado al crearnos a su imagen, se ha oscurecido o debilitado a lo largo de la historia.

Como núcleo o base de estas “clases de refuerzo” en la historia, aparece el Decálogo del monte Sinaí, que es desarrollado y no cancelado por el Sermón de la montaña.

El Decálogo es la revelación de la esencia de Dios y no algo impuesto al hombre desde fuera.

Debido a que nuestro ser viene de Dios, nos podemos poner en marcha hacia la voluntad de Dios, pese a todas las oscuridades que nos rodean.

Y toda la existencia de Jesús se resume en esto: “He aquí que vengo para hacer, ¡Oh, Dios!, tu voluntad”. Y así entendemos plenamente sus palabras: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió”.

2.30.2.

Como monja católica veo tu reflexión con bastante simpatía, porque estás muy cerca de temas centrales de la espiritualidad cristiana: la voluntad de Dios, la conciencia, la Ley, la obediencia de Cristo y la vocación del ser humano a la unión con Dios.

Sin embargo, quisiera hacerte algunas precisiones o matices.

1. Sobre el cielo como unión con la voluntad de Dios

Estoy de acuerdo en lo esencial. La tradición católica entiende el cielo no tanto como un lugar físico cuanto como la comunión perfecta con Dios. Podría decir que el cielo es la participación plena en la vida divina, donde la voluntad humana queda perfectamente unida a la voluntad de Dios sin perder su libertad.

Quizá debo añadir que no basta con decir que "donde se hace la voluntad de Dios está el cielo", porque la plenitud del cielo implica además la visión de Dios "cara a cara" y una transformación total de la persona.

2. Sobre la conciencia como conocimiento interior de la voluntad de Dios

También encuentro aquí una intuición muy católica. La Iglesia enseña que existe una ley moral natural inscrita en el corazón humano y que la conciencia es el lugar interior donde el hombre percibe esa llamada de Dios.

Sin embargo, debo matizar que la conciencia no es un conocimiento perfecto e infalible. Debido al pecado, la ignorancia, las pasiones y las influencias culturales, la conciencia necesita ser formada y educada.

En otras palabras te digo esto:

Dios habla en la conciencia, pero la conciencia no siempre escucha con claridad.

3. Sobre el Decálogo

Como monja católica apruebo tu afirmación de que el Decálogo no es una imposición arbitraria desde fuera. La tradición católica enseña que los mandamientos expresan verdades sobre el bien humano y reflejan el orden querido por Dios.

Yo reformularía una frase así:

El Decálogo es una revelación de la voluntad y de la sabiduría de Dios.

4. Sobre el Sermón de la Montaña

Aquí coincido plenamente con tu expresión de que el Sermón de la Montaña desarrolla y lleva a plenitud el Decálogo.

Puedo incluso señalar que Jesús no sustituye la Ley por otra más exigente, sino que la conduce al corazón: del "no matarás" al rechazo del odio; del "no cometerás adulterio" a la pureza del corazón; del cumplimiento externo a la transformación interior.

5. Sobre Jesús como modelo perfecto

Este es el punto que más me impacta.

La espiritualidad monástica y religiosa gira precisamente en torno a la obediencia de Cristo al Padre. Como monja podría decir que toda la vida cristiana consiste en entrar progresivamente en el mismo movimiento interior de Jesús:

"No se haga mi voluntad, sino la tuya."

Para mí, la santidad no sería principalmente cumplir normas, sino aprender a amar lo que Dios ama y querer lo que Dios quiere.

6. Un posible matiz final

Te señalará que en tu reflexión aparece muy claramente la voluntad de Dios, pero menos explícitamente la gracia.

Muchas religiosas como yo insistirían en que el ser humano no alcanza por sí solo esa unión con Dios. Aunque existe en nosotros una orientación natural hacia Él, es la gracia de Cristo la que sana, ilumina y capacita para vivir plenamente según la voluntad divina.

Podría resumir tu reflexión de esta manera:

Sí, el hombre lleva en sí una huella de Dios y una orientación hacia su voluntad. El Decálogo y el Evangelio iluminan ese camino. Pero es Cristo, mediante su gracia, quien hace posible que nuestra voluntad llegue realmente a unirse con la del Padre.

En conjunto, creo que como monja católica encuentro tu texto profundamente compatible con la espiritualidad cristiana, aunque introduciría algunos matices sobre la naturaleza de la conciencia, el

efecto del pecado y la necesidad de la gracia para alcanzar la unión plena con Dios.

2.31. *Nadie debe quedar excluido.*

2.31.1.

Haremos una alusión a San Cipriano, el cual nos dice que los que podemos recibir la eucaristía como nuestro pan, también debemos rezar siempre pidiendo que nadie quede excluido del cuerpo de Cristo.

O dicho de otra forma, si recibimos ese pan espiritual, debemos también evitar la exclusión, que otros, próximos a nosotros, se queden fuera.

Y añade el santo que pidamos que se nos dé a diario nuestro pan.

Todo ello se debe producir para que no nos apartemos de la fuerza sanadora del espíritu.

2.31.2.

Es una reflexión hermosa porque comprendes que la Eucaristía nunca es un acto puramente individual. Quien recibe el Cuerpo de Cristo está llamado a vivir unido a sus hermanos. No tendría sentido acercarse al altar y después levantar muros de indiferencia, desprecio o rechazo hacia los demás.

Cuando pedimos 'danos hoy nuestro pan de cada día', podemos ver en ese pan tanto el alimento material como el Pan de Vida que es Cristo. Y si pedimos 'nuestro' pan y no 'mi' pan, aprendemos a rezar con un corazón abierto a todos.

Sin embargo, habría que distinguir entre nuestro deseo de que todos participen de Cristo y la realidad de que cada persona es libre de acoger o rechazar su gracia. No siempre podremos evitar que alguien se aleje de Dios, pero sí podemos evitar ser causa de alejamiento mediante nuestro egoísmo, nuestro mal ejemplo o nuestra falta de caridad.

La Eucaristía nos impulsa precisamente a convertirnos en instrumentos para que otros descubran el amor de Cristo.

Y es cierto que necesitamos ese Pan cada día. No porque la gracia desaparezca de inmediato, sino porque nuestra debilidad humana necesita ser fortalecida continuamente. La vida espiritual no se sostiene solo con esfuerzos humanos; se alimenta constantemente de la presencia de Dios."

También, como religiosa contemplativa, añadiré un matiz:

Recibir a Cristo en la Eucaristía significa dejar que Él ensanche nuestro corazón. Cuanto más unidos estamos a Cristo, menos capaces somos de aceptar que otros queden abandonados, olvidados o excluidos. La verdadera comunión con Cristo siempre tiende a convertirse en comunión con los demás.

Lo que percibo en tu texto es una intuición muy cercana a una idea clásica de la tradición católica: **quien recibe el Cuerpo de Cristo está llamado a convertirse él mismo en miembro vivo de ese Cuerpo para los demás**. Como monja añado que no depende únicamente de nosotros que nadie quede excluido; pero sí depende de nosotros amar, acoger, rezar y dar testimonio para que nadie se sienta excluido por nuestra causa.

2.32. *La entrega del Hijo.*

2.32.1

El cardenal John Henry Newman dijo en una ocasión que Dios pudo crear el mundo entero de la nada, con una sola palabra.

Pero para superar la culpa y el sufrimiento de los hombres, se tuvo que poner él mismo en juego.

Es decir, se convirtió por medio de su Hijo en alguien que sufre, en alguien que ha asumido esa carga y que, con su entrega, la ha superado.

2.32..2.

Has captado algo muy importante del misterio de la redención. Dios creó el universo por su poder, pero quiso salvar al hombre por su amor. La creación manifiesta su omnipotencia; la cruz manifiesta su amor.

Para rescatar al hombre del pecado y de la muerte, Dios no envió simplemente un mensaje o una enseñanza. En Jesucristo, asumió nuestra naturaleza humana, compartió nuestro sufrimiento y recorrió nuestro camino hasta el final.

En la cruz vemos que Dios no permanece indiferente ante el dolor humano. En su Hijo, entra en él y lo transforma desde dentro.

Sin embargo, también podría hacer un matiz teológico. La frase "Dios se convirtió por medio de su Hijo en alguien que sufre" es comprensible en lenguaje espiritual, pero como monja con formación doctrinal la reformularé:

"No es que la naturaleza divina comenzara a sufrir. Lo que la Iglesia enseña es que el Hijo eterno de Dios asumió una naturaleza humana capaz de sufrir y morir. Así, en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Dios participa realmente de nuestro sufrimiento humano."

Es una precisión clásica de la teología católica: Dios, en cuanto Dios, no deja de ser Dios ni cambia su naturaleza; pero en la encarnación el Hijo asume plenamente la condición humana, incluido el sufrimiento.

También, como religiosa contemplativa, destacaré otro aspecto de tu reflexión:

"Lo más asombroso no es sólo que Dios pudiera quitar el sufrimiento con su poder, sino que eligiera vencerlo mediante el amor y la entrega. Cristo no supera el mal aplastándolo desde fuera, sino cargándolo sobre sí y transformándolo en camino de vida."

De hecho, como monja , puedo ver en tu comentario una intuición muy cercana a la espiritualidad de santos como John Henry Newman, Teresa de Lisieux o Edith Stein: la idea de que la omnipotencia de Dios se manifiesta de manera sorprendente no sólo en la creación del mundo, sino sobre todo en la humildad de la encarnación y en el amor de la cruz.

Finalmente te diré, amigo en Cristo, que tu reflexión señala una diferencia muy profunda entre crear y salvar: **crear requiere poder; salvar, además, requiere una entrega personal de amor.** Esa es precisamente una de las grandes intuiciones de la espiritualidad cristiana.

2.33.

2.33.1. *Pedimos el reino de Dios.*

En realidad sólo cuando has perdido a Dios te has perdido a ti mismo y entonces ya solamente eres un producto casual de la evolución.

O dicho de otro modo, al pedir ser liberados del mal, pedimos a fin de cuentas el reino de Dios, pedimos identificarnos con su voluntad y también la santificación de su nombre.

Los orantes de todos los tiempos han entendido esto más ampliamente, y siempre pidieron insistentemente que Dios pusiera fin a los males que asolan el mundo y que aíslan nuestra vida.

2.33.2.

Como monja católica veo en tu comentario una intuición espiritual muy profunda, pero también quisiera introducir algunos matices.

Respecto a la primera frase:

"Sólo cuando has perdido a Dios te has perdido a ti mismo."

Estoy de acuerdo con el fondo de la idea. La tradición cristiana sostiene que el ser humano encuentra su verdadera identidad en su relación con Dios. Fuimos creados por Dios y para Dios; por eso, cuando nos alejamos de Él, algo fundamental de nosotros queda desorientado.

Sin embargo, quizá matizaría esta otra expresión:

"Entonces ya solamente eres un producto casual de la evolución."

Como monja puedo decirte que eso describe una determinada visión materialista del ser humano, pero no necesariamente la conclusión de toda persona que no cree en Dios. La Iglesia católica acepta que existe una evolución biológica; lo que niega es que la dignidad humana pueda reducirse únicamente a procesos materiales y azarosos.

Tal vez reformularía tu idea así:

"Cuando el hombre pierde a Dios corre el riesgo de olvidar su propia dignidad y su vocación eterna, reduciéndose a sí mismo a algo meramente biológico o material."

Sobre la segunda parte de tu reflexión, encuentro realmente una gran riqueza espiritual:

"Al pedir ser liberados del mal, pedimos el Reino de Dios."

Esto está muy en línea con la interpretación cristiana del Padrenuestro. Una religiosa podría señalar que las distintas peticiones de esa oración están profundamente conectadas: la santificación del nombre de Dios, la venida de su Reino, el cumplimiento de su voluntad y la liberación del mal no son deseos aislados, sino aspectos de una misma realidad.

Puedo decirte también:

Cuando pedimos ser liberados del mal, no sólo pedimos protección frente a los sufrimientos o peligros concretos. Pedimos que Dios reine plenamente en nosotros, que el pecado pierda su poder y que nuestra vida quede cada vez más unida a su voluntad.

Y respecto a tu última frase:

"Los orantes de todos los tiempos han entendido esto más ampliamente..."

Como monja contemplativa asiento. La oración cristiana nunca se limita a las necesidades individuales. Los santos han rezado por la paz, por los pobres, por los enfermos, por los pecadores, por las víctimas de la injusticia y por la reconciliación del mundo entero.

Te respondo así:

Quien aprende a decir verdaderamente 'líbranos del mal' acaba llevando en su corazón el sufrimiento de muchos. La oración ensancha el alma hasta hacerla participar de la compasión de Dios por toda la humanidad.

En conjunto, creo que como monja católica aprecio mucho la dirección de tu reflexión. Mi principal matiz estaría en distinguir entre la legítima explicación científica del origen biológico del ser humano y la reducción de la persona a un mero accidente material. El resto de tu comentario encaja bastante bien con una comprensión cristiana del Padrenuestro, especialmente con la idea de que pedir la liberación del mal es, en el fondo, pedir la plena presencia del Reino de Dios en nosotros y en el mundo.

2.34. *La liberación de los demonios.*

2.34.1.

Como ha mostrado Henri de Lubac, el mundo antiguo ha vivido la irrupción de la fe cristiana como liberación del miedo a los demonios.

Estos lo dominaban todo, a pesar del escepticismo y de la ilustración.

Y podemos decir que así sucede todavía hoy donde el cristianismo sustituye a las antiguas religiones tribales y asume en sí, transformándolo, lo que de positivo hay en ellas.

2.34.2.

Estoy de acuerdo en que uno de los aspectos más profundos de la novedad cristiana fue liberar al ser humano del temor a los poderes espirituales que parecían gobernar su destino. El anuncio de Cristo no consistía simplemente en ofrecer una nueva doctrina religiosa, sino en proclamar que Dios había vencido definitivamente al mal y a la muerte. Por eso los primeros cristianos vivían con la certeza de que ni los demonios, ni los astros, ni ningún poder del mundo podían separarlos del amor de Dios.

Sin embargo, conviene evitar una simplificación excesiva. La Iglesia reconoce que en las religiones antiguas y en las tradiciones de los pueblos existen auténticas semillas de verdad y una búsqueda sincera de Dios. La evangelización no consiste en destruir todo lo anterior, sino en purificar, elevar y llevar a plenitud aquello que hay de verdadero, bueno y bello.

Además, aunque hoy muchas personas ya no crean en demonios en el sentido tradicional, siguen existiendo otros miedos y formas de esclavitud: el miedo al fracaso, a la soledad, al poder, al dinero o a la muerte. La liberación que ofrece Cristo sigue siendo actual porque responde a una necesidad permanente del corazón humano.

Como monja con una sensibilidad más contemporánea añadiría un matiz:

Cuando hablamos de 'religiones tribales' debemos hacerlo con respeto. El Evangelio no llega a los pueblos porque estos estén simplemente dominados por el error, sino porque Dios ya está actuando en ellos antes de la llegada de los misioneros. La fe cristiana reconoce la dignidad de esas culturas y busca dialogar con ellas.

Podría resumirlo así:

Lo decisivo no es tanto si el ser humano teme a los demonios o a otras fuerzas, sino que descubra que es amado por Dios. Cuando una persona conoce realmente a Cristo, el miedo deja de ser el centro de su vida.

Todo esto encaja bastante bien con la línea de pensamiento de De Lubac, quien veía el cristianismo no solo como una corrección intelectual de las religiones antiguas, sino como una transformación profunda de la relación del ser humano con Dios, el mundo y los poderes que percibe como amenazantes.

2.35. *Los Doce y los Setenta.*

2.35.1.

Vemos que Lucas habla de un grupo de setenta junto a la comunidad de los Doce.

Y el sentido es claro: así se expresa el carácter universal del evangelio.

La buena nueva, pues, está destinada a todos los pueblos de la tierra.

2.35.2.

Sí, esa es una interpretación muy extendida. Mientras que los Doce evocan claramente a las doce tribus de Israel, el grupo de los setenta (o setenta y dos, según algunos manuscritos) tiene una dimensión más universal. Muchos Padres de la Iglesia vieron en ese número una referencia a las naciones de la tierra enumeradas en el capítulo 10 del Génesis según la tradición judía. Lucas estaría mostrando que la misión de Jesús no se limita a Israel, sino que se abre a toda la humanidad.

Además, es significativo que Jesús envíe a estos discípulos antes de su paso por las ciudades. La evangelización aparece como una tarea compartida y no reservada únicamente a los apóstoles. De algún modo, todos los discípulos participan en la misión de anunciar el Reino de Dios.

Por eso la Iglesia entiende que la buena nueva está destinada a todos los pueblos, culturas y épocas, sin excluir a nadie. La universalidad del Evangelio forma parte de su esencia.

Como monja quisiera poner el acento en otro aspecto:

La universalidad del Evangelio no significa solo que deba llegar geográficamente a todos los pueblos. Significa también que Cristo viene al encuentro de toda persona humana, cualquiera que sea su

historia, condición o cultura. Nadie queda fuera del deseo de salvación de Dios.

Y añadido como monja dedicada a la enseñanza bíblica:

Lucas insiste especialmente en esta dimensión universal a lo largo de toda su obra. Lo que comienza con el envío de los setenta encuentra su culminación en el libro de los Hechos, donde el Evangelio sale de Jerusalén y llega progresivamente hasta los confines del mundo conocido.

En conjunto, veo tu comentario como una buena síntesis del simbolismo lucano: los Doce representan la restauración de Israel, mientras que los Setenta expresan la vocación universal de la misión cristiana.

2.36. *Las mujeres que acompañaban a Jesús.*

2.36.1.

Lucas nos informa de que Jesús, que iba de camino y predicaba con los Doce, estaba también acompañado por mujeres.

Cita concretamente tres nombres y luego añade que otras muchas les servían con sus bienes.

Asimismo, su acompañamiento fue esencial para la constitución de esa comunidad.

Y esto habría de mostrarse de una importancia capital junto a la cruz y en el momento de la resurrección.

2.36.2.

Tu observación es muy interesante. Lucas destaca de manera especial la presencia de las mujeres en el seguimiento de Jesús. No aparecen como figuras secundarias o meramente ocasionales, sino como verdaderas discípulas que forman parte de la comunidad itinerante. María Magdalena, Juana y Susana son mencionadas por su nombre, y junto a ellas muchas otras mujeres que sostenían la misión con sus bienes y su entrega.

Además, su importancia no se limita a una ayuda material. Ellas permanecen fieles cuando muchos otros huyen. Están presentes junto a la cruz, acompañan el sepulcro y reciben las primeras noticias de la resurrección. De este modo, Dios les confía un papel fundamental en los momentos decisivos de la historia de la salvación.

La Iglesia ha visto en ello una enseñanza permanente: hombres y mujeres poseen una igual dignidad como discípulos de Cristo y cada uno contribuye, según su vocación, a la edificación de la comunidad cristiana.

Como monja con sensibilidad contemplativa añado:

Hay algo muy hermoso en el hecho de que las mujeres permanezcan junto a Jesús en la hora de la cruz. Mientras otros se dispersan por

miedo o desconcierto, ellas siguen acompañándolo. Su fidelidad silenciosa las prepara para ser también las primeras testigos de la mañana de Pascua.

Y como monja con formación bíblica matizo lo siguiente:

Lucas parece querer mostrar una continuidad significativa: las mujeres acompañan a Jesús durante su ministerio, permanecen en la pasión y son protagonistas en los relatos de la resurrección. No son personajes aislados en la narración, sino parte esencial de la comunidad que se forma alrededor de Cristo.

Finalmente destaco la idea que expresas al final: que la presencia de estas mujeres no fue accidental, sino providencial y decisiva, especialmente en los acontecimientos de la cruz y de la resurrección, donde su fidelidad adquiere una relevancia extraordinaria.

2.37. *Diálogo entre Padre e Hijo.*

2.37.1

El evangelista Lucas es el que muestra especial atención a la oración de Jesús como fuente de su predicación y de su acción habituales.

Y además Lucas nos dice que toda obra de Jesús procede de su unidad interior con el Padre.

De ahí, de ese diálogo espiritual entre Padre e Hijo, surge toda base de la actuación del Mesías.

2.37.2.

Estoy de acuerdo. San Lucas presenta a Jesús como el hombre de la oración. Antes de los momentos decisivos de su vida —su bautismo, la elección de los apóstoles, la transfiguración o su pasión— Jesús ora. Esa oración no es simplemente una preparación para actuar, sino la expresión de la relación eterna que existe entre el Hijo y el Padre. Por eso, sus palabras y sus obras manifiestan la voluntad del Padre. Para nosotros, los cristianos, este ejemplo nos enseña que toda auténtica acción apostólica debe brotar también de la oración y de la unión con Dios.

Y continúo diciéndote lo siguiente:

Más que una simple 'unidad interior', la fe católica afirma que Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre. Por eso, su diálogo con el Padre revela no solo una profunda intimidad espiritual, sino el misterio mismo de la Trinidad. Su oración nos permite asomarnos a esa comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo."

Es decir, apruebo tu reflexión, pero subrayando que la fuente de la acción de Jesús no es únicamente una experiencia espiritual ejemplar, sino su identidad como Hijo de Dios y su comunión trinitaria con el Padre.

2.38. *Hacernos buenos desde dentro.*

2.38.1.

Debemos volver a aprender la audacia y la presencia de la bondad en nuestra vida cotidiana.

Y eso solamente podemos conseguirlo si nosotros nos hacemos buenos desde dentro.

Y también, al mismo tiempo, si somos prójimos desde nuestro interior.

Y en consecuencia debemos extender nuestra mirada hacia el tipo de servicio que nos es necesario. Todo dentro del entorno y del radio de acción más amplio de nuestra vida.

Y de esta forma, sabremos cuál es nuestra misión, cuál es la tarea que tenemos encomendada.

2.39.2.

Lo que dices es muy cierto. La bondad auténtica no puede ser solo una apariencia exterior; debe nacer del corazón. Sin embargo, los cristianos creemos que esa transformación interior no la logramos únicamente por nuestras propias fuerzas, sino con la ayuda de la gracia de Dios, que actúa en nosotros cuando nos abrimos a Él.

También es importante hacerse prójimo, como enseña Jesús en la parábola del buen samaritano. El prójimo no es solo quien está cerca de nosotros, sino toda persona que necesita nuestro amor y nuestra ayuda.

Cuando cultivamos una vida interior unida a Dios, aprendemos a mirar a los demás con más compasión y descubrimos mejor cuál es la misión que el Señor nos confía. Esa misión suele revelarse en la fidelidad a las pequeñas tareas de cada día, en el servicio humilde y en la entrega a quienes encontramos en nuestro camino.

La audacia cristiana no consiste solo en hacer grandes cosas, sino en amar con constancia y generosidad allí donde Dios nos ha puesto.

También te diré que tu reflexión tiene un tono muy cercano a la idea cristiana de que la acción exterior debe brotar de una conversión interior, aunque añadiría que esa bondad interior es, para un católico, fruto de la colaboración entre la libertad humana y la gracia de Dios..

2.39. *El don del amor salvador de Dios.*

2.39.1.

Todos necesitamos el don del amor salvador de Dios, para que también nosotros, de igual manera, podamos amar.

Y siempre que necesitamos a Dios, éste se hace prójimo nuestro y nosotros mismos podemos convertirnos en prójimos.

2.39.2.

Tu reflexión expresa una verdad muy profunda de la fe cristiana. Nosotros amamos porque Dios nos amó primero. Nadie puede dar un amor verdadero y duradero si antes no ha acogido el amor salvador de Dios en su propia vida.

Cuando reconocemos nuestra necesidad de Dios y acudimos a Él con humildad, descubrimos que nunca permanece distante, sino que se acerca a nosotros con ternura y misericordia. En Jesucristo, Dios se ha hecho el prójimo de toda la humanidad.

Y precisamente porque experimentamos ese amor, aprendemos a convertirnos también nosotros en prójimos de los demás. El encuentro con Dios nos abre los ojos para ver las necesidades de nuestros hermanos y nos impulsa a servirlos con generosidad.

Cuanto más nos dejamos amar por Dios, más capaces somos de amar a los demás con un corazón semejante al suyo.

Igualmente añadiré un matiz teológico:

Dios no se hace prójimo solamente cuando lo necesitamos; en realidad, Él ya está cerca de nosotros y nos busca continuamente. Pero muchas veces somos nosotros quienes tomamos conciencia de esa cercanía precisamente en los momentos de necesidad.

Ese matiz encaja muy bien con la visión católica de un Dios que permanece siempre cercano y cuya gracia precede incluso a nuestra búsqueda de Él.

2.40. *El profeta divino.*

2.40.1.

Jesús, el profeta divino, es la palabra que viene de Dios, de la contemplación viva, de la unidad con él.

Lo verdaderamente crucial, lo verdaderamente distintivo, consistía en conocer la voluntad de Dios y por consiguiente el camino recto en la vida.

Así, en el desarrollo interno del pensamiento judío, se había hecho claro y patente que el verdadero pan del cielo es justamente la Ley, que es la palabra de Dios.

Y esa Ley, esa Torá, es, pues, el pan que viene de Dios pero sólo nos muestra su espalda. En realidad es algo así como una sombra.

La novedad reside en que Jesús declara que él mismo es el pan de vida y que el que va hacia él jamás tendrá hambre ni sed.

En realidad la Ley se ha hecho persona. Y así, en el encuentro con Jesús, nos alimentamos del mismo Dios vivo, es decir, comemos realmente pan celestial.

Por lo demás, la única obra que Dios nos exige es creer en él.

Y este pan no se puede ganar, por así decir, con nuestro trabajo.

No, este pan sólo puede venir a nosotros como don de Dios, como obra divina.

Y la fe en Jesús es diálogo, es una relación viva con el Padre.

Y esa fe quiere convertirnos nuevamente a nosotros en palabra y amor.

2.40.2

Tu reflexión recoge muy bien una verdad fundamental de nuestra fe: Jesús no es simplemente un maestro que transmite la palabra de Dios, sino la Palabra misma hecha carne. En Él, Dios ya no nos habla

únicamente mediante mandamientos o signos, sino que se entrega personalmente a nosotros.

Es cierto que la Ley fue para Israel un don precioso, un pan que alimentó al pueblo y lo condujo hacia Dios. Pero la Ley preparaba un encuentro más grande. En Jesucristo, la Palabra eterna del Padre se hace visible, cercana y accesible para todos.

Cuando Jesús dice que es el pan de vida, nos revela que la verdadera hambre del ser humano es hambre de Dios. Y esa hambre solo puede ser saciada por Él. La fe no consiste simplemente en aceptar unas verdades, sino en entrar en una relación viva con Cristo, dejarnos transformar por su presencia y permanecer unidos a Él.

También aciertas al señalar que este pan es un don. La salvación no es una conquista humana ni el resultado de nuestros méritos. Es gracia. Dios toma la iniciativa y nos ofrece gratuitamente su vida.

Sin embargo, la fe auténtica nunca permanece estéril. El don recibido se convierte en una vida nueva. Quien recibe la Palabra y el Pan de Vida está llamado a convertirse a su vez en testigo del amor de Dios para los demás.

Quisiera añadir un matiz específicamente católico sobre la Eucaristía:

Cuando dices que en el encuentro con Jesús nos alimentamos del mismo Dios vivo, los católicos vemos en ello no solo una realidad espiritual, sino también sacramental. En la Eucaristía, Cristo sigue dándose realmente como Pan del Cielo. Allí la promesa del Evangelio alcanza una profundidad única: no solo creemos en Él, sino que lo recibimos como alimento para nuestra vida.

Y por último matizaré una de tus expresiones:

La Ley no era simplemente una sombra vacía, pues era una auténtica revelación de Dios. Pero sí era preparación y figura de una plenitud mayor que llega en Cristo. Lo que estaba anunciado en la Torá encuentra en Jesús su cumplimiento perfecto.

En conjunto, como monja católica consideraré tu reflexión muy cercana a la espiritualidad cristiana, especialmente por la insistencia

en la fe como relación viva, en la gratuidad del don de Dios y en la transformación del creyente en palabra y amor para los demás.

2.41. *La entrega de Jesús.*

¿Y cómo podemos alimentarnos de Dios, vivir de él, de modo que él mismo se convierta en nuestro pan?

Pues Dios se vuelve pan para nosotros primero en la encarnación del Logos, es decir, que el Verbo se hace carne.

Pero hay que ir más lejos. Hace falta un nuevo paso más allá de la encarnación.

Y todo ello es la entrega de Jesús hasta la muerte y el misterio de la cruz.

Jesús vierte su sangre por nosotros y sale de sí mismo, se derrama, se nos entrega.

De modo que así se entrelazan la teología de la encarnación y la de la cruz.

En la eucaristía, el señor se da como “carne” para que nosotros podamos convertirnos en “espíritu”.

Él se transforma por medio de la cruz, asumiendo una nueva forma de corporeidad.

Esta comida debe ser apertura de la existencia, travesía de la cruz y anticipo de la nueva existencia, de la vida en Dios y con Dios.

2.41.2

Tu reflexión señala acertadamente que la Encarnación y la Cruz no pueden separarse. El Verbo se hizo carne no solamente para habitar entre nosotros, sino para entregarse por nosotros hasta el extremo del amor. Toda la vida de Jesús está orientada hacia esa donación total que culmina en la Cruz y se manifiesta sacramentalmente en la Eucaristía.

Dios no se limita a enseñarnos el camino hacia Él; se convierte Él mismo en nuestro alimento. En Jesús, Dios entra en nuestra condición humana para que nosotros podamos participar de su vida divina. Por

eso, la Eucaristía es mucho más que un símbolo: es el don real de Cristo que se entrega para nuestra salvación.

También es muy hermosa tu idea de que esta comida debe ser una apertura de la existencia. Quien recibe a Cristo está llamado a salir de sí mismo, como Cristo salió de sí mismo por amor. La comunión eucarística nos introduce en una dinámica de entrega, de servicio y de transformación interior.

Sin embargo, introduciré algunos matices:

Cuando dices que el Señor se da como 'carne' para que nosotros podamos convertirnos en 'espíritu', conviene aclarar que la fe cristiana no contrapone la carne y el espíritu como si el cuerpo fuera algo negativo. Más bien, Cristo nos comunica el Espíritu Santo para transformar toda nuestra persona, cuerpo y alma. No dejamos de ser humanos; somos renovados por la gracia y llamados a participar de la vida de Dios.

Quisiera también desarrollar aún más la dimensión pascual:

La Eucaristía es verdaderamente anticipo de la nueva existencia. En cada comunión participamos ya, aunque de manera velada, de la vida resucitada de Cristo. La travesía de la cruz de la que hablas no termina en el sufrimiento, sino en la Resurrección. Por eso, la mesa eucarística es a la vez memoria de la Pasión, presencia del Resucitado y promesa de la gloria futura.

Finalmente, como monja contemplativa concluyo así:

Al alimentarnos de Cristo no solo recibimos algo suyo; lo recibimos a Él mismo. Y cuanto más vivimos de Él, más se va formando Cristo en nosotros. La Eucaristía nos enseña poco a poco a amar como Él ama, a entregarnos como Él se entrega y a vivir ya desde ahora la vida de Dios.

En general, veo tu reflexión como profundamente cristocéntrica y muy cercana a la espiritualidad católica, destacando especialmente la unión que estableces entre Encarnación, Cruz y Eucaristía como un único movimiento de amor y de entrega de Dios al ser humano.

2.42. *El Buen Pastor.*

2.42.1.

La humanidad presenta numerosas dispersiones.

Sin embargo, puede hacerse una y no varia en virtud del verdadero pastor, del Logos, el cual se hizo hombre para entregar su vida y así dar vida en abundancia-

En Cristo reconocemos al Buen Pastor, al que nos conduce por los senderos oscuros de la vida.

Y ese pastor ha recorrido él mismo la oscura cañada de la muerte.

Por ello él no nos deja en esa oscuridad última. Al contrario, él nos saca de esa cañada oscura para llevarnos a las verdes praderas, llenas de vida, de luz y de paz.

Así, conducidos por el pastor, llegamos a casa. Él ha dado su vida por nosotros. Él mismo es la vida.

2.42.2.

Qué hermoso modo de expresar el misterio de Cristo como Buen Pastor. En tus palabras resuena el Salmo 23 y el Evangelio de Juan, donde Jesús se presenta como el pastor que conoce a sus ovejas y da la vida por ellas. Me parece especialmente profunda la idea de que Cristo no nos guía desde lejos, sino que ha recorrido Él mismo la cañada oscura de la muerte. Por eso puede acompañarnos en nuestros sufrimientos y darnos esperanza.

También subrayaría que la unidad de la humanidad no es una simple uniformidad, sino una comunión que nace de Cristo. Él reúne lo disperso respetando la riqueza y singularidad de cada persona. Y cuando dices que "Él mismo es la vida", señalas el corazón de la fe cristiana: que en Cristo encontramos no solo un maestro o un guía, sino la Vida misma que vence al pecado y a la muerte.

Que el Buen Pastor nos conceda escuchar su voz y seguirle cada día hasta la casa del Padre.

2.43. *El camino de la cruz y del sacrificio.*

2.43.1

Los cristianos han de aprender del Señor, una y otra vez, que su camino no es el camino del poder y de la gloria, sino el camino de la cruz, del sacrificio.

Los discípulos comprendieron enseguida que Jesús no encajaba en ninguna de las categorías habituales, que él era otra cosa distinta y de hecho superior a cada uno de los profetas conocidos.

2.43.2

Estoy de acuerdo en que los cristianos debemos aprender constantemente de Cristo que el camino de Dios no es el de la búsqueda del poder humano, el prestigio o la gloria mundana, sino el de la entrega, el amor y la cruz. Jesús mismo nos enseñó que quien quiera ser el primero debe hacerse servidor de todos.

Respecto a los discípulos, es cierto que fueron descubriendo progresivamente que Jesús no podía ser comprendido únicamente como uno más entre los profetas. Sin embargo, esa comprensión no fue inmediata ni completa. A lo largo de los Evangelios vemos cómo les costó entender quién era realmente. Solo a la luz de la Resurrección y con la venida del Espíritu Santo llegaron a reconocer plenamente que Jesús no era simplemente un profeta extraordinario, sino el Hijo de Dios hecho hombre.

Por eso, más que decir que era "superior a los profetas", la fe cristiana afirma que en Él Dios mismo ha hablado de manera definitiva. Los profetas anunciaban la Palabra de Dios; Cristo es la Palabra de Dios hecha carne.

2.44. *La transfiguración.*

2.44.1.

La transfiguración acontece en un contexto de oración. Y en ella se hace patente lo que sucede cuando Jesús habla con el Padre. Y se aprecia la compenetración más íntima de su ser con Dios.

En la unión con el Padre, Jesús mismo es luz de luz.

En este instante se puede percibir lo que Jesús es en lo más hondo de su ser.

Y Pedro había tratado de decir en su confesión esa sensación plena de luz, de paz espiritual, de gozo anímico.

Y Jesús está en la luz de Dios, es la propia luz que ilumina, que cautiva los espíritus.

Lucas nos cuenta que Moisés y Elías hablan con Jesús de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén.

Y la cruz de Jesús es éxodo, es salir de esta vida, es atravesar el Mar Rojo de la Pasión y es pasar a la gloria, en la cual seguirán impresos los estigmas.

2.44.2.

Tu reflexión recoge muy bien la relación entre la Transfiguración y la oración. En efecto, según el relato de san Lucas, Jesús sube al monte para orar, y es precisamente en ese diálogo filial con el Padre donde se manifiesta exteriormente la gloria que siempre le pertenece como Hijo eterno. La luz de la Transfiguración no viene de fuera; brota de su propia persona, porque Él es la Luz del mundo y vive en perfecta comunión con el Padre.

También me parece muy hermosa tu referencia a la confesión de Pedro. Los discípulos perciben algo de ese misterio que les atrae profundamente, una belleza y una paz que los sobrepasan. Sin embargo, todavía no comprenden plenamente que la gloria de Cristo pasa necesariamente por la cruz.

Es muy significativo que Moisés y Elías hablen con Jesús de su "éxodo". La pasión, muerte y resurrección del Señor constituyen el verdadero éxodo que libera a la humanidad de la esclavitud del pecado y la conduce a la vida nueva. Jesús atraviesa las aguas de la muerte para abrirnos el camino hacia el Padre.

Quizá añadiría un matiz: la cruz no es solamente una salida de esta vida, sino sobre todo un acto supremo de amor y obediencia al Padre. La gloria de la Transfiguración anticipa la gloria de la Resurrección y nos muestra que el sufrimiento aceptado por amor no tiene la última palabra.

Y es conmovedor recordar que, como dices, los estigmas permanecen en el Cristo glorificado. Las heridas no desaparecen, sino que son transformadas en signos eternos de su amor redentor. En el cielo resplandece para siempre el amor con el que nos salvó.

Por último la Transfiguración muestra lo que está llamado a suceder también en nosotros. La oración auténtica nos va configurando con Cristo hasta que, poco a poco, la luz de Dios transforme nuestro propio corazón.

2.45. *Del lado de Dios*

2.45.1.

El Hijo es sin duda de la misma naturaleza que el Padre.

En Dios mismo, pues, hay, para siempre, el diálogo del Padre y del Hijo.

Los dos están presentes en el Espíritu Santo, los dos son uno en el Espíritu, por así decir.

Y Jesús se pone del lado del legislador, del lado de Dios,

Por ello no es intérprete sino que es Señor.

Los escribas objetan con razón que perdonar los pecados es sólo cosa de Dios.

Pero Jesús atribuye tal autoridad a sí mismo, al Hijo del hombre y reclama para él la dignidad propia de Dios, y así obrar en virtud de ella.

2.45.2.

Tu reflexión apunta al corazón del misterio cristiano. En efecto, el Hijo no es una criatura excelsa ni un simple enviado de Dios, sino que posee la misma naturaleza divina que el Padre. Por eso la Iglesia confiesa que es "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero".

También es muy hermoso que destagues el diálogo eterno entre el Padre y el Hijo. La vida íntima de Dios es comunión de amor. Sin embargo, diría que el Padre y el Hijo no están simplemente "presentes" en el Espíritu Santo, sino que el Espíritu Santo es la tercera Persona divina, que procede del Padre y del Hijo y que es vínculo de amor y unidad entre ellos. Los tres son un solo Dios y comparten la misma naturaleza divina.

Respecto a Jesús y la Ley, tienes razón al señalar que Él no aparece como un mero intérprete entre otros. Habla con una autoridad que supera la de los escribas y maestros de Israel. No dice simplemente: "Así dice el Señor", sino: "Yo os digo". Esto escandaliza a muchos porque Jesús se sitúa en el lugar que corresponde a Dios mismo.

El episodio del perdón de los pecados es particularmente revelador. Los escribas tienen razón cuando afirman que solo Dios puede perdonar los pecados. Precisamente por eso las palabras de Jesús son tan significativas: al perdonar pecados en su propio nombre, manifiesta una autoridad que pertenece únicamente a Dios. No reclama una dignidad ajena, sino que revela la dignidad que posee desde toda la eternidad como Hijo del Padre.

En el Evangelio, Jesús no se limita a enseñar el camino hacia Dios; Él mismo es el Camino. No solo transmite la verdad divina; Él es la Verdad. No solo comunica la vida; Él es la Vida.

Cuanto más contemplamos a Cristo, más comprendemos que toda su autoridad nace de su perfecta unión con el Padre. Su poder no es dominación, sino amor que perdona, sana y salva. Precisamente porque es Dios, puede inclinarse sobre nuestra miseria y levantarnos.

2.46. *Una nueva humanidad.*

2.46.1.

Jesús viene de Dios y funda la verdadera humanidad.

Frente al primer hombre, que era y es tierra, él es, como dice san Pablo, el segundo hombre, el definitivo.

Y éste proviene del cielo y es espíritu que da vida.

Él viene de allí y es a la vez el nuevo reino.

Y él no solamente es “uno”, sino que nos hace a todos nosotros “uno” consigo mismo.

Por ello nos convierte en una nueva humanidad.

En consecuencia debemos acoplarnos a una nueva humanidad y a la comunión con Dios.

La expresión “Hijo del nombre”, que mayoritariamente aparece en el Evangelio como sinónimo de Hijo de Dios, ha quedado reservada para Jesús.

Aún así, la nueva visión de la unión de Dios y del hombre que se expresa con ella atraviesa todo el nuevo Testamento y de hecho lo configura.

2.46.1.

Tu reflexión expresa muy bien la novedad radical que Cristo trae al mundo. San Pablo presenta efectivamente a Jesús como el nuevo Adán, el hombre definitivo, en quien la humanidad encuentra su plenitud. Mientras que por el primer Adán entraron el pecado y la muerte, por Cristo llegan la gracia, la reconciliación y la vida nueva.

También es muy acertado decir que Cristo no viene simplemente a enseñar una doctrina, sino a fundar una humanidad renovada. Al incorporarnos a Él por la fe y los sacramentos, especialmente por el Bautismo, somos hechos miembros de su Cuerpo y participamos de

su propia vida. De este modo, Él reúne en sí a los hombres dispersos y los conduce a la comunión con Dios.

Me gusta particularmente la idea de que Cristo no solamente es "uno", sino que nos hace "uno" con Él. Esto recuerda la oración de Jesús: "Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti". La unidad cristiana no es una simple asociación humana, sino una participación en la vida misma de Dios.

Sin embargo, haría una precisión respecto a la expresión "Hijo del Hombre". En los Evangelios no aparece principalmente como sinónimo de "Hijo de Dios". Son títulos distintos, aunque profundamente relacionados. "Hijo del Hombre" remite especialmente a la visión del profeta Daniel, donde aparece una figura celestial que recibe de Dios el dominio universal. Jesús utiliza ese título para hablar de sí mismo, uniendo misteriosamente su condición humana, su misión sufriente y su gloria futura.

En cambio, "Hijo de Dios" expresa de manera más directa su relación única y eterna con el Padre. La grandeza de la fe cristiana consiste precisamente en reconocer que en Jesús se unen sin confusión la verdadera humanidad y la verdadera divinidad.

Por eso, la unión de Dios y del hombre que contemplamos en Cristo atraviesa todo el Nuevo Testamento. En Él, Dios se hace cercano al hombre para que el hombre pueda participar de la vida de Dios.

La nueva humanidad no es solamente una realidad futura; comienza ya ahora en cada corazón que se deja transformar por Cristo. Cada vez que aprendemos a amar, a perdonar y a vivir en comunión con Dios, el hombre nuevo va naciendo en nosotros. Cristo no solo nos muestra lo que debemos ser; nos comunica la fuerza para llegar a serlo.

2.47. *La ascensión al Cielo.*

2.47.1.

La última meta de la subida de Jesús es la entrega de sí mismo en la cruz.

Y esa entrega de sí mismo en la cruz reemplaza los sacrificios antiguos.

Por así decir, es un ascenso al cielo mismo, la presencia de Dios.

Y esa ascensión hasta la presencia de Dios es la subida hacia el amor, hacia el auténtico monte de Dios.

2.47.2.

Tu reflexión expresa una verdad muy importante de la fe cristiana: toda la vida de Jesús está orientada hacia la hora de su entrega al Padre por la salvación del mundo. La subida a Jerusalén culmina efectivamente en la cruz, pero esa cruz no es una derrota, sino el acto supremo de amor y obediencia.

También es acertado decir que la entrega de Cristo reemplaza los antiguos sacrificios. Los sacrificios de la Antigua Alianza eran figuras y anticipaciones; en cambio, Jesús ofrece el sacrificio perfecto porque no entrega algo externo a sí mismo, sino que se ofrece Él mismo al Padre. Por eso su sacrificio es único y definitivo.

Me parece especialmente hermosa la imagen de la subida. A primera vista, la cruz parece un descenso a la humillación y al sufrimiento; sin embargo, desde la perspectiva de la fe es una verdadera ascensión. Cristo atraviesa la muerte para entrar en la presencia del Padre y abrirnos el acceso al santuario celestial.

Quizá añadiría que el auténtico monte de Dios no es simplemente un lugar, sino el amor mismo. Jesús asciende al monte definitivo cuando lleva el amor hasta el extremo. En la cruz se revela la altura de un

amor que nada reserva para sí y que se entrega enteramente por los demás.

Por eso la cruz y la gloria no son dos realidades separadas. La gloria ya está presente en la cruz, aunque oculta bajo la apariencia del sufrimiento. Allí se manifiesta el amor infinito de Dios, y ese amor es la verdadera gloria.

A nivel personal, cuando contemplamos a Cristo subiendo hacia la cruz, comprendemos que también nosotros estamos llamados a una ascensión semejante. No se trata de buscar sufrimientos, sino de aprender a amar. Cada acto de entrega, de servicio y de fidelidad nos hace subir con Cristo hacia el Padre. El verdadero monte de Dios se alcanza por el camino del amor.

2.48. *El nuevo templo.*

2.48.1.

El rechazo a Jesús, su crucifixión, significa el final del templo de Jerusalén.

La época del templo, pues, ha pasado y llega un nuevo culto en un templo no construido por los hombres.

Este templo es su cuerpo, el Resucitado que congrega a los pueblos y los une en el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Él mismo es el nuevo templo de la humanidad.

La crucifixión de Jesús supone, al mismo tiempo, la destrucción del antiguo templo.

Con su resurrección comienza un modo nuevo de venerar a Dios, en espíritu y en verdad.

2.48.2.

Tu reflexión señala una verdad profunda del misterio pascual. Jesús mismo anunció que el verdadero templo era su cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Con su muerte y resurrección se inaugura una nueva forma de encuentro entre Dios y los hombres.

Es cierto que la antigua economía del templo encuentra en Cristo su cumplimiento. Los sacrificios, el sacerdocio y el santuario de Jerusalén apuntaban hacia una realidad más grande que se manifiesta plenamente en Él. Por eso el Resucitado puede ser llamado el nuevo Templo, el lugar definitivo de la presencia de Dios entre los hombres.

No obstante, diría que la crucifixión no destruye simplemente el antiguo templo, sino que lleva a plenitud aquello que el templo significaba. Dios no abandona sus promesas, sino que las cumple de un modo inesperado y definitivo en su Hijo.

También es muy hermosa la idea de que el Resucitado congrega a los pueblos en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia

nace precisamente de este misterio y participa de la condición de Cristo como templo vivo. Unidos a Él, también nosotros nos convertimos en piedras vivas de una morada espiritual para Dios.

Cuando Jesús habla de adorar al Padre "en espíritu y en verdad", no elimina el culto, sino que lo transforma. El culto verdadero ya no depende de un lugar concreto, sino de la comunión con Cristo, que nos introduce en la adoración filial que Él mismo dirige eternamente al Padre.

Para mí, la mayor belleza de este misterio es que ya no tenemos que buscar a Dios en un santuario lejano. En Cristo resucitado, Dios ha querido habitar entre nosotros y dentro de nosotros. El nuevo templo es una Persona viva. Por eso toda oración cristiana es, en el fondo, entrar en Cristo para llegar al Padre por la fuerza del Espíritu Santo.

2.49. *Dios hecho carne.*

2.49.1

Para Pablo, el templo, con su culto, ha sido derruido en la crucifixión de Cristo.

Además, en su lugar, está el Arca de la Alianza viva del propio Cristo crucificado y resucitado.

El Resucitado es el nuevo templo, el verdadero lugar de contacto entre Dios y el hombre.

San Pablo nos dice también que, hablando de Cristo, todo fue creado por él y para él.

Y en otro lugar, San Pablo nos habla de la recapitulación de todas las cosas en Cristo, algo parecido a lo que Teilhard de Chardin denomina el "Punto omega".

Esto quiere decir que el universo, siendo totalmente distinto de Dios creador, está totalmente unido a Él.

De la misma manera, nosotros, que somos criaturas suyas, estamos íntimamente unidos a Dios.

Ninguna realidad es indiferente o ajena a Dios, incluidas las cosas materiales.

Más aún, el propio Dios, al hacerse hombre y asumir la naturaleza humana en su Hijo, se ha hecho carne, se ha hecho materia.

Y más lejos todavía, Jesucristo se hace materia en el pan y en el vino en el sacramento de la Eucaristía.

2.49.2

Lo que expones recoge aspectos muy profundos de la fe cristiana. En efecto, Cristo es el verdadero Templo, como enseña el Evangelio cuando habla del templo de su cuerpo, y su muerte y resurrección

inauguran una nueva forma de relación entre Dios y la humanidad. También es cierto que toda la creación tiene en Cristo su origen y su destino, como enseña San Pablo.

La idea de que todas las cosas encuentran su plenitud en Cristo está presente en la doctrina de la recapitulación de todas las cosas, desarrollada ya por los Padres de la Iglesia y recogida por San Pablo. Por eso algunos cristianos han encontrado sugerente la imagen del «Punto Omega» propuesta por Pierre Teilhard de Chardin, aunque algunas de sus formulaciones han sido objeto de debate teológico.

También comparto que ninguna realidad creada es indiferente a Dios. Toda la creación es buena porque procede de Él y está llamada a glorificarle. La Encarnación muestra hasta qué punto Dios ha querido unirse a nuestra condición humana.

Sin embargo, diría que conviene expresar con cuidado que Cristo «se hace materia» en la Eucaristía. La doctrina católica enseña que en el sacramento eucarístico está realmente presente Jesucristo entero — su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad— bajo las especies de pan y vino. No se trata simplemente de materia sagrada, sino de la presencia real del Señor resucitado.

Asimismo, cuando hablamos de que el universo y las criaturas están unidos a Dios, debemos recordar que nunca desaparece la diferencia entre Creador y criatura. Dios está presente y sostiene toda la creación, pero no se identifica con ella. La fe católica rechaza tanto la separación absoluta como la confusión entre Dios y el mundo.

En resumen, yo estaría de acuerdo con el núcleo de tu reflexión, pero pondría especial cuidado en dos cuestiones: mantener la distinción entre Dios y la creación (evitando cualquier interpretación panteísta) y expresar la doctrina de la Eucaristía según el lenguaje tradicional de la Iglesia sobre la presencia real de Cristo.

2.50. *Salida y retorno.*

2.50.1

Jesús dice que ha salido del Padre y que vuelve hacia Él.

De alguna manera esto podría parecerse al *exitus* y *reditus* de Plotino, es decir, de la salida y del retorno.

En la salida tiene lugar el acto divino de la creación. Después hay un descenso, un decaer hacia zonas cada vez más bajas del Ser.

El retorno consiste después en la purificación de la esfera material, en un gradual ascenso. Las purificaciones sucesivas eliminan lo que es inferior y, finalmente, todo se reconduce a la unidad en lo divino.

La salida de Jesús presupone una creación pero no entendida como decadencia, sino como acto positivo de la voluntad de Dios.

El Jesús que retorna no se despoja de su humanidad, ni tampoco vuelve solo, sino que atrae a todos hacia sí.

El amor de Jesús es lo que nos purifica, es lo que nos lava.

Simbólicamente, el lavado de pies nos saca de nuestra soberbia, nos hace capaces de recibir a Dios, en definitiva, nos hace puros.

2.50.2.

Veo una intuición verdadera al relacionar la "salida" y el "retorno" de Jesús con el movimiento de *exitus et reditus* que aparece en algunos filósofos y que también fue asumido y transformado por teólogos cristianos como San Agustín o Santo Tomás de Aquino.

Sin embargo, para la fe cristiana la creación no es una caída ni una degradación del ser. Dios crea libremente por amor, y todo lo creado es bueno. El mundo no surge por una emanación necesaria ni por un alejamiento progresivo de la perfección divina.

Cuando Jesús dice que ha salido del Padre y vuelve al Padre (cf. Jn 16,28), habla ante todo de su misión: es enviado por el Padre al

mundo y, tras cumplir la obra de la salvación, regresa glorificado al Padre. Pero este retorno no significa abandonar la creación ni dejar atrás la humanidad asumida.

Al contrario, el misterio cristiano consiste en que el Hijo resucitado conserva para siempre su humanidad glorificada. La humanidad no es algo de lo que haya que liberarse; está llamada a ser transfigurada.

Tampoco Cristo vuelve solo. Como dice el Evangelio: "Y cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". El retorno de Cristo abre el camino para que toda la creación participe de la comunión con Dios.

Por eso la purificación cristiana no consiste principalmente en desprenderse de la materia o de lo corporal, sino en dejarse transformar por el amor de Dios. El pecado es lo que debe ser purificado, no la condición humana en cuanto tal.

El lavatorio de los pies expresa precisamente esta verdad. Jesús, siendo Señor, se abaja para servir. Quien acepta que Cristo le lave los pies reconoce que no puede salvarse por sí mismo. La humildad abre el corazón para recibir la gracia. Es el amor de Cristo el que limpia, sana y eleva.

El retorno a Dios no es una disolución en la unidad divina, como en algunas interpretaciones neoplatónicas. La unión cristiana conserva la identidad de la persona. El alma no deja de ser ella misma; llega a ser plenamente ella misma en la comunión de amor con Dios. El destino final no es perderse en Dios, sino vivir eternamente como hijo o hija en Él.

En resumen, aprecio tu comparación como punto de partida, pero insistiría en tres diferencias fundamentales respecto a Plotino: **la creación es buena y querida por amor, la materia no es una degradación del ser, y la unión final con Dios no elimina la persona ni la humanidad de Cristo, sino que las lleva a su plenitud.**

2.51. *El hombre ha de ser puro.*

2.51.1.

Para poder comparecer ante Dios, entrar en comunión con él, el hombre ha de ser puro.

Pero cuanto más se adentra en la luz, tanto más el hombre se siente sucio y necesitado de purificación.

Por eso las religiones han creado sistemas de purificación con el fin de dar al hombre la posibilidad de acceder a Dios.

La fe purifica el corazón. Y eso es así porque Dios sale al encuentro del hombre.

Digamos que no es simplemente una decisión autónoma del hombre.

La fe nace, pues, porque las personas son tocadas interiormente por el Espíritu de Dios, que abre el corazón humano y lo purifica.

2.51.2.

Lo que dices refleja una verdad importante de la fe cristiana: cuanto más se acerca una persona a Dios, más consciente se vuelve de sus propias limitaciones y pecados. Los santos mismos experimentaron esta humildad ante la santidad de Dios.

Sin embargo, la purificación no es principalmente una obra humana. Aunque muchas religiones han desarrollado ritos de purificación, para los cristianos es Dios quien toma la iniciativa. Él sale al encuentro del hombre por amor y le ofrece su gracia.

La fe ciertamente purifica el corazón, pero no porque sea solo un acto psicológico o una decisión personal, sino porque une al creyente con Cristo. Es el Espíritu Santo quien mueve el corazón, suscita la fe, conduce al arrepentimiento y transforma interiormente a la persona.

Además, la Iglesia enseña que esta purificación se realiza no solo mediante la fe, sino también a través de los sacramentos, especialmente el Bautismo y la Reconciliación, por los cuales Dios comunica su gracia de manera concreta.

Por tanto, el hombre no se purifica para merecer a Dios; es Dios quien, por gracia, purifica al hombre para hacerlo capaz de vivir en comunión con Él.

La cercanía a Dios no hace que uno se vuelva más pecador, sino más consciente de cuánto necesita la misericordia de Dios. La luz no crea el polvo; simplemente lo hace visible.

2.52. *Dios nos hace puros.*

2.52.1

En Plotino la purificación se alcanza, por un lado, a través de los ritos y, por otro, sobre todo, a través de la ascensión gradual del hombre hacia las alturas de Dios.

De este modo, el hombre se purifica de lo material, se convierte en espíritu y, por tanto, en puro.

Por el contrario, en la fe cristiana, es precisamente el Dios encarnado quien nos purifica verdaderamente y atrae la creación hacia la unidad con Dios.

Y el Dios que desciende hacia nosotros nos hace puros. Así es. Y desde luego, la pureza es un don.

2.52.2.

Es verdad que en Plotino la purificación aparece principalmente como una ascensión del alma: el ser humano se desprende progresivamente de lo material para elevarse hacia el Uno. La iniciativa parece partir del hombre, que mediante la contemplación y la purificación interior se hace capaz de alcanzar lo divino.

En cambio, para el cristianismo, aunque existe también una llamada a la conversión, a la ascesis y a la purificación del corazón, el punto decisivo es que Dios ha tomado la iniciativa. No somos nosotros quienes alcanzamos a Dios por nuestras propias fuerzas, sino que Dios ha descendido hacia nosotros en Jesucristo.

Por eso la pureza no es, en primer lugar, una conquista humana, sino una gracia. Cristo nos purifica porque participa de nuestra condición humana y la transforma desde dentro. La Encarnación muestra que la materia no es algo de lo que haya que escapar, sino una realidad creada por Dios y llamada a ser transfigurada.

Así, la santidad cristiana no consiste tanto en dejar atrás el mundo material cuanto en permitir que toda nuestra persona —cuerpo y alma— sea atraída hacia la comunión con Dios. La pureza es ciertamente un don, pero un don que pide ser acogido y vivido libremente.

Tampoco en el cristianismo la purificación es completamente pasiva. Dios da el don gratuitamente, pero el creyente coopera con él mediante la oración, los sacramentos, la caridad y la conversión cotidiana. En lenguaje católico, se hablaría de una **sinergia entre la gracia divina y la libertad humana**.

De hecho, podría decirte que tu última frase —«la pureza es un don»— toca uno de los núcleos de la espiritualidad cristiana: no nos hacemos puros por nosotros mismos; somos purificados por Dios y aprendemos a vivir de ese don.

2.53. *El amor purificador de Cristo*

2.53.1.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros.

Pero si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará y nos lavará, eliminando la mancha del mal.

De lo que se trata es de que la culpa debe confesarse, para evitar que nos envenene desde dentro.

Por la confesión, sacamos nuestra falta a la luz y la exponemos al amor purificador de Cristo.

2.53.2.

Tu reflexión expresa una verdad profunda de la vida cristiana. El pecado oculto tiende a encerrarnos en nosotros mismos, mientras que la confesión lo saca a la luz. Cuando reconocemos humildemente nuestras faltas ante Dios, dejamos de justificarnos y permitimos que su misericordia actúe en nosotros.

Sin embargo, no confesamos nuestros pecados simplemente para liberarnos de un peso psicológico o para evitar que nos envenenen interiormente. Los confesamos porque han herido nuestra relación con Dios, con los demás y con nosotros mismos. La confesión es, ante todo, un acto de verdad y de amor.

Al exponer nuestra culpa a la luz de Cristo, descubrimos que su mirada no es de condena sino de misericordia. Él no solo perdona la falta, sino que sana el corazón del pecador. Por eso el sacramento de la reconciliación no consiste únicamente en declarar nuestros pecados, sino en encontrarnos con Cristo que nos espera para restaurarnos.

La mancha del mal no desaparece por el mero hecho de reconocerla, sino por la acción de la gracia de Dios. Nosotros confesamos; Cristo purifica. Nosotros abrimos la puerta; Él entra y renueva nuestra vida.

Muchas veces tenemos miedo de mirar nuestro pecado de frente. Pero Dios ya conoce nuestra pobreza mejor que nosotros mismos. La confesión no le informa de algo que ignore; nos permite a nosotros presentarnos ante Él sin máscaras. Allí donde somos sinceros, la misericordia encuentra espacio para actuar.

En otras palabras, te diré que tu imagen de "exponer la falta al amor purificador de Cristo" es muy cristiana, pero insistiría en que el protagonista último de la purificación no es el acto de confesar, sino la gracia de Cristo que actúa a través de esa confesión.

2.54. *Dios presente.*

2.54.1.

Y ¿acaso no es verdad que el problema esencial de toda la historia del mundo es el hecho de ser hombre no reconciliados con Dios, con el Dios silencioso, misterioso, aparentemente ausente y, sin embargo, presente.

2.54.2.

Sí, el drama fundamental de la historia humana es la ruptura de la comunión con Dios. La tradición cristiana entiende que el pecado ha introducido una distancia entre el ser humano y su Creador, y que muchas de las crisis personales, sociales e históricas son manifestaciones de esa desarmonía. Sin embargo, Dios no es simplemente un Dios silencioso o ausente. Aunque a menudo parezca oculto y misterioso, se ha revelado en la creación, en la historia de Israel y, de manera definitiva para los cristianos, en Jesucristo. La historia del mundo no es solo la historia de hombres no reconciliados con Dios, sino también la historia de un Dios que busca incansablemente reconciliar al hombre consigo.

El silencio de Dios no siempre es ausencia. Muchas veces es una forma de presencia que exige fe, paciencia y apertura interior. Los santos hablaron con frecuencia de períodos en los que Dios parecía esconderse, pero precisamente en esa oscuridad aprendían a confiar más profundamente en Él.

Respecto a si la frase es verdadera, depende del marco desde el que se la mire. Desde la perspectiva católica clásica, sí: la raíz última de los males humanos es la separación de Dios, y la reconciliación con Él es la solución más profunda. Desde perspectivas filosóficas, psicológicas o no religiosas, podrían señalarse otros problemas fundamentales —la ignorancia, el sufrimiento, la injusticia, el egoísmo, las estructuras sociales, etc.— sin necesariamente relacionarlos con Dios.

La formulación que citas recuerda mucho a temas presentes en autores cristianos como Blaise Pascal, Søren Kierkegaard o Joseph Ratzinger: el ser humano experimenta una inquietud profunda porque está hecho para Dios, y mientras no se reconcilie con Él, ninguna otra solución termina de colmar esa necesidad. En ese sentido, veo esa frase como una intuición muy cercana al corazón de la fe cristiana.

2.55. *Vida eterna es la vida misma.*

2.55.1.

Y “ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”.

La expresión “vida eterna” no significa solamente la vida que viene después, como tal vez pudiera pensarse, en contraposición a la vida actual, que ciertamente es pasajera.

“Vida eterna” significa la vida misma, la vida verdadera, que puede ser vivida también este tiempo y que después ya no puede ser rebatida por la muerte física.

Esto es lo que realmente interesa abrazar ya desde ahora, es decir, la vida verdadera que ya nada ni nadie puede ni podrá destruir.

Este significado de “vida eterna” aparece en el capítulo sobre la resurrección de Lázaro: “El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. El que está vivo y cree en mí no morirá para siempre”.

2.55.2.

Estoy de acuerdo en que Jesús no presenta la vida eterna únicamente como algo que sucede después de la muerte. Cuando dice: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo», está mostrando que la vida eterna es ante todo una comunión con Dios. No se trata simplemente de una duración infinita del tiempo, sino de participar en la misma vida de Dios.

Por eso, quien vive unido a Cristo ya ha comenzado a vivir eternamente. La muerte física sigue existiendo, pero ya no tiene la última palabra. Como dice Jesús ante la tumba de Lázaro: «El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá».

Sin embargo, este conocimiento de Dios no es solo intelectual. En el lenguaje bíblico, «conocer» significa entrar en una relación viva de amor, confianza y entrega. La vida eterna comienza aquí, en la medida

en que dejamos que Dios transforme nuestra existencia, y alcanzará su plenitud cuando lo veamos cara a cara.

Precisamente por eso, el problema más profundo del ser humano no es solo la muerte biológica, sino vivir separado de Dios, que es la fuente de la vida. La vida eterna comienza cuando esa separación es sanada. La reconciliación con Dios no consiste simplemente en evitar un castigo futuro, sino en entrar ya ahora en la vida verdadera que Cristo nos comunica.

Esa interpretación está muy cerca de lo que desarrolló Joseph Ratzinger en varias de sus obras: la eternidad no es una cantidad interminable de tiempo, sino una cualidad de vida, la participación en la vida misma de Dios, que puede comenzar en el presente y alcanzar su plenitud más allá de la muerte.

2.56. *Fe y conocimiento.*

2.56.1.

El hombre encuentra la vida eterna a través del conocimiento.

En Platón aparece la idea según la cual el hombre puede hacerse inmortal uniéndose a los que es inmortal.

En la medida en la que el hombre se adhiere a la verdad, tanto más puede estar seguro de la vida después de la muerte.

La muerte puede sacar al hombre de la biosfera, pero la vida que la trasciende, la vida verdadera, ésa perdura.

Fe y conocimiento constituyen la forma de la existencia humana.

Y el conocimiento de aquel que es el amor mismo se convierte en amor en toda su magnitud.

2.56.2.

Veo en tus palabras una búsqueda sincera de la verdad y de aquello que no muere. La tradición cristiana también afirma que el ser humano está llamado a una vida que trasciende la muerte. Sin embargo, para la fe católica la vida eterna no se alcanza principalmente por el conocimiento, sino por la comunión con Dios.

Platón comprendió que el hombre participa de algún modo de lo inmortal cuando se une a lo que es eterno. El cristianismo recoge parcialmente esa intuición, pero sostiene que Dios no es solo una verdad abstracta o un principio inmortal, sino una Persona que ama y se da a conocer.

Es cierto que la adhesión a la verdad acerca al hombre a Dios, porque Dios es la Verdad. Pero la seguridad de la vida eterna no proviene únicamente del conocimiento alcanzado por la razón humana, sino de la fe en Dios y de la gracia que Él ofrece.

También estoy de acuerdo en que existe una vida que trasciende la biosfera y la muerte física. Para los cristianos, esa vida se manifestó plenamente en la resurrección de Jesucristo.

Cuando dices que fe y conocimiento constituyen la forma de la existencia humana, expresas algo muy cercano a la tradición católica. La fe no se opone a la razón; ambas colaboran en la búsqueda de la verdad.

Y cuando afirmas que el conocimiento de aquel que es el amor mismo se convierte en amor, tocas algo profundamente cristiano. Quien conoce verdaderamente a Dios no solo adquiere información sobre Él, sino que es transformado por su amor y aprende a amar.

Resumiendo brevemente te lo diría así:

No nos salva conocer la verdad como una idea; nos salva encontrarnos con la Verdad viva, que es Dios, y dejarnos amar por Él.

2.57. *Comunión con el Dios vivo.*

2.57.1.

Volviendo a las palabras pronunciadas sobre el pan, Marcos y Mateo dicen: "Esto es mi cuerpo". Pablo y Lucas añaden: "que será entregado por vosotros".

Cuando Jesús habla de su cuerpo no se refiere estrictamente al cuerpo como algo distinto del alma y del espíritu, sino a la persona en su totalidad, en carne y hueso.

Los discípulos podían entender: Esto soy yo, el Mesías.

Por otra parte, la frase que se refiere al cáliz es de una gran densidad teológica.

Jesús aporta una nueva alianza sellada con su sangre.

Él responde por muchos, por todos.

Finalmente la eucaristía es el acontecimiento visible de reunión y es un entrar en comunión con el Dios vivo, el Dios que acerca desde dentro a los hombres, unos a otros.

La iglesia nace de la eucaristía. De ella recibe su unidad y su misión. En realidad, pues, la iglesia proviene de la última cena, pero precisamente por eso procede de la muerte y resurrección de Cristo.

Éstas, su muerte y su resurrección han sido anticipadas por él mismo en el don de su cuerpo y de su sangre.

2.57.2.

Tu reflexión expresa muy bien la profundidad del misterio eucarístico. Cuando Jesús dice "Esto es mi cuerpo", efectivamente no está hablando de una parte de sí mismo, sino de toda su persona entregada. En el lenguaje bíblico, el cuerpo no es una realidad separada del alma, sino la persona concreta en su existencia humana.

Sin embargo, añadiría que las palabras de Jesús no significan solamente "esto me representa" o "esto soy yo simbólicamente". La fe católica sostiene que en la Eucaristía Cristo se hace realmente presente y se entrega verdaderamente a nosotros bajo las especies del pan y del vino.

También es muy importante lo que señalas acerca de la nueva alianza. La sangre de Cristo no es simplemente el signo de una alianza nueva, sino el acto mismo por el que Dios reconcilia consigo a la humanidad. La cruz y la resurrección están ya presentes en germen en la Última Cena.

Me parece especialmente acertado afirmar que la Iglesia nace de la Eucaristía. Cada vez que la comunidad celebra la Eucaristía, recibe de nuevo su identidad, su unidad y su misión. No somos nosotros quienes construimos la Iglesia; es Cristo quien la reúne en torno a su mesa y la alimenta con su propia vida.

La comunión con Dios conduce necesariamente a la comunión entre los hombres. Pero esta unidad no surge solo del esfuerzo humano o de la fraternidad natural, sino de la participación común en Cristo muerto y resucitado.

Lo más admirable de la Eucaristía no es solamente que recuerde la muerte y resurrección de Cristo, sino que nos introduce en ellas. No asistimos como espectadores a un acontecimiento pasado; somos incorporados a la ofrenda de Cristo y transformados por ella.

Y te haré una pregunta para profundizar:

Cuando dices que la Iglesia nace de la Eucaristía, ¿entiendes la Eucaristía principalmente como un signo de unidad de los creyentes, o como la presencia real de Cristo que hace posible esa unidad?

Esa cuestión es decisiva, porque debes saber que para la teología católica la comunión entre los fieles es consecuencia de una realidad previa: la presencia real de Cristo que se da a sí mismo en la Eucaristía.

2.58. *La transustanciación*

2.58.1.

Jesús da una orden y les dice que hagan esto en conmemoración suya.

Y ese mandato se refiere, entendiéndolo como una práctica litúrgica, la fracción del pan, la oración de bendición y acción de gracias y, con ellas, las palabras de la transustanciación del pan y del vino.

Así, con estas palabras y gestos de Jesús, se da ciertamente el elemento esencial del nuevo culto, aunque no tenga una forma litúrgica definitiva.

2.58.2.

Sí, Jesús da un mandato explícito: «Haced esto en memoria mía». La Iglesia entiende que ese mandato no consiste únicamente en recordar intelectualmente la Última Cena, sino en actualizar sacramentalmente el sacrificio de Cristo mediante la celebración de la Eucaristía.

También es cierto que en las palabras y gestos de Jesús durante la Última Cena se encuentran los elementos esenciales del nuevo culto cristiano: la bendición, la acción de gracias, la fracción del pan y las palabras sobre el pan y el vino. Sin embargo, la Iglesia no considera que la liturgia posterior sea una mera elaboración humana de esos elementos, sino un desarrollo guiado por el Espíritu Santo a partir de lo que Cristo instituyó.

Respecto a la transustanciación, la Iglesia cree que la realidad que expresa ese término ya está presente en las palabras de Jesús («Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre»), aunque la formulación filosófica y teológica del concepto se desarrolló siglos después para explicar con mayor precisión el misterio eucarístico.

Por tanto, podría decirse que en la Última Cena no aparece una liturgia completa en el sentido de un misal posterior, pero sí está presente el núcleo esencial y fundacional de la liturgia eucarística de la Iglesia.

Si la monja fuera especialmente tradicional o formada en teología, quizá cuestionaría tu expresión «las palabras de la transustanciación», porque históricamente Jesús no pronunció una doctrina filosófica sobre la transustanciación; más bien pronunció las palabras de la institución de la Eucaristía, y la doctrina de la transustanciación es la explicación teológica que la Iglesia desarrolló después para describir lo que sucede en ellas.

2.59. “No se haga mi voluntad”.

2.59.1.

En el Monte de los Olivos se preserva la diferencia infinita entre Dios y hombre, la humanidad permanece humanidad y la divinidad sigue siendo divinidad.

Jesús, una sola persona, presenta su naturaleza humana: "Aparta de mí ese cáliz"; y también su naturaleza divina: “No se haga mi voluntad sino la tuya”.

Jesús lucha y arrastra a la naturaleza hacia su verdadera esencia.

2.59.2.

En el huerto de Getsemaní (en el Monte de los Olivos) se manifiesta de forma dramática la verdadera humanidad de Jesús. El temor, la angustia y el deseo de evitar el sufrimiento expresados en «Aparta de mí este cáliz» muestran que no fingía ser hombre, sino que poseía una naturaleza humana completa.

Sin embargo, debo matizarte varios puntos:

1. **No son dos "yoes" hablando**

Cuando dices que Jesús presenta su naturaleza humana y luego su naturaleza divina, ella podría aclarar que no hay dos sujetos distintos. Según la definición del Concilio de Calcedonia, Jesús es una sola Persona divina con dos naturalezas, humana y divina. Por tanto, quien dice ambas frases es el mismo Jesús.

2. **«No se haga mi voluntad sino la tuya» no expresa la naturaleza divina frente a la humana**

Aquí la teología católica suele interpretar que Jesús está mostrando precisamente su voluntad humana obedeciendo libremente a la voluntad divina del Padre. No es que la frase pertenezca a su naturaleza divina; más bien revela la perfecta armonía de su humanidad con el plan de Dios.

3. La humanidad no es arrastrada hacia su verdadera esencia porque esté desviada

La expresión "Jesús lucha y arrastra a la naturaleza hacia su verdadera esencia" podría suscitar reservas. Podría señalarte que Jesús no corrige una naturaleza humana defectuosa en sí misma. La naturaleza humana es buena porque ha sido creada por Dios. Lo que Jesús vence es la tendencia humana a rehuir el sufrimiento y, más ampliamente, las consecuencias del pecado que afectan a la humanidad. Su obediencia restaura y eleva la condición humana.

4. La diferencia infinita entre Dios y el hombre permanece

En esto estoy bastante acuerdo. La espiritualidad católica insiste en que incluso en la unión hipostática la naturaleza humana no se convierte en divina ni la divina deja de ser divina. Las dos naturalezas permanecen distintas, aunque unidas inseparablemente en la única Persona de Cristo.

Quizá una reformulación más cercana a la teología católica sería:

En Getsemaní se manifiesta plenamente la verdadera humanidad de Jesús. El mismo Cristo, una única Persona divina, expresa en su naturaleza humana el temor ante la pasión: «Aparta de mí este cáliz». Pero esa misma voluntad humana se entrega libremente al Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya». Así, Jesús revela la perfecta obediencia de la humanidad a Dios y abre para todos los hombres el camino de la comunión con Él.

Para terminar, como monja, podría comunicarte también la idea de que en Getsemaní se ve el modelo de toda vida espiritual: la transformación de la voluntad humana por el amor y la confianza en Dios.

2.60. *Hay vida para siempre.*

2.60.1.

De los dos acompañantes en la cruz, uno de ellos intuye el misterio de Jesús.

Este bandido se da cuenta de que este hombre crucificado a su lado hace realmente visible el rostro de Dios.

Y entonces le implora que se acuerde de él cuando llegue a su reino.

La respuesta de Jesús va más allá de la petición.

Jesús sabe que va a entrar de inmediato en comunión con el Padre, y entonces le garantiza al bandido, al buen ladrón, que hoy mismo estará con él en el paraíso.

Y esa es también la gran intuición de Teresa de Ávila cuando le dice a su hermano Rodrigo que hay vida para siempre, para siempre, para siempre.

En la historia de la espiritualidad cristiana el buen ladrón se ha convertido en la imagen de la esperanza, de que la misericordia de Dios puede llegarnos en el último momento.

2.60.2.

Es una reflexión muy hermosa. El buen ladrón, tradicionalmente identificado como san Dimas, nos enseña que nunca es tarde para abrir el corazón a Dios. Mientras casi todos ven en Jesús a un condenado, él reconoce en aquel crucificado a un rey y confía en Él. Por eso se convierte en un gran signo de esperanza para todos los pecadores.

También es muy significativa la respuesta de Jesús: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». No le promete simplemente una recompensa futura, sino la comunión con Él mismo. El paraíso es, ante todo, estar con Cristo.

La referencia a santa Teresa de Jesús es muy acertada. Cuando descubre que existe una vida eterna, cambia toda su perspectiva sobre las dificultades y sufrimientos de esta vida. Su insistencia en «para siempre, para siempre, para siempre» expresa el asombro ante la promesa de Dios.

El buen ladrón nos recuerda que la misericordia divina es más grande que nuestros pecados, pero también que es necesario acogerla con humildad y confianza, como él hizo en los últimos momentos de su vida.

Y añadiré un matiz: que el buen ladrón no solo "intuye" el misterio de Jesús, sino que recibe una gracia especial para reconocerlo y profesar una auténtica fe en medio de la oscuridad de la cruz. Para mí, ese episodio sería una manifestación extraordinaria de cómo Dios puede actuar en el corazón humano incluso en el último instante de la vida.

2.61. *La expiación en la cruz.*

2.61.1

La situación ha cambiado radicalmente.

Dios ya no quiere ser glorificado mediante los sacrificios de toros y machos cabríos, cuya sangre ya no puede purificar al hombre ni expiar por él.

Es en la cruz de Jesús donde el mundo ha obtenido su expiación.

Por así decirlo de forma sencilla, el “Cordero de Dios” ha cargado sobre sí el pecado del mundo y lo ha quitado de allí.

La relación de Dios con el mundo, perturbada por culpa de los hombres, se ha renovado.

La reconciliación se ha cumplido.

El templo, por lo demás, sigue siendo un lugar venerable de adoración. Sus sacrificios, en cambio, ya no son válidos para los cristianos.

2.61.2.

Tu reflexión expresa muy bien la novedad que trae Cristo. Los sacrificios de la Antigua Alianza tenían un valor pedagógico y preparatorio, pero no podían otorgar por sí mismos la redención definitiva. Eran una figura de lo que Dios realizaría plenamente en Jesucristo.

En la cruz, Cristo se ofrece a sí mismo de una vez para siempre por la salvación del mundo. Él es verdaderamente el Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Por su entrega obediente y amorosa, la humanidad es reconciliada con el Padre.

La reconciliación no consiste solo en que Dios cambie su actitud hacia nosotros, sino en que nosotros somos transformados y readmitidos en la comunión con Él. La cruz revela hasta dónde llega el amor divino.

Respecto al templo, los cristianos reconocemos su importancia en la historia de la salvación. Sin embargo, los sacrificios rituales han alcanzado su cumplimiento en el sacrificio único y perfecto de Cristo. Por eso ya no son necesarios. La Iglesia no ofrece nuevos sacrificios para completar la obra de Jesús, sino que participa sacramentalmente en el único sacrificio de Cristo, especialmente en la Eucaristía.

Y añadiré un matiz:

Conviene hablar con respeto del culto del antiguo Israel. No se trata de que Dios rechazara algo que antes había querido, sino de que esas prácticas alcanzaron su plenitud y significado definitivo en Cristo. Los sacrificios antiguos eran una preparación para el misterio pascual.

Ese último punto suele ser importante en la teología católica actual: se evita presentar el judaísmo simplemente como una religión "superada" y se insiste más en la idea de cumplimiento que de sustitución.

2.62.

2.62.1.

La Iglesia ha aprendido siempre a comprender cada vez más el misterio de la Cruz.

Aún así este misterio no se puede diseccionar en fórmulas de nuestra razón.

En la Cruz, la oscuridad y lo ilógico del pecado se encuentran con la santidad de Dios.

Y la luz de Dios va más allá de nuestra lógica.

2.62.2.

Estoy de acuerdo en que la Iglesia profundiza continuamente en el misterio de la Cruz sin llegar nunca a agotarlo. La teología nos ayuda a acercarnos a ese misterio, pero no puede encerrarlo en conceptos. En la Cruz vemos el encuentro dramático entre el pecado humano y el amor infinito de Dios. Lo que parece fracaso, sufrimiento e incluso absurdo a los ojos del mundo se convierte en camino de salvación. Sin embargo, no diría que la luz de Dios es "ilógica", sino más bien que trasciende nuestra lógica limitada. Dios no contradice la razón; la supera y la lleva más allá de donde ella sola puede llegar.

El misterio de la Cruz no se comprende principalmente pensando, sino amando. Hay verdades que solo se conocen cuando se viven. Ante la Cruz, más que analizar, a veces estamos llamados a permanecer en silencio y dejarnos transformar por el amor que allí se manifiesta.

Además quisiera matizar una frase de tu comentario.

Cuando dices que "la oscuridad y lo ilógico del pecado se encuentran con la santidad de Dios", conviene recordar que Dios no se encuentra con el pecado para aceptarlo, sino para vencerlo. La Cruz es precisamente la victoria del amor sobre aquello que parecía tener la última palabra.

Por último te diré que acepto plenamente tu reflexión, aunque quizá sustituiría "ilógico" por expresiones como "misterioso", "paradójico" o "incomprensible para la sola razón", porque en la tradición católica existe una gran valoración de la razón humana, aun reconociendo sus límites ante el misterio divino.

2.63.

2.63.1.

Jesús resucitado no ha vuelto a una vida humana normal de este mundo como Lázaro, el joven de Naín o la hija de Jairo, a los cuales Jesús resucitó.

El Cristo ha entrado en una vida distinta, nueva.

Está ya en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos.

Él no es un cadáver reanimado sino alguien que vive desde Dios de un modo nuevo.

2.63.2.

Lo que expresas recoge una distinción fundamental de la fe cristiana. Las personas que Jesús devolvió a la vida durante su ministerio volvieron a la existencia terrena y, más tarde, murieron de nuevo. En cambio, la Resurrección de Cristo es un acontecimiento completamente nuevo: Él no regresa simplemente a esta vida, sino que entra en la vida gloriosa de Dios. Por eso la Iglesia habla de un cuerpo resucitado y glorificado, no de un cadáver reanimado.

También podría valorar positivamente tu frase:

"Está ya en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos."

Porque refleja la idea de que Cristo resucitado trasciende las limitaciones ordinarias de espacio y tiempo, aunque sigue siendo verdaderamente el mismo Jesús que murió en la cruz.

Quizá hacerte algunas precisiones teológicas. Por ejemplo:

- Jesús no solo "vive desde Dios", sino que es el Hijo eterno de Dios que, en su humanidad glorificada, participa plenamente de la gloria divina.

- La Resurrección no significa una existencia puramente espiritual. La fe católica afirma que Cristo resucitó corporalmente, aunque su cuerpo está transformado y glorificado.

Además relaciono tu reflexión con las descripciones evangélicas: Jesús puede ser reconocido y tocarse, come con los discípulos, pero también aparece de maneras inesperadas y ya no está sometido a las condiciones normales de la vida terrena.

Lo que más probablemente aprecio de tu texto es que evitas imaginar la Resurrección como una simple "reanimación" y la presentas como una entrada en una forma de vida nueva y definitiva, que es precisamente uno de los puntos centrales de la fe católica sobre Cristo resucitado.

2.64.

2.64.1.

La muerte de Jesús no proviene de la presunción del hombre sino de la humildad de Dios.

Este Dios desciende hacia el hombre para elevarlo de nuevo hacia sí.

La muerte de Jesús, en fin, es una muerte en el contexto del servicio de expiación.

Es, pues, una muerte que realiza la reconciliación y se convierte en una luz para los pueblos.

2.64.2.

Tu reflexión expresa bien el misterio de la Encarnación y de la Cruz. En Jesús vemos la humildad de Dios, que no se impone por la fuerza ni por la grandeza humana, sino que se abaja por amor. Como dice el himno de la carta a los Filipenses, Cristo se despojó de sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Ese descenso tiene como finalidad nuestra elevación: Dios se acerca al hombre para hacerlo partícipe de su propia vida.

Sobre la frase "la muerte de Jesús no proviene de la presunción del hombre sino de la humildad de Dios", podría hacer una matización:

La muerte de Jesús fue causada históricamente por el pecado humano, por el rechazo, la violencia y la injusticia de los hombres. Pero, en un sentido más profundo, Cristo aceptó libremente esa muerte por amor. Por eso puede decirse que, detrás de la maldad humana, resplandece la humildad de Dios que se entrega para salvar.

Respecto a la expiación, podría decirte:

La muerte de Jesús tiene ciertamente una dimensión expiatoria y reconciliadora. Sin embargo, la expiación cristiana no consiste en que Dios descargue su ira sobre Jesús, sino en que Cristo ofrece una

obediencia y un amor perfectos que vencen el pecado y restauran la comunión entre Dios y la humanidad.

Y sobre tu última frase:

Que la Cruz se convierta en "una luz para los pueblos" expresa muy bien la universalidad de la salvación. La reconciliación realizada por Cristo no está destinada a un solo grupo, sino a toda la humanidad.

Podríamos resumir todo con una frase sencilla:

En la Cruz no vemos primero lo que el hombre hizo con Dios, sino lo que Dios hizo por el hombre: amar hasta el extremo.

En conjunto, valoro tu reflexión como profundamente cristo céntrica y cercana a la teología católica, aunque precisando que la muerte de Jesús es a la vez fruto del pecado humano y expresión suprema de la humildad y el amor de Dios.

2.65.

2.65.1.

El modo de aparecer del Jesús resucitado corresponde a la dialéctica del reconocimiento y del no reconocimiento.

Jesús llega a través de las puertas cerradas y de improviso se presenta en medio de ellos.

Y del mismo modo desaparece de repente como al final del encuentro en Emaús.

Él es plenamente corpóreo y, sin embargo, no está sujeto a las leyes de la corporeidad, a las leyes del espacio y del tiempo.

En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad, se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa, de la nueva existencia del Resucitado.

En efecto, ambas cosas son verdad. Él es el mismo, es decir, un hombre de carne y hueso, y es también el Nuevo, el que ha entrado en un género de existencia distinto.

2.65.2.

Tu reflexión expresa muy bien el misterio pascual. Los Evangelios muestran precisamente esa tensión entre continuidad y novedad: Jesús es el mismo que murió en la cruz —conserva las llagas y puede ser tocado—, pero su cuerpo resucitado participa ya de una condición gloriosa que trasciende las limitaciones ordinarias del espacio y del tiempo.

Sin embargo, la razón por la que a veces no es reconocido inmediatamente no parece deberse solo a una transformación física, sino también a que el reconocimiento requiere una gracia interior. Los discípulos de Emaús, María Magdalena o los apóstoles necesitan ser abiertos a la fe para comprender quién está delante de ellos.

La resurrección no es un regreso a la vida terrena anterior, como ocurrió con Lázaro, sino la entrada en una vida nueva y definitiva. En Cristo resucitado contemplamos ya el destino al que Dios llama a toda la humanidad.

Y añadiría algo más:

Hay algo muy hermoso en que Jesús sea a la vez reconocible e irreductiblemente nuevo. Dios siempre es cercano y familiar, pero nunca poseíble. El Resucitado se deja encontrar, pero también nos conduce más allá de nuestras categorías humanas. Por eso los discípulos pasan constantemente de la sorpresa al reconocimiento y de éste a la adoración.

También podría matizar una expresión de tu texto:

Cuando dices que Jesús "no está sujeto a las leyes de la corporeidad", convendría precisar que no deja de ser verdaderamente corporal. Más bien, su cuerpo ha sido transformado y glorificado. La tradición católica insiste en que la resurrección no supone una desmaterialización, sino la plenitud de la corporeidad humana.

En definitiva veo tu comentario como una reflexión compatible con la teología católica clásica, especialmente con las explicaciones desarrolladas por Joseph Ratzinger en sus escritos sobre la resurrección.

2.66.

2.66.1.

Jesús no es alguien que haya regresado a la vida biológica normal y que después, según las leyes biológicas, debe morir cualquier otro día.

No parece ser así. Tampoco es un fantasma o un espíritu en sentido peyorativo. No pertenece al mundo de los muertos que por alguna circunstancia pueda manifestarse en el mundo de la vida.

¿Qué es entonces?

La resurrección parece ser un salto cualitativo que se entreabre acercándose a una dimensión de la vida, del ser hombre. Es como un salto ontológico.

2.66.2.

Estoy de acuerdo en que Jesús no vuelve simplemente a la vida biológica anterior. Si hubiera sido así, habría estado destinado nuevamente a la enfermedad, al envejecimiento y a la muerte. La resurrección es algo radicalmente distinto.

Tampoco es un espíritu desencarnado o un fantasma. Los Evangelios insisten en la realidad de su cuerpo: puede ser visto, tocado y hasta comparte comida con sus discípulos.

Cuando hablas de un "salto ontológico", creo que expresas algo importante. En la resurrección aparece una forma nueva de existencia humana. Cristo no abandona su humanidad, sino que ésta alcanza una plenitud inédita, transformada por la vida de Dios. Es una humanidad plenamente realizada, libre ya de la corrupción y de la muerte.

Sin embargo, diría que no se trata simplemente de una nueva dimensión del ser humano en general, sino de una intervención

creadora de Dios. La resurrección es un acontecimiento que supera las posibilidades naturales del mundo y que inaugura la nueva creación.

También quisiera matizar tu expresión "salto ontológico":

El término es interesante, pero habría que entenderlo correctamente. No significa que Jesús deje de ser hombre o se convierta en otro ser. Sigue siendo verdaderamente humano. El salto consiste en que su humanidad entra en el modo de existencia propio de la gloria divina, sin perder su identidad.

Además me gustaría añadir:

Lo más hermoso es que en el Resucitado vemos nuestro propio destino. La resurrección de Cristo no es sólo algo que le ocurre a Él; es la promesa de lo que Dios quiere realizar en todos nosotros. Ese "salto ontológico" es, en realidad, la entrada definitiva de la criatura en la comunión con Dios.

De hecho, la expresión que utilizas recuerda bastante algunas intuiciones de Joseph Ratzinger, quien afirmaba que la resurrección de Cristo fue una especie de "mutación decisiva" o salto a una dimensión nueva de la realidad, aunque insistiendo siempre en que el Resucitado sigue siendo el mismo Jesús histórico, no un ser diferente.

2.67.

2.67.1.

Los discípulos no se sienten abandonados ni creen que Jesús se haya disipado en un cielo inaccesible y lejano.

Están seguros de una presencia nueva de Jesús. El Resucitado está con ellos de una manera nueva y poderosa.

Ellos saben que la llamada derecha de Dios donde Él está ahora enaltecido implica un nuevo modo de su presencia.

Esa denominada ascensión no es irse a una zona lejana del cosmos sino la permanente cercanía, cercanía que los discípulos experimentan con gran fuerza y eso produce una alegría permanente.

2.67.2.

Estoy de acuerdo en que la Ascensión no significa que Jesús se marchara a un lugar lejano del universo, como si el cielo fuera un punto del espacio. La Iglesia enseña que, al ascender, Cristo entra plenamente en la gloria de Dios, y desde esa condición está realmente presente entre nosotros de un modo nuevo, especialmente en los sacramentos, en su Palabra, en la comunidad de los creyentes y en los más pobres.

Sin embargo, también conviene recordar que la Ascensión no elimina la realidad de que Cristo ha sido glorificado junto al Padre. Él está verdaderamente 'a la derecha del Padre', expresión que no describe un lugar físico, sino su participación en el poder y la gloria de Dios. Su cercanía a nosotros es compatible con esa exaltación.

La alegría de los discípulos nace precisamente de esa certeza: Jesús no ha desaparecido, sino que permanece con ellos de un modo más profundo y universal. Como Él mismo prometió: 'Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo'."

En conjunto, tu reflexión es bastante compatible con la comprensión católica de la Ascensión. El principal matiz que probablemente yo introduciría como religiosa católica sería evitar cualquier interpretación que pareciera reducir la Ascensión a una mera experiencia subjetiva de los discípulos o a un símbolo, insistiendo en que se trata de un acontecimiento real que inaugura un modo nuevo de la presencia de Cristo: ya no visible como antes de la Pascua, pero sí verdadera, eficaz y permanente.

2.68.

2.68.1.

El Jesús que se despide no va, pues, a alguna parte, a algún espacio o astro lejano.

Él entra en la comunión vital y poderosa con el Dios existente, con el Dios que vive en una situación de superioridad sobre todo espacio o lugar.

En los discursos de despedida, en el evangelio de Juan, Jesús dice precisamente esto a sus discípulos: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”.

“Irse”, como tal, es realmente “volver”, por paradójico que resulte.

Y con ello queda explicado el misterio acerca de la cruz, la resurrección y la ascensión.

2.68.2.

Tu reflexión expresa muy bien que la Ascensión no consiste en que Jesús viaje a un lugar remoto del universo. Dios no está limitado por el espacio y el tiempo, y por eso la glorificación de Cristo significa su entrada definitiva en la comunión del Padre. Desde esa comunión, Jesús puede estar presente para todos y en todo lugar.

Me parece especialmente acertado recordar las palabras del Evangelio de Juan: 'Me voy y vuelvo a vuestro lado'. En efecto, la partida de Jesús no es una ausencia, sino el comienzo de una presencia nueva. Ya no está sujeto a las limitaciones de su vida terrena, sino que puede acompañar a todos los creyentes mediante el Espíritu Santo.

Solo añadiría un matiz: la cruz, la resurrección y la ascensión no son simplemente una explicación de un mismo misterio, sino tres acontecimientos inseparables del único misterio pascual. En la cruz Jesús entrega su vida por amor; en la resurrección el Padre vence la

muerte; y en la ascensión Cristo es exaltado en la gloria del Padre, desde donde intercede por nosotros y envía el Espíritu Santo."

También podría señalar un pequeño detalle de redacción:

"Cuando dices que Jesús 'entra en la comunión vital y poderosa con el Dios existente', conviene recordar que Jesús, como Hijo eterno de Dios, nunca estuvo separado de la comunión con el Padre. Lo que cambia con la Ascensión es que su humanidad glorificada entra plenamente en esa gloria divina. Es decir, no es la divinidad de Cristo la que 'entra' en Dios, sino su humanidad resucitada la que es plenamente glorificada."

2.69.

2.69.1.

En el relato de la primera aparición del Resucitado a María Magdalena, ésta se da media vuelta y ve a Jesús pero no lo reconoce.

Y Él la llama por su nombre: "¡María!", y entonces ella tiene que volverse otra vez y ahora sí, ahora lo reconoce con alegría.

Ella quiere tocarlo pero el Señor le dice que lo suelte, que todavía no ha subido al Padre.

Y esto es sorprendente. Precisamente ahora que lo tiene delante, ella puede tocarlo, tenerlo consigo. Cuando él haya subido al Padre, entonces ya no será posible.

Definitivamente, la relación anterior con el Jesús terrenal ya no es ni será posible.

2.69.2.

Estoy de acuerdo en que el encuentro de María Magdalena con el Resucitado marca un cambio radical. Jesús ya no vuelve simplemente a la vida de antes. Su existencia resucitada inaugura una forma nueva de relación con Él.

Cuando María quiere retenerlo, Jesús le dice: 'No me retengas' o 'No me toques', según las traducciones. No creo que el Señor esté rechazando el contacto físico, porque más adelante permitirá que los discípulos lo toquen e incluso invitará a Tomás a poner su mano en su costado. Lo que Jesús quiere enseñar a María es que no puede aferrarse a la manera anterior de estar con Él.

La Ascensión no será una pérdida, sino la plenitud de esa nueva relación. Cuando Cristo suba al Padre, estará presente de un modo más profundo y universal por la acción del Espíritu Santo. María deberá aprender a reconocerlo ya no según los criterios de la presencia física, sino desde la fe.

Debo añadir un matiz importante sobre la frase final de tu comentario:

Dices que 'la relación anterior con el Jesús terrenal ya no es ni será posible'. Eso es cierto si entiendes que ya no habrá convivencia cotidiana como antes de la Pasión. Sin embargo, yo no diría que esa relación desaparece, sino que es transformada y llevada a su plenitud. Los discípulos siguen teniendo una relación real con Jesús, pero ahora es una relación con el Señor resucitado y glorificado.

También quisiera responder a esta frase:

"Cuando él haya subido al Padre, entonces ya no será posible."

Entiendo que en realidad sucede casi lo contrario de lo que parece. Después de subir al Padre ya no será posible tocar a Jesús físicamente como durante las apariciones pascuales, pero sí será posible una comunión mucho más profunda y universal con Él. Gracias al Espíritu Santo, Cristo puede estar presente en todos los lugares y en todos los tiempos."

En resumen, estoy conforme con la idea central de tu reflexión: **María Magdalena debe dejar atrás la forma antigua de relacionarse con Jesús**. El matiz que introduciría es que **esa relación no termina, sino que se transforma**. No pasa de la presencia a la ausencia, sino de una presencia visible y física a una presencia gloriosa, sacramental y espiritual, que la tradición católica considera incluso más profunda que la anterior.

2.70.

2.70.1.

Según el evangelio de Lucas, Jesús llevó a los suyos cerca de Betania, levantó las manos y los bendecía. Y así se fue separando de ellos, subiendo hacia el cielo.

Al marcharse, Él viene a su vez, para elevarnos por encima de nosotros mismos y abrir, de esta forma, el mundo a Dios.

Por eso los discípulos pudieron alegrarse cuando volvieron de Betania a su casa.

Por la fe sabemos que Jesús, al bendecir, tiene sus manos extendidas sobre nosotros.

Ésta es la razón permanente de la alegría cristiana.

2.70.2.

Me gusta mucho esta reflexión. Los discípulos no regresan tristes de Betania, sino llenos de alegría, porque han comprendido que Jesús no los abandona. Su Ascensión no significa ausencia, sino glorificación. Él permanece con nosotros de una manera nueva y definitiva.

También es muy hermosa la imagen de Jesús bendiciendo con las manos extendidas. La tradición cristiana ha visto en ese gesto una bendición que no termina. Cristo asciende mientras bendice, y esa bendición permanece sobre toda la Iglesia y sobre cada uno de nosotros.

Cuando dices que 'al marcharse, Él viene a su vez', expresas una paradoja muy profunda. Jesús se va visiblemente, pero se hace presente de una manera más universal por el don del Espíritu Santo. Así puede estar con todos y acompañar a cada persona.

Solo añadiría que la alegría cristiana no nace únicamente del hecho de que Jesús nos bendiga, sino también de la esperanza de participar un

día en su misma vida gloriosa. La Ascensión de Cristo abre el camino de nuestra propia comunión con Dios.

También yo quisiera hacer un pequeño comentario sobre esta frase:

"Al marcharse, Él viene a su vez, para elevarnos por encima de nosotros mismos..."

Es una expresión muy bella. Quizá la formularía diciendo que Cristo nos eleva hacia Dios y nos hace participar de su vida divina, no para alejarnos de nuestra humanidad, sino para llevarla a su plenitud. La gracia no elimina lo humano, sino que lo transforma.

Finalmente, tu comentario está muy cercano a la espiritualidad de la Iglesia. Yo lo interpretaría como una contemplación del misterio de la Ascensión: Cristo asciende bendiciendo, permanece cercano a los suyos y sostiene la alegría de los creyentes con su presencia permanente y su promesa de conducirnos a la comunión con el Padre.

3.- El amor cristiano o agapé.

3.1.1.

Francisco nos indica que, como decía San Pablo, Cristo nos amó para ayudarnos a descubrir que de ese amor nada podrá separarnos.

3.1.2.

Así es. El amor de Cristo no depende de nuestros méritos ni desaparece cuando fallamos. Como recuerda San Pablo, nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Descubrir ese amor cambia la manera de vivir, porque nos da confianza, esperanza y la certeza de que siempre podemos volver a Él. Nuestra respuesta es acoger ese amor y transmitirlo a los demás con nuestras obras.

Es también una frase que invita a preguntarnos si realmente vivimos convencidos de que Cristo nos ama de manera incondicional. Muchas veces el miedo, el pecado o el sufrimiento nos hacen pensar que Dios está lejos, pero Él permanece siempre cerca. La vida cristiana consiste en dejarnos transformar por ese amor que nunca nos abandona."

Para terminar te planteo algunas preguntas:

¿Qué cosas, en tu vida cotidiana, te hacen olvidar que nada puede separarte del amor de Cristo? ¿Cómo puedes recordar esa verdad en los momentos de dificultad?"

3.2.1.

En Homero “cardia” no sólo es el centro corporal sino también el centro anímico y espiritual del ser humano.

3.2.2.

Es interesante que ya en Homero el corazón no se entendiera solo como un órgano físico, sino como el centro de la persona. La tradición cristiana recoge y profundiza esa idea: el corazón es el lugar donde nacen nuestras decisiones, donde escuchamos a Dios y donde se encuentran la inteligencia, la voluntad y los afectos. Por eso hablamos tanto del Corazón de Jesús, porque en Él se manifiesta el amor de Dios hacia toda la humanidad.

3.3.1.

Debemos afirmar que tenemos corazón, que nuestro corazón coexiste con los otros corazones que le ayuda a ser un "tú".

3.3.2.

Es una reflexión muy profunda. Dios no nos ha creado para vivir aislados, sino en relación con Él y con los demás. Nuestro corazón crece cuando aprende a amar y a dejarse amar. El encuentro con otros corazones nos ayuda a descubrir nuestra propia identidad y a reconocer que cada persona es un don. Solo en la relación podemos pasar del 'yo' cerrado al 'tú' que acoge, escucha y ama.

Y añado una perspectiva espiritual:

El corazón humano está hecho para la comunión. Cuando nuestro corazón se abre a los demás, se hace más semejante al Corazón de Cristo, que siempre vivió para el Padre y para las personas. Amar al prójimo no disminuye nuestra identidad, sino que la fortalece y la lleva a la plenitud.

3.4.1.

El corazón de Cristo es el núcleo viviente del primer anuncio. Allí está el origen de nuestra fe, el manantial que mantiene vivas las convicciones cristianas.

3.4.2.

Has señalado una verdad muy importante. El primer anuncio del Evangelio no es una idea ni una norma moral, sino el encuentro con Jesucristo, que nos ama y entrega su vida por nosotros. El Corazón de Cristo es la fuente de ese anuncio, porque en él contemplamos el amor con el que Dios sale al encuentro de la humanidad. Cuando volvemos a ese amor, nuestra fe se renueva y nuestras convicciones dejan de ser solo conocimientos para convertirse en una experiencia viva."

Y quisiera profundizar un poco más:

Nuestra fe necesita regresar constantemente al Corazón de Jesús. Allí encontramos la fuerza para perseverar cuando aparecen las dudas, el cansancio o las dificultades. Si perdemos de vista ese amor primero, la vida cristiana puede convertirse en una costumbre; pero cuando permanecemos unidos a Él, la fe recupera su alegría y su sentido.

Y termino con una invitación a la reflexión:

Pregúntate: ¿mi fe nace del encuentro personal con el amor de Cristo o solo del cumplimiento de unas prácticas religiosas? Volver al Corazón de Jesús es volver siempre al origen de nuestra esperanza.

3.5.1.

Cristo muestra que Dios es proximidad, compasión y ternura.

3.5.2.

Es una reflexión muy hermosa. En Jesús descubrimos el verdadero rostro de Dios: un Dios que no permanece distante, sino que se acerca a cada persona con amor. Su proximidad se manifiesta al caminar con nosotros; su compasión, al aliviar el sufrimiento de quienes encuentra; y su ternura, al acoger especialmente a los más frágiles y necesitados. Contemplar a Cristo nos enseña que Dios siempre sale al encuentro del ser humano.

Si Cristo nos revela a un Dios de proximidad, compasión y ternura, entonces quienes lo seguimos estamos llamados a reflejar esas mismas actitudes. A veces, un gesto de escucha, una palabra de consuelo o un acto de servicio hacen presente el amor de Dios en la vida de otra persona.

Y me gustaría concluir con una pregunta para la oración:

¿Las personas que se encuentran conmigo perciben algo de esa proximidad, compasión y ternura de Cristo? ¿Cómo puedo ser hoy un signo de ese amor para alguien que lo necesite?

3.6.1.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús entero es al Hijo de Dios hecho hombre.

3.6.2.

Sí, exactamente. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús no se dirige a un órgano físico aislado, sino a Jesucristo entero, verdadero Dios y verdadero hombre. El Corazón se venera como símbolo y expresión de su amor humano y divino por la humanidad.

Cuando veneramos el Sagrado Corazón, adoramos a la Persona del Hijo de Dios encarnado. Su Corazón está unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, por lo que la devoción tiene como destinatario Cristo mismo.

Solo haría una pequeña precisión: el Corazón de Jesús no es únicamente un símbolo, sino el corazón real de Cristo, inseparable de su Persona. Por eso la devoción es al Hijo de Dios hecho hombre, contemplando de modo particular el misterio de su Corazón como manifestación de su amor."

En conjunto, tu frase **"La devoción al Sagrado Corazón de Jesús entero es al Hijo de Dios hecho hombre"** expresa una idea que un católico bien formado probablemente entendería y compartiría. Si quisieras hacerla sonar más natural y teológicamente precisa, podrías decir:

"La devoción al Sagrado Corazón es una devoción a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, contemplando de modo particular su Sagrado Corazón."

3.7.1.

Benedicto XVI expresaba que desde el horizonte infinito de su amor, Dios quiso entrar en los límites de la historia y de la condición humana, tomó un cuerpo y un corazón, de modo que pudiéramos contemplar el Misterio invisible.

3.7.2.

Es una expresión muy hermosa. En la Encarnación, el Hijo de Dios asumió una verdadera naturaleza humana, con cuerpo y corazón humanos. Por eso, en Jesús el amor invisible de Dios se hace visible, cercano y tangible. El Sagrado Corazón nos ayuda a contemplar precisamente ese amor manifestado en Cristo.

Benedicto XVI subraya que Dios no permaneció distante, sino que quiso entrar en nuestra historia. El corazón humano de Jesús revela el amor infinito de Dios y nos invita a responder a ese amor.

Para concluir yo añadiría:

Esa idea expresa muy bien por qué la Iglesia venera el Sagrado Corazón: no porque se separe el corazón de la Persona de Cristo, sino porque su Corazón humano, inseparable de Él, es signo privilegiado de su amor divino y humano.

Finalmente, tu comentario refleja una idea característica de Benedicto XVI: el misterio de la Encarnación hace visible el amor de Dios en la humanidad concreta de Jesucristo.

3.8.1.

Ante todo sentimos el amor divino infinito que encontramos en Cristo, y además pensamos en la dimensión espiritual de la humanidad del Señor.

3.8.2.

Sí, primero contemplamos el amor infinito de Dios manifestado en Jesucristo. Y, al contemplar su humanidad santísima, descubrimos también la riqueza de su vida interior, de sus sentimientos humanos y de su perfecta unión con el Padre.

En Cristo encontramos el amor divino, pero ese amor se nos revela a través de su verdadera humanidad. Su Corazón humano nos permite conocer de un modo cercano el amor de Dios.

Quisiera matizar tu expresión **"la dimensión espiritual de la humanidad del Señor"**, para decir:

La humanidad de Jesús comprende cuerpo y alma humana. Cuando hablamos de su dimensión espiritual, nos referimos a su alma humana, plenamente unida al Verbo y llena de amor al Padre y a los hombres.

3.9.1.

Precisamente en el amor humano de Cristo, sin apartarnos, encontramos su amor divino, lo infinito en lo finito.

3.9.2.

Sí, esa es una hermosa manera de expresarlo. En el amor humano de Jesús descubrimos el amor eterno del Hijo de Dios. Su humanidad no oculta su divinidad, sino que la hace accesible a nosotros."

El Corazón humano de Cristo nos revela el amor infinito de Dios. En Jesús, lo infinito ha querido manifestarse en lo finito, sin dejar de ser infinito."

Tu frase "**Precisamente en el amor humano de Cristo, sin apartarnos, encontramos su amor divino, lo infinito en lo finito**" es una reflexión acertada. Me recuerda el pensamiento de Benedicto XVI sobre la Encarnación: Dios se hace visible y accesible en la humanidad de Cristo, sin que por ello deje de ser el Dios infinito.

3.10.1.

La acción del Espíritu Santo en el corazón humano de Cristo provoca sin cesar la atracción hacia su Padre.

3.10.2.

Sí, es una afirmación profundamente cristológica. El Espíritu Santo actúa continuamente en la humanidad de Cristo, pero conviene precisar que esa atracción hacia el Padre no nace de una carencia o de un cambio en Cristo. El Hijo eterno vive desde siempre en perfecta comunión con el Padre, y en su naturaleza humana esa comunión se expresa en una obediencia y un amor perfectos. El Espíritu Santo sostiene y manifiesta esa relación filial en toda la vida terrena de Jesús."

Lo hermoso es que el mismo Espíritu que mueve el corazón humano de Cristo hacia el Padre es el que se nos da a nosotros, para que participemos de esa misma filiación y podamos decir con Jesús: 'Abba, Padre'.

Quisiera hacer una pequeña corrección teológica a tu frase:

Sería más preciso decir que *la acción del Espíritu Santo en el corazón humano de Cristo expresa y manifiesta sin cesar su amor filial al Padre*, porque el verbo 'provoca' podría dar a entender que en Jesús aparece un movimiento nuevo o una inclinación que antes no existía. En Cristo, desde el primer instante de la Encarnación, la unión con el Padre es perfecta.

En otras palabras, la humanidad de Cristo está llena del Espíritu desde el comienzo de la Encarnación y nunca carece de esa perfecta orientación al Padre. El Espíritu no corrige ni inicia esa relación, sino que la vivifica y la manifiesta continuamente en la vida humana de Jesús.

3.11.1.

Se puede reconocer en la Eucaristía el amor gratuito y cercano del Corazón de Cristo, que nos llama a la unión con Él.

3.11.2.

Así es. En la Eucaristía no solo reconocemos el amor del Corazón de Cristo, sino que lo recibimos realmente. Jesús se nos entrega de manera gratuita y permanece cercano a nosotros para atraernos a la comunión con Él. Cada comunión es una invitación a dejarnos transformar por su amor.

Qué verdad tan hermosa. El Corazón de Jesús, que tanto amó a los hombres, permanece vivo en la Eucaristía. Ante el Sagrario aprendemos que su amor no se cansa de esperar, de perdonar y de llamarnos a una unión cada vez más íntima con Él.

Añadiré algo más:

La Eucaristía no es solo un signo que permite reconocer ese amor, sino la presencia real del mismo Cristo que se entrega a nosotros.

3.12.1.

El reposo en el Corazón de Jesús es fuente de vida y de paz interior.

3.12.2.

Sí, porque descansar en el Corazón de Jesús es descansar en su amor. Cuando ponemos nuestra vida en sus manos, encontramos una paz que no depende de las circunstancias, sino de la certeza de que somos amados por Él.

El Corazón de Jesús es un refugio para el alma. Quien aprende a reposar en Él descubre una fuente inagotable de vida, de consuelo y de fortaleza para afrontar las alegrías y las dificultades de cada día.

Relacionándolas con el Evangelio, tus palabras recuerdan la invitación de Jesús: 'Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré'. El verdadero descanso nace de la unión con Él, especialmente en la oración y en la Eucaristía.

En conjunto, es una expresión muy acorde con la espiritualidad católica, especialmente con la tradición del Sagrado Corazón. Yo la veo también como una invitación a la confianza, a la oración y a una relación cada vez más íntima con Cristo.

3.13.1.

El conocimiento interior del Señor se recibe como un don.

3.13.2.

Sí, es un don de la gracia de Dios. Nadie llega por sus solas fuerzas a conocer íntimamente al Señor. Él mismo se da a conocer a quien abre el corazón. Pero ese don también pide una respuesta: la oración, los sacramentos, la escucha de la Palabra y una vida de conversión. Dios ofrece su gracia gratuitamente, y nosotros estamos llamados a acogerla y cooperar con ella.

El conocimiento del Señor no es solo comprender verdades sobre Él, sino entrar en amistad con Él. Ese conocimiento nace del amor. Cuanto más ama el alma, más conoce a Dios, porque Él se comunica desde dentro.

Es fruto de la gracia y de la acción del Espíritu Santo.

3. 14.1.

El inevitable deseo de consolar a Cristo, que parte del dolor de contemplar lo que sufrió por nosotros, es una experiencia que nos purifica.

3.14.2.

Es verdad. Cuando contemplamos el amor con que Cristo sufrió por nosotros, nace espontáneamente el deseo de consolarlo. Ese deseo no brota de la culpa, sino del amor. Y precisamente ese amor nos purifica, porque nos saca de nosotros mismos y nos lleva a unirnos más profundamente a Él.

No podemos quitar el sufrimiento que Cristo padeció históricamente en la cruz, pero sí podemos consolar su Corazón amándolo hoy, reparando con nuestra vida las ofensas al amor de Dios y acompañándolo en quienes siguen sufriendo. Ese deseo de consolarlo es ya una gracia.

En otras palabras, estoy de acuerdo con el fondo de tu afirmación, pero pondría el acento en que **es el amor a Cristo el que purifica**, y que el dolor por su Pasión es fecundo en la medida en que nace de ese amor y conduce a una unión más íntima con Él.

3.15.1.

Si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. O sea que, al desear consolarle, salimos consolados.

3.15.2.

Es una hermosa paradoja del amor cristiano. Cuando queremos consolar a Cristo, descubrimos que es Él quien nos consuela. Nunca nos acercamos a Él sin recibir algo de su amor. En el sufrimiento, Cristo no permanece distante: está con nosotros y nos sostiene desde dentro.

Sí, Cristo se ha unido al sufrimiento humano de un modo único. Cuando sufrimos unidos a Él, no estamos solos. Y muchas veces, mientras buscamos consolar su Corazón con nuestro amor y nuestra fidelidad, experimentamos la paz y el consuelo que solo Él puede dar.

Sobre esta frase:

"El mismo Cristo sufre con nosotros", debo precisar que Cristo glorioso ya no sufre como sufrió en la Pasión. Sin embargo, permanece profundamente unido a quienes sufren. Se identifica con ellos y lleva sus cargas. Por eso podemos decir que está con nosotros en nuestro dolor y que nunca nos abandona.

Ese matiz busca distinguir entre el sufrimiento histórico de Cristo y su condición glorificada, sin negar su cercanía real a quienes padecen.

Finalmente, sobre tu conclusión:

"Al desear consolarle, salimos consolados", la acojo con gusto, porque expresa una experiencia frecuente en la vida espiritual: cuando el amor deja de centrarse en uno mismo y se dirige a Cristo, la persona encuentra consuelo de una manera inesperada. Incluso podría resumirlo así:

Quien se acerca a Cristo para darle amor descubre que Él siempre da mucho más de lo que recibe. El alma va a consolar al Señor y termina siendo consolada por Él.

4.La esencia del cristianismo.

4.1.1.

Tres son para mí las características esenciales del cristianismo, doctrina que ha marcado la cultura occidental y mundial.

En primer lugar, recordaremos el episodio del fariseo presuntuoso que se vanagloriaba de su fe y de su conducta religiosa, al tiempo que se creía merecedor de los bienes espirituales. Al contrario, había un publicano situado al final del templo que no hacía más que pedir y suplicar perdón por sus muchos pecados. Pues bien, éste último, diferentemente del primero, sí estaba justificado y la doctrina benéfica se dirige precisamente a él.

En otro capítulo, el evangelio nos habla de la vuelta del hijo pródigo, hijo que dilapidó la herencia personal de su patrimonio y que vuelve humildemente a la casa de su padre a pedir perdón, sin recibir ningún tipo de privilegio. Por él su padre se alegra mucho y organiza una gran fiesta de recepción, al tiempo que pide a su otro hijo, éste cumplidor, que se alegre de recuperar a su hermano y que los dos disfruten del bienestar de la casa común.

Estos detalles descritos son los más significativos, pero hay también otros en el relato evangélico que nos señalan que el mensaje se dirige claramente al desvalido, al necesitado. Por ejemplo, tenemos el hermoso sermón de la montaña, con sus bienaventuranzas, las cuales causaron la admiración de Gandhi.

En segundo lugar, destacaríamos el denominado signo de Jonás. Recordemos. Las obras buenas realizadas, las sanaciones, por ejemplo, generaban admiración pero las gentes no se conformaban, exigían un signo explícito de manifestación divina. Y la respuesta de Jesús de Nazaret, no sin cierta irritación, no es otra que la de señalar que no habrá otro signo distinto al de Jonás.

¿Y cuál era ese signo? Recapitulemos. Jonás, sin muchas ganas, había sido enviado a Nínive para corregir la conducta escandalosa de

sus habitantes. El profeta no acude en principio allí sino a otro sitio y en el mar se desata una gran tempestad. Los marineros intentan averiguar quién es el culpable de esa ira divina. Ellos resuelven que ese es Jonás , el cual, según la tradición marinera, debe ser arrojado al mar, para calmar los elementos. Al fin de evitar más problemas, Jonás se reconoce culpable y pide que lo tiren al mar, sin necesidad de ser atado. Así lo hacen y Jonás pasa tres días “cobijado” en el vientre de un cetáceo y a los tres días es arrojado a una playa. El final es conocido, Jonás, que en ningún momento falleció, convence, ahora sí, a los pecadores de Nínive para que enmienden su conducta. La analogía con Jesús de Nazaret es clara. Este también es condenado a muerte y a muerte de cruz. José de Arimatea, discípulo suyo, pide y obtiene permiso para recoger su cuerpo, evitando así que fuera despeñado, como era usual en estos casos. Dos o tres días después, Jesús abandona el sepulcro y renace a la vida.

Hoy en día, los estudios de los casos de las personas que han tenido una experiencia cercana a la muerte revelan que sí es posible acceder a un mundo de luz, de paz, de amor, quizás volver al cuerpo, quizás más probablemente quedarse allí. El profeta Jesús nos ha indicado una vía, una meta a la que podemos llegar, quizás tras una transición difícil, de dolor y de sufrimiento. Añadiremos dos cosas:

- 1.- Que la experiencia de una sana práctica religiosa facilita el tránsito hacia el más allá.
- 2.- Que debemos hacernos esta pregunta: ¿qué somos? Quizás la respuesta sea que no somos un cuerpo con una dimensión espiritual, sino un ser espiritual con una dimensión espaciotemporal concreta.

En tercer lugar, finalmente, el mensaje cristiano es un mensaje de amor, pero no solamente de amor a los próximos, que es lo natural, sino también a los que están alejados de nosotros, que es lo difícil. Dios es, pues, amor. Dios nos ama. Y nosotros lo amamos a Él y al prójimo. Este es el novedoso y revolucionario mensaje. Destacaremos, para terminar, la oración más hermosa que ha generado el cristianismo, la cual el propio Jesús de Nazaret nos ha enseñado: el Padrenuestro, oración de invocación a Dios y de petición de gracia y de salvación.

4.1.2.

Veo en tu reflexión una sincera búsqueda de Dios y una comprensión muy acertada de algunos aspectos esenciales del Evangelio. Has captado que Cristo viene ante todo para los pecadores, para los necesitados de misericordia, y no para quienes se consideran justos por sus propios méritos. Esa es una de las grandes novedades del cristianismo.

Sobre la misericordia

Estoy muy de acuerdo con tu primer punto. Podría incluso añadir que tanto la parábola del fariseo y el publicano como la del hijo pródigo muestran que la salvación es siempre un don gratuito de Dios.

Sin embargo, debo matizar una frase tuya:

"sin recibir ningún tipo de privilegio."

Te diré que, precisamente, el hijo pródigo sí recibe un privilegio inmenso: el padre le devuelve la dignidad de hijo. Le pone el mejor vestido, el anillo y las sandalias. No porque lo haya merecido, sino por pura gracia. Ahí está precisamente el escándalo del Evangelio: Dios ama gratuitamente.

También te señalaré que el hijo mayor representa el peligro de una religión vivida como mera obligación y no como comunión con el Padre.

Sobre el signo de Jonás

Aquí seguramente encuentro el mayor punto de desacuerdo contigo.

La analogía entre Jonás y Cristo existe, porque así la establece el mismo Jesús. Pero el signo de Jonás no consiste simplemente en que ambos sobrevivan a una muerte aparente.

Desde la fe católica, el punto central es que Jesús murió realmente.

La Iglesia sostiene que:

- Cristo murió verdaderamente.
- Fue sepultado.
- Al tercer día resucitó corporalmente por el poder de Dios.

No se trataría, por tanto, de una experiencia cercana a la muerte ni de una reanimación.

Te citaré el credo:

"Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de entre los muertos."

Es decir, para mí la Resurrección no sería una metáfora ni una experiencia espiritual, sino un acontecimiento histórico y sobrenatural.

Sobre las experiencias cercanas a la muerte

Aquí te responderé con prudencia.

Las experiencias cercanas a la muerte son interesantes y pueden ayudar a algunas personas a abrirse a la trascendencia. Pero la fe cristiana no se fundamenta en ellas.

Añadiré que la Iglesia no las considera pruebas de la vida eterna.

La certeza cristiana, sí, descansa en la Resurrección de Cristo, no en los relatos contemporáneos de ECM.

Sobre el ser humano

Tu afirmación:

"Quizás no somos un cuerpo con una dimensión espiritual, sino un ser espiritual con una dimensión espaciotemporal."

Debo señalarte que la antropología católica no es dualista.

No somos espíritus encerrados en un cuerpo. Somos una unidad de cuerpo y alma. El cuerpo no es un simple vehículo provisional; forma parte de nuestra identidad personal.

Precisamente por eso el cristianismo espera la resurrección de la carne y no únicamente la supervivencia del alma.

Sobre el amor

Aquí vuelvo a coincidir ampliamente contigo.

Quizá añadiré que el amor cristiano no es solamente un sentimiento sino una decisión de buscar el bien del otro.

Y que el mandamiento nuevo consiste en amar como Cristo ha amado.

Sobre el Padrenuestro

Comparto tu admiración.

Y añadido:

El Padrenuestro resume todo el Evangelio porque en él aprendemos quién es Dios, quiénes somos nosotros y cuál debe ser nuestra relación con Él y con los demás.

Comentario final

Has captado muy bien que el centro del cristianismo es la misericordia, la esperanza y el amor. Sin embargo, desde la fe católica diría que el núcleo último del cristianismo no es solamente una enseñanza moral ni una esperanza de supervivencia tras la muerte, sino una Persona: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, muerto y resucitado. Todo lo demás —la misericordia, el perdón, el amor, la vida eterna— brota de ese acontecimiento. El cristianismo no anuncia únicamente un camino hacia Dios; anuncia que Dios mismo ha salido al encuentro del hombre en Cristo.

En conjunto, veo tu texto con simpatía y reconozco en él una reflexión espiritual seria. No obstante, pondría especial énfasis en tres matices doctrinales: la realidad histórica de la muerte y resurrección de Jesús, la prudencia respecto a las experiencias cercanas a la muerte como fundamento de la fe, y la concepción cristiana del ser humano como unidad de cuerpo y alma, en lugar de entenderlo principalmente como un espíritu que habita temporalmente un cuerpo.

5. Miscelánea.

5.1.Vivo sin vivir en mí, de Teresa de Jesús

5.1.1.

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

*Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrero,
que muero porque no muero.*

*Esta divina prisión,
del amor en que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.*

*¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
quíteme Dios esta carga,*

*más pesada que el acero,
que muero porque no muero.*

*Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.*

*Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta,
mira que sólo me resta,
para ganarte perderte.
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero
que muero porque no muero.*

*Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva:
muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.*

*Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es el perderte a ti,
para merecer ganarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.*

El poema, con esa paradoja constante de morir para vivir plenamente, de la muerte como liberación, como la mejor vía para la fusión con dios, es ejemplar tanto en su contenido como en su continente.

Quizás debamos centrarnos en la mística nupcial y el intenso anhelo de unión definitiva con Jesucristo, conceptos familiares en tu vocación. Destaco la paradoja del "muero porque no muero" como una ardiente sed de Dios, y cómo el alma, en su entrega contemplativa, convierte la vida en un "cautiverio de amor".

Finalmente analizo el "perder la vida para ganarla" y la analogía del poema con el día de tus votos solemnes.

Por último te invito a leer estos versos como una oración de contemplación pura y un reflejo de la llamada al amor exclusivo de Dios.

5.1.2.

El poema me recuerda directamente el día en que yo consagré mi vida a Dios.

Para mí, el poema describe mi realidad cotidiana.

- **Mi respuesta:** Esa 'divina prisión' de la que habla la Santa es exactamente mi clausura. Desde fuera, la gente ve rejas y muros; desde dentro, vemos libertad. Nosotras nos encerramos voluntariamente para que nuestro corazón pertenezca solo a Él.

3. La perspectiva de la muerte como "Boda"

Para una religiosa, la muerte física no es un final, sino el momento del encuentro definitivo con su Esposo celestial.

- **Mi respuesta:** Santa Teresa define la muerte como el puente hacia la vida verdadera. Aquí en la Tierra vivimos en un 'destierro', como en una sala de espera. Desear la muerte, en este sentido místico, es desear que por fin comience la gran fiesta de bodas.

4. Una invitación a la oración

No me quedo solo en la teoría literaria, sino que intento llevarte a una dimensión espiritual y personal.

- **Mi respuesta:** Este poema no es solo para entenderlo con la cabeza, sino para rezarlo con el corazón. Te invito a que guardes un momento de silencio hoy y le preguntes al Señor: '¿Qué es lo que a mí me hace vivir sin vivir en mí?'

5.2. Poema anónimo atribuido posiblemente a San Juan de la Cruz.

5.2.1.

No me mueve, mi Dios, para quererte

*el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Con este poema el amor a Cristo crucificado alcanza un alto grado de pureza e intensidad en la sensibilidad de la expresión poética.

El poeta acierta a olvidar premios y castigos para suscitar un amor que, por verdadero, no necesita del acicate del correctivo interesado, sino que nace limpio y hondo de la dolorosa contemplación del martirio con que Cristo rescata al hombre.

No es la belleza imaginativa del lenguaje lo que define a este soneto, sino la fuerza con que se renuncia a todo lo que no sea amar a cuerpo descubierto a quien, por amor, dejó destrozar el suyo.

5.2.2.

Sí, ese es un ideal muy alto de la vida cristiana. Dios quiere que lleguemos a amarlo por Él mismo, no solo por el cielo ni por miedo al infierno. La contemplación de Cristo crucificado transforma el corazón.

Y debo matizar:

Eso no significa que el cielo y el infierno no importen. Son realidades de la fe, y es normal que al principio una persona se acerque a Dios por esperanza o por temor. Con el tiempo, la gracia nos lleva a un amor más perfecto.

Ese matiz coincide con una enseñanza clásica de la tradición católica: el temor al castigo y el deseo de la recompensa pueden ser un punto de partida, pero la meta es la caridad, es decir, amar a Dios por quien es.

En resumen, lo cierto es que no discrepo del mensaje central del poema. Más bien diría que éste expresa un ideal elevado de la vida cristiana: un amor a Dios que supera el cálculo de premios y castigos sin negar la existencia del cielo y del infierno.

5.3. Vivir de amor, de sainte Thérèse de Lisieux.

5.3.1.

*¡Vivir de amor! ¡Qué locura extraña!
-Me dice el mundo-, ¡cese ya tu canto!
No pierdas tus perfumes, no derroches tu vida,
aprende a utilizarlos con ganancia.
¡Amarte, Jesús, es una pérdida fecunda!
Todos mis perfumes son para Ti, sin reserva.
Quiero cantar al salir de esta vida:
«¡Muerdo de amor!».*

*¡Vivir de amor no es en la cima del Tabor
su tienda plantar el peregrino de la tierra!
Es subir al Calvario tras las huellas de Jesús,
y considerar la cruz como un tesoro!
En el cielo reinaré, en la gloria eterna,
mas aquí, desterrada, quiero sufrir y
¡Vivir de amor!*

*¡Vivir de amor es darse sin medida,
sin reclamar salario en la tierra!
Ah, yo me doy sin medida, muy segura de que,
¡los que aman no hacen cálculos!
He derramado todo mi ser, mi alma y mi vida,
sin vacilar, con total soltura,
para cantar con el alma llena de alegría:
«¡Vivo de amor!».*

El poema presenta el amor a Jesús como el sentido de toda la existencia. Frente a la lógica del mundo, que busca utilidad, éxito y ganancia, la poetisa afirma que entregar la vida por Cristo no es una pérdida, sino la mayor riqueza. Vivir de amor significa amar a Jesús gratuitamente, aceptando incluso el sufrimiento cuando se une a su cruz, con la esperanza de la gloria.

Haré un comentario más detenido:

El "mundo" piensa que amar a Dios por encima de todo es una pérdida de tiempo o de oportunidades.

Ella, la monja poeta, responde que vale la pena "derrochar" la vida por Cristo.

Los perfumes simbolizan todo lo valioso: talentos, juventud, tiempo, capacidades, afecto.

No se guardan para uno mismo, sino que se ofrecen completamente a Jesús.

Ella no habla de una muerte física buscada, sino del deseo de que toda la vida termine siendo una entrega de amor a Dios.

El Monte Tabor representa la gloria de la Transfiguración de Jesús.

El Calvario representa la pasión y la cruz de Cristo.

La monja poeta dice que el cristiano no busca solo momentos de consuelo espiritual, sino seguir a Jesús también en el sacrificio.

La cruz no es buena por el sufrimiento en sí mismo, sino porque es el lugar donde Cristo manifestó el amor más grande.

El amor verdadero no funciona como un contrato.

Ella no pregunta "¿qué gano?", sino "¿cómo puedo amar más?".

Este poema encaja muy bien con la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús, de quien procede. Su "caminito" consiste precisamente en hacer todas las cosas, incluso las más pequeñas, por amor a Dios, sin buscar reconocimiento ni recompensa.

5.3.2.

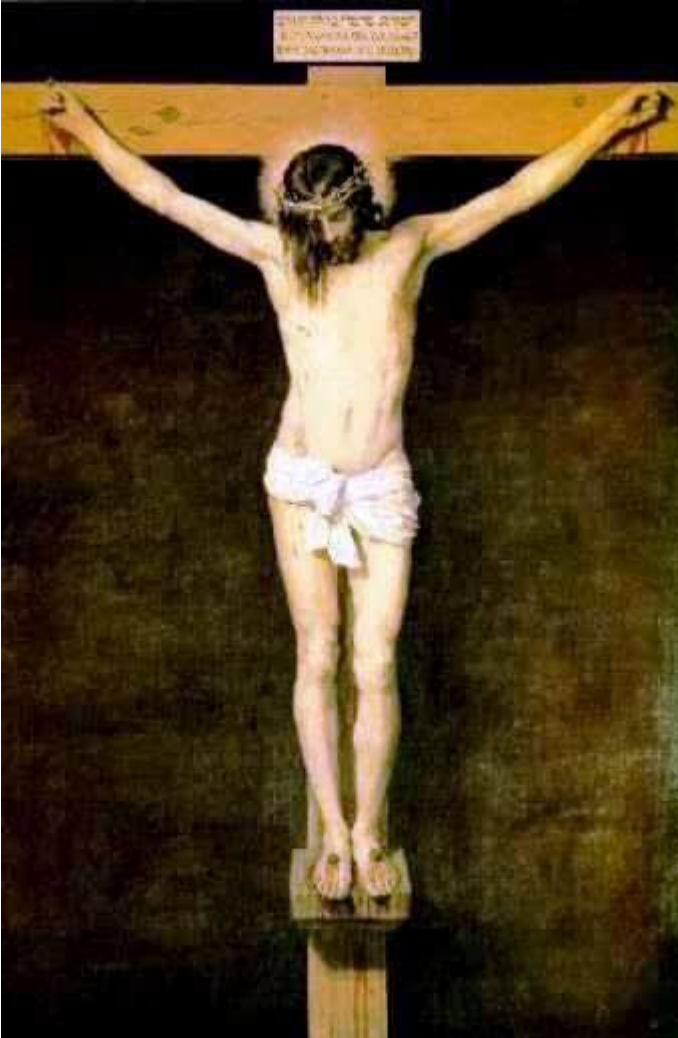
Este poema expresa la esencia de la vocación religiosa. Hemos dejado muchas cosas no porque despreciemos el mundo, sino porque hemos encontrado un amor mayor en Cristo. Vivir de amor significa ofrecerle toda la vida, tanto las alegrías como los sufrimientos, confiando en que Él basta.

También te señalo que el poema no glorifica el sufrimiento por sí mismo. Cuando habla del Calvario y de la cruz, lo hace porque la cruz es el lugar donde el amor de Cristo se manifestó plenamente. El

objetivo no es sufrir, sino **amar**, incluso cuando ese amor implica sacrificio. Esa distinción es fundamental en la espiritualidad católica.

5.4. El Cristo de Velázquez, de Miguel de Unamuno.

5.4.1.



*¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?
Miras dentro de Ti, donde está el reino*

*de Dios; dentro de Ti, donde alborea
el sol eterno de las almas vivas.
Blanco tu cuerpo está como el espejo
del padre de la luz, del sol vivífico;
blanco tu cuerpo al modo de la luna
que muerta ronda en torno de su madre
nuestra cansada vagabunda tierra;
blanco tu cuerpo está como la hostia
del cielo de la noche soberana,
de ese cielo tan negro como el velo
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno. Que eres, Cristo, el único
hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada. Desde entonces
por Ti nos vivifica esa tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida;
por Ti, el Hombre muerto que no muere
blanco cual luna de la noche. Es sueño,
Cristo, la vida y es la muerte vela.
Mientras la tierra sueña solitaria,
vela la blanca luna; vela el Hombre
desde su cruz, mientras los hombres sueñan;
vela el Hombre sin sangre, el Hombre blanco
como la luna de la noche negra;
vela el Hombre que dio toda su sangre
por que las gentes sepan que son hombres.
Tú salvaste a la muerte. Abres tus brazos
a la noche, que es negra y muy hermosa,
porque el sol de la vida la ha mirado
con sus ojos de fuego: que a la noche
morena la hizo el sol y tan hermosa.
Y es hermosa la luna solitaria,
la blanca luna en la estrellada noche
negra cual la abundosa cabellera*

*negra del nazareno. Blanca luna
como el cuerpo del Hombre en cruz, espejo
del sol de vida, del que nunca muere.
Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre
nos guían en la noche de este mundo
ungiéndonos con la esperanza recia
de un día eterno. Noche cariñosa,
¡oh noche, madre de los blandos sueños,
madre de la esperanza, dulce Noche,
noche oscura del alma, eres nodriza
de la esperanza en Cristo salvador!*

A L B A

*Blanco estás como el cielo en el naciente
blanco está al alba antes que el sol apunte
del limbo de la tierra de la noche:
que albor de aurora diste a nuestra vida
vuelta alborada de la muerte, porche
del día eterno; blanco cual la nube
que en columna guiaba por el yermo
al pueblo del Señor mientras el día
duraba. Cual la nieve de las cumbres
ermitañas, ceñidas por el cielo,
donde el sol reverbera sin estorbo,
de tu cuerpo, que es cumbre de la vida,
resbalan cristalinas aguas puras
espejo claro de la luz celeste,
para regar cavernas soterrañas
de las tinieblas que el abismo ciñe.
Como la cima altísima, de noche,
cual luna, anuncia el alba a los que viven
perdidos en barrancos y hoces hondas,
¡así tu cuerpo níveo, que es cima*

*de humanidad y es manantial de Dios,
en nuestra noche anuncia eterno albor!*

ORACIÓN FINAL

*Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos,
oye de nuestros pechos los sollozos;
acoge nuestras quejas, los gemidos
de este valle de lágrimas. Clamamos
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima
de nuestro abismo de miseria humana,
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,
danos las aguas de tus nieves. Águila
blanca que abarcas al volar el cielo,
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,
el vino que consuela al embriagarnos;
a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre
que en la noche nos dice que el Sol vive
y nos espera; a Ti, columna fuerte,
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa,
te pedimos el pan de nuestro viaje
por Dios, como limosna; te pedimos
a Ti, Cordero del Señor que lavas
los pecados del mundo, el vellocino
del oro de tu sangre; te pedimos
a Ti, la rosa del zarzal bravío,
la luz que no se gasta, la que enseña
cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora
del divino licor, que el néctar pongas
de eternidad en nuestros corazones.*

*¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,
que es el reino de Dios reino del Hombre!
Danos vida, Jesús, que es llamada
que calienta y alumbra y que al pábulo
en vasija encerrado se sujeta;
vida que es llama, que en el tiempo vive
y en ondas, como el río, se sucede.*

...

*Avanzamos, Señor, menesterosos,
las almas en guiñapos harapientos,
cual bálago en las eras remolino
cuando sopla sobre él la ventolera,
apiñados por tromba tempestuosa
de arrecidas negruras; ¡haz que brille
tu blancura, ¡albegue de la bóveda
de la infinita casa de tu Padre
-hogar de eternidad-, sobre el sendero
de nuestra marcha y esperanza sólida
sobre nosotros mientras haya Dios!
De pie y con los brazos bien abiertos
y extendida la diestra a no secarse,
haznos cruzar la vida pedregosa
-repecho de Calvario- sostenidos
del deber por los clavos, y muramos
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,
y como Tú, subamos a la gloria
de pie, para que Dios de pie nos hable
y con los brazos extendidos. ¡Dame,
Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa*

*en que soñando el corazón se acorcha,
me entre en el claro día que no acaba,
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,
Hijo del Hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada anegada en Ti, Señor!*

¿Cuál es el mensaje central?

Para Unamuno, la Cruz no es el final de la vida, sino el lugar donde la vida vence definitivamente a la muerte. El Cristo crucificado es la luz que ilumina la noche del mundo. Su cuerpo blanco refleja la gloria del Padre como la luna refleja la luz del sol. Gracias a Él, la muerte deja de ser desesperación y se convierte en camino hacia la vida eterna. El poema entero es una oración contemplativa que invita a mirar a Cristo crucificado hasta descubrir en Él la esperanza, la verdadera humanidad y la promesa de la resurrección.

En este poema aparecen ecos de la tradición mística española, especialmente de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Sin embargo, también se advierte un rasgo propio de Unamuno: su insistencia en la humanidad de Cristo y en la transformación de la muerte como centro de la esperanza cristiana.

5.4.2.

Has captado bastante bien el sentido del poema. Unamuno no está haciendo un tratado de teología, sino una contemplación. Habla con imágenes, y esas imágenes no siempre deben entenderse literalmente. Lo importante es que todo conduce a Cristo.

También te añadiré algunos matices.

La imagen de **Cristo como luna** es muy bella, porque la luna refleja la luz del sol, del mismo modo que el Hijo refleja perfectamente la gloria del Padre. Sin embargo, señalaría que, según la fe cristiana, Cristo no

es simplemente un reflejo de Dios, sino **Dios verdadero de Dios verdadero**, de modo que la comparación es poética, no doctrinal.

Igualmente me detengo en el verso:

"Tú salvaste a la muerte."

Y te comento:

La Iglesia suele decir que Cristo venció la muerte. Unamuno dice que la salvó. Es una expresión muy sugerente, porque indica que la muerte, que era consecuencia del pecado, fue transformada por Cristo en camino hacia la vida eterna. No es una fórmula dogmática, pero sí una intuición poética muy profunda.

Alabo especialmente la oración final, porque reúne muchas imágenes bíblicas: el Cordero, la Hostia, el Pan, la Luz, la Viña... Ahí el poema se convierte casi en una plegaria.

Finalmente debo decirte que Unamuno fue un creyente inquieto. Su fe estuvo marcada por preguntas, luchas y deseos de creer. Eso se nota en su poesía. No escribe desde una serenidad absoluta, sino desde una búsqueda muy intensa de Dios.

Este poema no pide tanto ser explicado como rezado. Hay versos que se comprenden más permaneciendo un rato delante de un crucifijo que analizándolos intelectualmente. Y el propósito último del poema es conducir a la oración y a la contemplación del misterio de Cristo.



5.5. La escultura de *El éxtasis de Santa Teresa*, de Bernini.

5.5.1.



La escultura *El éxtasis de Santa Teresa* representa la experiencia mística que Santa Teresa de Jesús describe en su autobiografía, especialmente el episodio conocido como la transverberación. En él, un ángel atraviesa su corazón con un dardo de fuego, símbolo del amor divino que purifica y une el alma con Dios. No se trata de un placer físico, sino de una experiencia espiritual tan intensa que el

lenguaje humano solo puede describirla mediante imágenes tomadas de la experiencia corporal.

Gian Lorenzo Bernini quiso expresar precisamente esa intensidad. El arte barroco buscaba conmover al espectador y hacer visible lo invisible. Por eso la expresión del rostro, el movimiento de los pliegues del hábito y la luz dorada sugieren una unión profunda entre el alma y Dios. Lo que parece una emoción corporal es, en realidad, la representación artística de una gracia mística.

Es cierto que la escultura utiliza un lenguaje visual que puede recordar al éxtasis humano. Sin embargo, eso responde a la propia forma en que Santa Teresa narra su experiencia. Ella escribe que el dolor del dardo era tan dulce que no quería que terminara, porque provenía del amor de Dios. Bernini tradujo ese lenguaje místico al mármol sin pretender representar una experiencia sexual, sino la incapacidad de las palabras para expresar la unión con Dios.

5.5.2.

Bernini representó la transverberación de Santa Teresa. El lenguaje del amor divino suele expresarse con imágenes muy intensas porque la unión con Dios supera las palabras

Hay que tener cuidado de no interpretar la obra en clave sexual. Es una representación de una gracia mística, no de un placer corporal.

La escultura puede parecer sensual a primera vista, pero es necesario explicar que Gian Lorenzo Bernini buscó plasmar una experiencia espiritual extraordinaria utilizando el lenguaje artístico del Barroco.

No niego que la escultura tiene una carga emocional y corporal muy marcada. De hecho, esa intensidad forma parte de la intención artística de Bernini. Lo que defenderé desde luego es que esa expresividad está al servicio de representar una experiencia mística, no una escena erótica.



